

El Despertar

Por

Kate Chopin

I

Un loro verde y amarillo, colgado en una jaula en la parte exterior de la puerta, no paraba de repetir:

«Allez-vous-en! Allez-vous-en! Sapristi! ¡Está bien!».

Sabía un poquito de español y también otra lengua que nadie entendía, excepto el sinsonte, que, colgado al otro lado de la puerta, desgranaba agudas notas en la brisa con enloquecedora persistencia.

El señor Pontellier, incapaz de leer el periódico con un mínimo de tranquilidad, se levantó con una exclamación y gesto de disgusto.

Bajó del porche y cruzó los estrechos «puentes» que comunicaban entre sí los cottages de los Lebrun. Había estado sentado delante de la puerta de la casa principal. El loro y el sinsonte pertenecían a madame Lebrun, y tenían derecho a hacer todo el ruido que quisieran; en contrapartida, el señor Pontellier tenía el privilegio de abandonar su compañía en cuanto empezaran a fastidiarle.

Se detuvo delante de la puerta de su cottage, el cuarto a partir de la casa principal, el penúltimo, y se sentó en una mecedora de mimbre, intentando una vez más leer el diario. Era domingo, pero el ejemplar correspondía al sábado, porque la prensa del día no había llegado aún a Grand Isle. Como ya conocía la información financiera, echó un vistazo nervioso a los editoriales y las noticias que no había tenido tiempo de leer el día anterior antes de salir de Nueva Orleans.

El señor Pontellier usaba anteojos. Era un hombre de cuarenta años, estatura mediana y complexión esbelta; se encorvaba un poco y se peinaba el pelo castaño y liso con raya a un lado. Llevaba la barba elegante y minuciosamente recortada.

De vez en cuando apartaba la vista del periódico y miraba a su alrededor. Había más ruido que nunca en la casa. Al edificio principal lo llamaban «la casa», para distinguirlo de los cottages. Los pájaros aún continuaban parloteando y silbando, mientras las jovencitas gemelas Farival tocaban al piano un dúo de Zampa. Madame Lebrun entraba y salía de la casa; desde el interior, con voz chillona, daba órdenes a un mozo de cuadra, y cada vez que salía, en tono igualmente alto, aleccionaba a una camarera. Madame Lebrun era una mujer fresca y hermosa, vestida siempre de blanco y con las mangas hasta el codo. Sus faldas almidonadas crujían con su ir y venir. Más lejos, delante de uno de los cottages, una mujer de negro paseaba recatada arriba y abajo, rezando el rosario. Un grupo de gente de la pensión había ido a

Chênrière Caminada, en el lugre de Beaudalet, a oír misa. Algunos jóvenes estaban fuera, jugando al cróquet bajo los robles de Virginia, y los niños del señor Pontellier, dos robustos pequeños de cuatro y cinco años, estaban también allí. Una mulata cuarterona los vigilaba con aire meditativo y distante.

El señor Pontellier encendió, al fin, un puro y se dispuso a fumárselo, dejando que el periódico se deslizara indolentemente de sus manos. Fijó la vista en una sombrilla, que avanzaba a paso de tortuga desde la playa. Podía distinguirla claramente entre los descarnados troncos de los robles de Virginia y los tramos amarillos de manzanilla. El golfo se veía a lo lejos, confundido con el azul del horizonte. La sombrilla continuaba aproximándose lentamente. Bajo el cobijo forrado de rosa venían su mujer, la señora Pontellier, y el joven Robert Lebrun. Cuando alcanzaron el cottage, ambos se sentaron con aspecto cansado en el escalón superior del porche, frente a frente, recostado cada uno contra una columna.

—¡Qué locura bañarse a esta hora con el calor que hace! —dijo el señor Pontellier. Él se había dado un chapuzón al amanecer y ése era el motivo de que la mañana se le hiciera tan larga.

—Estás tan quemada que no pareces tú —añadió mirando a su mujer como se mira una valiosa propiedad que ha sufrido algún daño. Ella extendió sus manos fuertes y bien formadas, observándolas con expresión crítica y recogiendo las mangas de muselina por encima de las muñecas. Al mirárselas se acordó de los anillos que había confiado a su marido antes de marcharse a la playa. Sin decir nada, le alargó la mano, y él, comprendiendo, sacó los anillos del bolsillo del chaleco y los dejó caer en la palma abierta. Ella los deslizó en sus dedos; después, agarrándose las rodillas, miró a Robert y se echó a reír. Los anillos destellaban en sus dedos. Él le respondió con una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pontellier divertido, mirándolos perezosamente. Era una completa tontería; una anécdota que había sucedido en el agua y que ambos trataban de relatarle al mismo tiempo. Contada, no parecía ni la mitad de graciosa. Se daban cuenta, y el señor Pontellier también. Bostezó y se desperezó; después se levantó diciendo que quizá se pasara por el hotel de Klein a jugar una partida de billar.

—Véngase, Lebrun —le propuso a Robert. Pero Robert le respondió con toda franqueza que prefería quedarse donde estaba y charlar con la señora Pontellier.

—Bien, Edna, cuando te aburra, mándale a ocuparse de sus asuntos —le aconsejó su marido mientras se disponía a marcharse.

—¡Toma, llévate la sombrilla! —le dijo ella, ofreciéndosela. Aceptó el

parasol y lo levantó sobre su cabeza; bajó la escalinata y se alejó.

—¿Vendrás a cenar? —gritó su mujer tras él. Se detuvo un momento y se encogió de hombros. Se palpó el bolsillo del chaleco; había un billete de diez dólares. No lo sabía; tal vez volviera para la cena, o tal vez no. Todo dependía de con quién se encontrase en el local de Klein y de la envergadura de la partida. No lo dijo, pero ella lo entendió y se puso a reír mientras le decía adiós con la cabeza.

Cuando vieron marcharse a su padre, los dos niños quisieron ir con él. Pontellier les dio un beso y les prometió traerles bombones y cacahuetes.

II

Los ojos de la señora Pontellier eran inquietos y brillantes, de un color pardo amarillento; casi del mismo tono que su pelo. Tenía un modo peculiar de fijarlos de repente sobre un objeto y sostenerlos allí como si estuviera perdida en un laberinto interior de contemplación o de pensamiento.

Sus cejas, un poco más oscuras que el pelo, gruesas y casi horizontales, ponían de relieve la profundidad de los ojos. Era más atractiva que hermosa. Su rostro fascinaba por la indudable franqueza de su expresión, y una contradictoria y sutil combinación de facciones. Su porte era seductor.

Robert lio un cigarrillo. Fumaba cigarrillos porque, según decía, no podía permitirse los puros. Conservaba en el bolsillo un puro que el señor Pontellier le había regalado, pero lo guardaba para después de cenar.

Este tipo de cosas era característico y natural en él. Su color de tez no era muy diferente del de su compañera, y la cara limpiamente afeitada hacía que el parecido fuera aún mayor. No había en su semblante rastro alguno de preocupación; sus ojos recogían y reflejaban la luz y la languidez del día de verano.

La señora Pontellier se estiró para alcanzar un abanico de hoja de palma tirado en el porche y empezó a abanicarse mientras Robert lanzaba entre sus labios ligeras bocanadas de humo. Charlaban sin parar: de lo que les rodeaba; de su divertida aventura en la playa —la historia había recuperado su aspecto divertido—; del viento, los árboles, la gente que había ido a Chênrière; de los niños que jugaban al cróquet bajo los robles; y de las gemelas Farival, que ahora tocaban la obertura de Poeta y aldeano.

Robert hablaba mucho de sí mismo. Era muy joven y no se le ocurría nada mejor. Por idéntica razón, la señora Pontellier hablaba poco de sí misma. Cada

uno estaba interesado en lo que el otro decía. Robert habló de su intención de ir a México en otoño, donde la fortuna le esperaba. Siempre estaba planeando ir a México, pero, por un motivo u otro, nunca iba. Mientras tanto, se agarraba a su modesto empleo en una empresa comercial de Nueva Orleans, en la que su familiaridad con el inglés, el francés y el español le resultaba de no poca utilidad en su tarea de oficinista y corresponsal.

Como siempre, estaba pasando sus vacaciones de verano, en compañía de su madre, en Grand Isle. Hacía tiempo, más del que Robert podía recordar, «la casa» había sido un lujo veraniego de los Lebrun. Ahora, flanqueada por una docena de cottages, siempre ocupados por distinguidos huéspedes del Quartier Français, permitía a madame Lebrun mantener la cómoda y fácil existencia que parecía corresponderle por derecho propio.

La señora Pontellier hablaba de la plantación de su padre en Misisipi y de la casa de su juventud en los campos de hierba azulada del viejo Kentucky. Era americana, con unas gotitas de sangre francesa, que parecían haberse perdido al diluirse. Leyó una carta de su hermana, que vivía en el Este, en la que anunciaba su compromiso matrimonial. A Robert le interesaba saber qué clase de chicas eran las hermanas, cómo era el padre y cuánto hacía que la madre había muerto.

Cuando la señora Pontellier dobló la carta, era ya hora de vestirse para la cena.

—Ya veo que Léonce no va a venir —dijo mirando hacia donde su marido se había marchado. Robert supuso que no, dada la cantidad de socios del club de Nueva Orleans que había en el local de Klein.

Cuando la señora Pontellier lo dejó para dirigirse a su habitación, el joven bajó la escalinata y se fue paseando hacia los jugadores de cróquet. Pasó la media hora que precedía a la cena divirtiéndose con los pequeños Pontellier, que lo adoraban.

III

Eran las once de aquella noche cuando el señor Pontellier llegó del hotel de Klein. Venía de un humor excelente, eufórico y muy charlatán. Al entrar, su mujer, que dormía profundamente en la cama, se despertó. Mientras se desnudaba, le contó las anécdotas, noticias y chismes que se habían ido acumulando a lo largo del día. De los bolsillos del pantalón, sacó un puñado de billetes arrugados y un montón de monedas de plata, que apiló en el escritorio, junto con las llaves, la navaja, el pañuelo y los demás objetos de sus

bolsillos. A Edna le vencía el sueño, y le respondía con medias palabras.

Era descorazonador, pensaba él, que su mujer, único objeto de su existencia, manifestara tan escaso interés en lo que a él concernía y valorase tan poco su conversación.

El señor Pontellier había olvidado los bombones y los cacahuets de los niños. Sin embargo, los quería mucho; entró en la habitación contigua, donde dormían, para echarles un vistazo y asegurarse de que descansaban tranquilamente; pero el resultado de su investigación no fue en absoluto convincente. Al mover a los jovencitos de un lado al otro de la cama, uno de ellos empezó a dar patadas y a hablar de una cesta llena de cangrejos.

El señor Pontellier volvió junto a su mujer para decirle que Raoul tenía mucha fiebre y necesitaba que le atendiera. Después, encendió un puro y se sentó a fumárselo cerca de la puerta abierta.

La señora Pontellier estaba segura de que Raoul no tenía fiebre; se encontraba perfectamente cuando se fue a la cama —dijo—, y no le había dolido nada en todo el día. El señor Pontellier conocía demasiado bien los síntomas de la fiebre para equivocarse. Le aseguró que, mientras ellos hablaban, el niño se estaba consumiendo en la habitación de al lado.

Reprochó a su mujer su poca atención y su habitual despreocupación por los niños. Si no era tarea de una madre cuidar de los hijos, ¿de quién diablos era? Él estaba ocupado con sus negocios como corredor de Bolsa. No podía atender a dos frentes a la vez: ganar el sustento de la familia en la calle y, en casa, cuidar de que no les ocurriera nada malo. Hablaba en un tono monótono e insistente.

La señora Pontellier saltó de la cama y entró en la habitación contigua. Regresó al cabo de unos minutos y se sentó al borde de la cama, reclinando la cabeza en la almohada. No dijo nada, y se negó a contestar las preguntas de su marido, quien, una vez acabado su cigarro, se fue a la cama y medio minuto después dormía profundamente.

Para entonces la señora Pontellier se había espabilado completamente. Se echó a llorar y se enjugó las lágrimas con la manga de su peignoir, apagó de un soplo la vela que su marido había dejado encendida, se calzó las chinelas de satén colocadas al pie de la cama y salió al porche. Se sentó en la mecedora y comenzó a balancearse suavemente.

Ya era más de media noche, y los cottages estaban completamente a oscuras. Una luz tenue se filtraba desde el vestíbulo de la casa; fuera no se oía nada, excepto el ulular de una lechuza en lo alto de un roble y el sempiterno sonido del mar imperturbable, que, en aquella hora apacible, rompía como una triste canción de cuna en la noche.

Las lágrimas acudían tan rápidas a los ojos de la señora Pontellier que la manga humedecida de su peignoir ya no le servía para secarlas. Tenía apoyada una mano en el respaldo de la mecedora; su amplia manga se había deslizado casi hasta el hombro del brazo levantado. Volviéndose, ocultó su rostro empañado y húmedo en el hueco del brazo y continuó llorando sin preocuparse ya de secarse la cara, ni los ojos ni los brazos. No habría podido decir por qué lloraba. Experiencias como la anterior eran frecuentes en su vida de casada, y hasta entonces nunca le habían parecido tan pesadas, comparadas con las numerosas muestras de amabilidad de su marido y el afecto constante que había acabado por ser tácito y sobreentendido.

Una opresión indefinible, que parecía originarse en algún lugar desconocido de su conciencia, la colmaba de una vaga angustia. Era como una sombra, una neblina que atravesara su espíritu en un día de verano; un estado de ánimo extraño y desconocido. No estaba sentada allí recriminando interiormente a su marido o lamentándose del Destino que había dirigido sus pasos por el camino que habían seguido. Sólo estaba dándose una buena llorera. Los mosquitos se lo pasaban bien a su costa, picándole los firmes brazos redondos y abrasándole los empeines descalzos.

Los punzantes diablillos zumbadores lograron disipar un estado de ánimo que hubiera podido retenerla allí, en la oscuridad, el resto de la noche.

Al día siguiente, el señor Pontellier se levantó temprano para coger el rockaway que le llevaría al muelle y, desde allí, tomar el vapor. Regresaba a la ciudad, y no volverían a verle en Grand Isle hasta el próximo sábado. Había recuperado la compostura, en cierto modo menoscabada la noche anterior. Estaba impaciente por irse, porque le esperaba una semana animada en Carondelet Street.

El señor Pontellier dio a su mujer la mitad del dinero que había conseguido en el hotel de Klein la noche anterior. A ella le gustaba el dinero como a la mayoría de las mujeres, y lo aceptó encantada.

—¡Con esto compraremos un precioso regalo de boda para mi hermana Janet! —exclamó mientras alisaba los billetes y los contaba uno a uno.

—Oh, querida, trataremos a Janet mucho mejor—dijo él riendo, al tiempo que se disponía a darle un beso de despedida.

Los niños brincaban alrededor, agarrándose a las piernas de su padre e implorando que les trajera multitud de cosas. Todos querían al señor Pontellier, y las señoras, los hombres, los niños, incluso las niñeras, estaban siempre a punto para despedirle. Los niños gritaban y su mujer sonreía, diciéndole adiós con la mano mientras él desaparecía en el viejo rockaway por el camino arenoso.

Pocos días después, llegó una caja de Nueva Orleans para la señora Pontellier. Era de su marido y estaba repleta de friandises y de bocados exquisitos y sabrosos: las mejores frutas, pâtés, una o dos botellas extraordinarias, deliciosos siropes y bombones en abundancia.

La señora Pontellier era siempre muy generosa con el contenido de aquellas cajas. Estaba acostumbrada a recibirlas durante las vacaciones. Llevó los pâtés y la fruta al comedor, ofreció bombones a los que estaban por allí, y las señoras, eligiendo con dedos melindrosos, discriminadores y cierta glotonería, afirmaron a coro que el señor Pontellier era el mejor marido del mundo. La señora Pontellier se vio obligada a admitir que no conocía otro mejor.

IV

Para el señor Pontellier, habría sido difícil definir, a su entera satisfacción o a la de cualquiera, en qué punto su mujer desatendía sus deberes con sus hijos. Era más un sentimiento que una percepción y, cada vez que lo expresaba, no podía evitar el subsiguiente arrepentimiento, unido a un gran deseo de compensación.

Si uno de los pequeños Pontellier se caía mientras jugaba, no corría llorando a los brazos de su madre para buscar consuelo; lo más probable era que se levantara, se secara las lágrimas, se quitase la arena de la boca y continuase jugando. Como niños que eran, formaban bandas y se enzarzaban en batallas infantiles con puñetazos y gritos, que generalmente prevalecían sobre los de otros niños más enmadrados. Consideraban a la niñera mulata un enorme estorbo, que sólo servía para abrochar blusas y bombachos, para cepillarles el pelo y hacerles la raya, ya que al parecer peinarse el pelo con raya, después del cepillado, era una regla social.

En resumen: la señora Pontellier no era una madraza, y aquel verano, en Grand Isle, las madrazas parecían abundar. Resultaba fácil reconocerlas, revoloteando con las alas extendidas y protectoras cuando cualquier peligro, real o imaginario, amenazaba a sus crías. Eran mujeres que idolatraban a sus hijos, adoraban a sus maridos y consideraban un alto privilegio anularse como individuos y desarrollar alas como ángeles de la guarda.

Algunas resultaban deliciosas en su papel; una de ellas era la encarnación de todas las gracias y encantos femeninos y, si su marido no la hubiese adorado, habría sido un bruto merecedor de muerte por tortura lenta. Se llamaba Adèle Ratignolle; no hay palabras para describirla, excepto las

clásicas, que tan a menudo han servido para describir a las antiguas heroínas de novela y a las hadas de nuestros sueños. Sus encantos no tenían nada de sutil ni de oculto; toda su belleza saltaba a la vista, esplendorosa y manifiesta: la madeja de pelo dorado, que ni peines ni prendedores lograban contener; los ojos, azules como zafiros; los labios, fruncidos en un mohín, tan rojos que, al mirarlos, recordaban las cerezas o alguna otra sabrosa fruta carmesí. Estaba engordando un poco, pero esto no parecía restarle un ápice de su gracia en cada paso, postura o gesto. No se podía desear que su cuello blanco estuviese una pizca menos lleno ni que sus hermosos brazos fuesen más esbeltos. No existieron jamás manos más exquisitas que las suyas, y era un placer contemplarlas cuando enhebraba la aguja o se ajustaba el dedal de oro en el afilado dedo corazón mientras cosía los pantaloncitos de pijama o reformaba un corpiño o un babero.

Muchas tardes, madame Ratignolle, que estaba muy encariñada con la señora Pontellier, cogía su costura e iba a sentarse con ella. Allí se encontraba la tarde en que llegó la caja de Nueva Orleans. Había tomado posesión de la mecedora, y estaba entregada a la tarea de coser unos diminutos pololos de noche.

Había traído a la señora Pontellier el patrón de los pantaloncitos para que lo cortase: un prodigio de construcción, ideados para enfundar tan eficazmente el cuerpo de un niño que sólo dos pequeños orificios se veían en la prenda como si se tratase de la de un esquimal. Estaban diseñados para llevarlos en invierno cuando el viento traicionero baja por las chimeneas y las insidiosas corrientes de aire, mortalmente frías, se cuelan por el ojo de las cerraduras.

La señora Pontellier estaba bastante tranquila con las actuales necesidades de sus niños, y no veía utilidad en anticiparlas y convertir la ropa de cama invernal en el tema de sus conversaciones veraniegas. De cualquier modo, no quería mostrarse poco amistosa o desinteresada; así que trajo unos periódicos, los extendió en la galería y, bajo la dirección de madame Ratignolle, sacó un patrón de la impenetrable vestimenta.

Robert estaba allí, sentado como el domingo anterior; y la señora Pontellier, en el escalón más alto, recostada indolentemente contra la columna, ocupaba también la misma posición que entonces. Al lado tenía una caja de bombones que, de vez en cuando, ofrecía a madame Ratignolle.

La dama parecía encontrarse en un aprieto para elegir, pero al fin se decidió por una barrita de turrón de almendra, al tiempo que se preguntaba si no sería demasiado fuerte y podría hacerle daño. Madame Ratignolle llevaba siete años casada, y aproximadamente cada dos tenía un niño. En aquellos momentos tenía tres, y comenzaba a pensar en el cuarto. Se refería constantemente a «su estado», a pesar de que tal «estado» no era en modo

alguno perceptible, y nadie se habría dado cuenta, de no haber sido por su insistencia en sacarlo como tema de conversación.

Robert empezó a tranquilizarla, asegurándole haber conocido a cierta dama que había subsistido a base de barritas de turrón de almendra durante todo el...; pero viendo que la señora Pontellier se ruborizaba, se contuvo y cambió de tema.

La señora Pontellier, aunque se había casado con un criollo, no acababa de sentirse cómoda entre ellos, y hasta entonces jamás se había relacionado tan estrechamente con ellos. Aquel verano, en casa de los Lebrun, sólo había criollos. Todos se conocían entre sí y se sentían como una gran familia con excelentes relaciones entre sus miembros. Uno de los aspectos que distinguía al grupo y que más sorprendía a la señora Pontellier era su absoluta falta de pudor. Al principio, su libertad de expresión le resultaba incomprensible, aunque no tuvo dificultad en conciliarla con la orgullosa castidad que en las criollas parecía ser innata y evidente.

Edna Pontellier no olvidaría jamás el impacto que le produjo oír a madame Ratignolle el desgarrador relato de sus accouchement sin privarse del más mínimo detalle. Aunque se iba acostumbrando a sacarle gusto a estos sobres altos, no podía, sin embargo, ocultar el rubor que subía a sus mejillas. Más de una vez, su llegada había interrumpido el chascarrillo con el que Robert divertía a un grupo de mujeres casadas.

Por «la casa» había circulado cierto libro. Cuando a Edna le llegó el turno de leerlo, lo hizo profundamente asombrada. Se sentía empujada a hacerlo en secreto y soledad, aunque ninguno de los demás lo había leído así, escondiéndolo al oír pasos que se acercaban. Se criticaba y discutía libre y abiertamente en la mesa. La señora Pontellier dejó de sentirse atónita, y llegó a la conclusión de que nunca dejaría de sorprenderse.

V

Sentados allí, aquella tarde de verano, formaban un grupo simpático: madame Ratignolle interrumpía a menudo su costura para contar una historia o un incidente, gesticulando expresivamente con sus manos perfectas. Robert y la señora Pontellier, ociosos, intercambiaban, de vez en cuando, palabras, miradas y sonrisas reveladoras de cierto estado avanzado de intimidad y camaraderie

Robert había vivido a la sombra de Edna todo el mes anterior. A nadie le extrañó. Cuando llegó, muchos habían previsto que se consagraría al servicio

de la señora Pontellier. Desde que tenía quince años, hacía ahora once, cada verano en Grand Isle, Robert se había convertido en el fiel sirviente de alguna hermosa dama o damisela. Unas veces, una jovencita; otras, una viuda; pero más frecuentemente alguna casada interesante.

Durante dos veranos consecutivos vivió al calor de mademoiselle Duvigné, pero ella murió entre un verano y otro. Después, Robert, fingiéndose inconsolable, se arrojó a los pies de madame Ratignolle, dispuesto a recoger las migajas de simpatía y consuelo que ella tuviera a bien dignarse concederle.

A la señora Pontellier le gustaba sentarse y contemplar a su hermosa compañera, como hubiera hecho con una Madonna intachable.

—¿Podría alguien detectar la crueldad bajo su hermosa apariencia? —murmuraba Robert—. Le constaba que hubo un tiempo en que la adoré; y, sin embargo, me dejó adorarla. Todo era: «Robert, venga; váyase; levántese; siéntese; haga esto, haga aquello; mire si el niño duerme; por favor, mi dedal, sabe Dios dónde lo habré puesto. Venga a leerme a Daudet mientras coso».

—Par exemple! Jamás tuve que pedirle a usted nada. Estaba siempre a mis pies, como un gato pesado.

—Querrá usted decir como un gato sumiso. Y en cuanto Ratignolle aparecía en escena, me convertía en un perro. «Passez! Adieu! Allez-vous-en!».

—Tal vez temiera poner celoso a Alphonse —intervino Edna, con tanta ingenuidad que hizo reír a todos. ¡Como si la mano derecha pudiera estar celosa de la izquierda, o el corazón del alma! Pero, en cuanto a dicha cuestión, el marido criollo no se siente celoso jamás; en él, esa pasión malsana se ha debilitado por falta de uso.

Mientras tanto, Robert, dirigiéndose a la señora Pontellier, continuaba hablando de lo que en un tiempo fue su imposible pasión por madame Ratignolle: sus noches de insomnio, los ardores que lo consumían y que hacían hervir al mismísimo mar cuando se daba su chapuzón cotidiano.

Mientras, la dama de la aguja seguía haciendo, sobre la marcha, breves y despectivos comentarios:

Blagueur, farceur, gros bête, va!

La señora Pontellier no sabía nunca con exactitud cómo afrontar aquel tono tragicómico que Robert jamás adoptaba a solas con ella. Ni siquiera en aquel momento distinguía con certeza qué proporción de seriedad y de broma había en sus palabras. Era evidente que, a menudo, Robert había hablado de amor a madame Ratignolle, sin pensar en ningún momento que ella pudiera tomarle en serio. La señora Pontellier se alegraba de que no estuviese representando

con ella el mismo papel. Habría sido inaceptable y molesto.

La señora Pontellier había traído sus pinceles, que mojaba de vez en cuando de modo muy poco profesional. Le gustaba mojarlos. Sentía en ello un tipo de satisfacción que ninguna otra actividad le proporcionaba.

Durante mucho tiempo había querido hacer un retrato de madame Ratignolle. Jamás le había parecido aquella mujer un tema tan tentador como en aquel momento, sentada allí como una sensual Madonna, mientras el resplandor del ocaso enriquecía su espléndido color.

Robert pasó por encima y se sentó en el escalón inferior al de la señora Pontellier; de ese modo podía contemplar su trabajo. Ella sostenía los pinceles con cierta facilidad y desenvoltura, que provenían más de una aptitud natural que de un conocimiento profundo y prolongado. Robert seguía su trabajo con rigurosa atención, lanzando en francés exclamaciones admirativas que dirigía a madame Ratignolle.

—Mais ce n'est pas mal!

Elle s'y connaît, elle a de la force, oui.

En una ocasión, mientras atendía absorto, recostó suavemente la cabeza contra el brazo de la señora Pontellier y con idéntica suavidad ella lo rechazó. Una vez más repitió el ataque. Edna sólo podía pensar que se trataba de un descuido por parte de él, pero aun así no era motivo para tolerárselo. No protestó, pero volvió a rechazarlo, con suavidad, pero con firmeza. Robert no se disculpó.

El cuadro terminado no guardaba semejanza con madame Ratignolle, que se mostró desilusionada por el escaso parecido. Sin embargo, era un trabajo hermoso y válido desde muchos puntos de vista.

Evidentemente, la señora Pontellier no lo creía así, y después de inspeccionar el boceto con mirada crítica, lo cruzó con un amplio brochazo de pintura y lo arrugó entre sus manos.

Los pequeños llegaron dando saltos, seguidos por la mulata a la distancia respetuosa que ellos le obligaban a guardar. La señora Pontellier les hizo entrar en casa sus pinturas y útiles de dibujo, y trató de detenerlos para charlar un poco y hacerles unas carantoñas, pero ellos iban a lo suyo. Sólo habían venido a investigar el contenido de la caja de bombones. Aceptaron sin protestar el que su madre les eligió, alargando cada uno un par de manos regordetas y ahuecadas, con la vana esperanza de que fuesen colmadas. Después se fueron.

El sol se iba hundiendo por el oeste mientras una brisa suave y lánguida venía del sur, cargada del seductor aroma del mar. Los niños, vestidos con

ropas frescas, se iban juntando para jugar bajo los robles, gritando y chillando.

Madame Ratignolle recogió su labor, colocó el dedal, las tijeras y el hilo, todo junto, en la bolsa de costura y lo sujetó con un alfiler. Se quejó de estar a punto de desvanecerse, y la señora Pontellier corrió a buscar agua de colonia y un abanico. Empapó la cara de madame Ratignolle mientras Robert agitaba el abanico con innecesario vigor.

El desmayo pasó rápidamente, y la señora Pontellier no pudo dejar de preguntarse si no sería imaginario, porque el color rosado no había desaparecido ni un momento del rostro de su amiga.

Permaneció en pie mirando a la hermosa mujer cómo bajaba por la larga hilera de porches con la gracia y majestad que a veces se atribuye a las reinas. Sus pequeños corrieron a su encuentro. Dos de ellos se agarraron a sus faldas; ella cogió al tercero de manos de la niñera y, con mil caricias, lo sostuvo en sus cálidos y acogedores brazos, aunque, como todo el mundo sabía, el médico le había prohibido levantar ni un alfiler.

—¿Va usted a bañarse? —preguntó Robert a la señora Pontellier, más como recordatorio que como pregunta.

—Oh, no —contestó ella, indecisa—. Estoy cansada; creo que no.

La mirada de Edna se paseó desde el rostro de Robert hasta el golfo, cuyo murmullo le llegaba como una súplica amorosa e imperativa.

—Oh, ¡venga! —insistió él—. No debe perderse el baño. Vamos, el agua debe de estar deliciosa; no le sentará mal. Vamos.

Robert alcanzó el enorme y tosco sombrero de paja que Edna colgaba de un gancho en la parte exterior de la puerta y, después de colocárselo a ella en la cabeza, descendieron por la escalinata y se alejaron juntos hacia la playa. El sol se iba hundiendo por el oeste y la brisa soplaba suave y cálida.

VI

Edna Pontellier no habría podido decir por qué, si deseaba ir a la playa con Robert, había empezado por negarse, para en seguida obedecer sumisa uno de los dos impulsos contradictorios que la empujaban.

Cierta luz empezaba a despuntar lentamente en su interior, la luz que muestra el camino y, a la vez, lo prohíbe.

En aquel momento la desconcertaba. La llevaba a soñar, a meditar y a la borrosa angustia que le había invadido la noche anterior cuando se abandonó a

las lágrimas.

En resumen, la señora Pontellier estaba empezando a ser consciente de su posición como ser humano en el universo y, como individuo, a reconocer sus relaciones con el mundo que la rodeaba y con su propio mundo interior. Esto podía parecer la pesada carga de la sabiduría que descendiera sobre el espíritu de una joven de veintiocho años; tal vez más sabiduría de la que el Espíritu Santo está dispuesto a conceder a las mujeres.

Pero todos los principios, especialmente el de un mundo, son necesariamente vagos, confusos, caóticos y sumamente turbadores. ¡Qué pocos llegamos a superar ese comienzo! ¡Cuántos espíritus perecen en el tumulto!

La voz del mar es seductora, incesante susurra, clama y murmura e invita al espíritu a vagar como hechizado por abismos de soledad, a perderse en laberintos de ensimismamiento.

La voz del mar habla al espíritu. El contacto del mar es sensual y envuelve el cuerpo en suave y estrecho abrazo.

VII

Hasta entonces, hacer confidencias había sido un rasgo ajeno al carácter de la señora Pontellier. Incluso de niña, su vida infantil había sido reservada y muy pronto aprendió instintivamente la dualidad vital entre la vida externa que asiente y la interna que cuestiona.

Aquel verano en Grand Isle, empezó a deshacer ligeramente el manto de reserva que siempre la había cubierto. Debieron de existir, seguro que existieron, sutiles y evidentes influencias que, de mil modos diversos, la indujeron a comportarse del modo en que lo hizo; pero la influencia más obvia fue la de Adèle Ratignolle. El enorme encanto físico de aquella mujer criolla fue lo primero que la atrajo, porque Edna era enormemente susceptible a la belleza. Después, el candor que impregnaba la vida de aquella mujer, que cualquiera podía percibir y que, por otra parte, contrastaba llamativamente con la habitual reserva de Edna. Esto debió de ser lo que estableció el vínculo. ¿Quién puede decir qué metal emplean los dioses para forjar los delicados eslabones que llamamos simpatía y que también podríamos llamar amor?

Las dos mujeres salieron juntas una mañana hacia la playa, cogidas del brazo, bajo la enorme sombrilla blanca. Edna había convencido a madame Ratignolle para que no llevara a los niños; pero no pudo inducir la a soltar una diminuta labor de bordado que Adèle, después de mucho insistir, introdujo en

el fondo de su bolso. De manera inexplicable habían escapado de Robert.

El paseo hasta la playa no era corto si se tiene en cuenta el largo sendero de arena, que, flanqueado por una vegetación enmarañada, esporádicamente hacía inesperadas y frecuentes incursiones en el camino. Acres enteros de manzanilla se extendían a cada lado y, más a lo lejos, numerosas huertas con pequeñas plantaciones intercaladas de naranjos y limoneros. El verde oscuro de los árboles brillaba al sol desde lejos.

Aunque ambas mujeres eran de buena estatura, madame Ratignolle tenía más aspecto de matrona y una figura más femenina. El encanto físico de Edna Pontellier seducía sin que uno se diera cuenta. Las líneas de su cuerpo eran alargadas, limpias y simétricas; un cuerpo que de vez en cuando adoptaba posturas magníficas, y nada tenía que ver con la apostura estereotipada de un figurín. Un observador casual y poco selectivo no se habría vuelto al verla pasar. Pero, de haber poseído más sensibilidad y mejor criterio, habría reconocido la noble belleza de sus hechuras y su graciosa severidad, basadas en el equilibrio y en el movimiento, que hacían a Edna diferente del montón.

Aquella mañana lucía un fresco vestido de muselina blanca con una banda zigzagueante de color, que iba de arriba abajo; un cuello de lino blanco y el sombrero de paja, que colgaba en la parte exterior de la puerta. Llevaba puesto el sombrero de cualquier manera, sobre el pelo dorado, ligeramente ondulado, abundante y muy pegado a la cabeza.

Madame Ratignolle, más cuidadosa con su cutis, se había envuelto la cabeza con un velo de gasa. Llevaba guantes de cabritilla y guanteletes que le protegían las muñecas. Iba vestida completamente de blanco, con sedosos volantes que le sentaban muy bien. Los drapeados y prendas vaporosas que se ponía armonizaban con su espléndida y lujosa belleza, como no lo habría hecho una ropa de línea más severa.

A lo largo de la playa había unas cuantas casetas de baño, toscas, pero sólidamente construidas con pequeños porches protectores en la parte que daba al agua. Cada caseta constaba de dos compartimentos, y cada una de las familias que se alojaba en las dependencias de los Lebrun tenía uno, equipado con todo lo necesario para el baño y cualquier otra comodidad que los propietarios pudieran desear. Ninguna de las dos mujeres tenía intención de bañarse: habían bajado hasta la playa por dar un paseo y estar solas cerca del agua. Los compartimentos de los Pontellier y los Ratignolle estaban juntos, bajo el mismo techo.

Como de costumbre, la señora Pontellier había cogido la llave. Abrió la puerta de su cuartito de baño, entró y salió rápidamente con una estera, que extendió sobre el suelo del porche, y dos enormes cojines de lona, que colocó contra la fachada de la construcción.

Se sentaron allí, a la sombra del porche, hombro con hombro, reclinadas en los almohadones y con las piernas estiradas. Madame Ratignolle se quitó el velo, se enjugó la cara con un pañuelo finísimo y se dio aire con el abanico que siempre llevaba colgado de algún sitio con una cinta larga y estrecha. Edna se quitó el cuello y se desabrochó el vestido a la altura de la garganta. Cogió el abanico a madame Ratignolle y empezó a abanicar a su compañera y a sí misma. Hacía mucho calor, y durante un rato se limitaron a intercambiar comentarios sobre la temperatura, el sol y la claridad. Sin embargo, soplaba la brisa, un viento fuerte y racheado que batía el agua hasta convertirla en espuma y que agitaba las faldas de las dos mujeres, atareándolas por un momento en ajustárselas y componérselas, protegiéndose y asegurando horquillas y alfileres de sombrero. Un poco más allá, algunas personas jugaban en el agua. A aquella hora, apenas había ruido de gente en la playa. La mujer de negro leía sus oraciones matutinas en el porche de una caseta de baño vecina. Dos jóvenes enamorados intercambiaban confidencias amorosas bajo el toldo de los niños, que habían encontrado vacío.

Edna Pontellier, después de echar una ojeada a su alrededor, descansó la mirada en el mar. El día era claro y se alcanzaba a divisar la línea del cielo; unas cuantas nubes blancas aparecían suspendidas ociosamente en el horizonte. Se veía una vela latina en dirección a Cat Island y otras, más al sur, aparentemente inmóviles en la distancia.

—¿En qué piensa o en quién? —preguntó Adèle a su compañera, cuyo rostro había estado mirando con divertida atención, cautivada por la expresión absorta que parecía haber apresado y fijado sus facciones en un reposo de estatua.

—En nada —contestó la señora Pontellier, sobresaltándose; inmediatamente añadió—: ¡Qué estúpida! Me parece que es justo la respuesta que se da instintivamente a esa pregunta. Veamos —continuó, echando hacia atrás la cabeza y afinando sus hermosos ojos hasta que brillaron como dos intensos puntos de luz—. Veamos; realmente no era consciente de estar pensando en nada concreto, pero tal vez pueda rehacer mis pensamientos.

—¡Oh, no se preocupe! —rio madame Ratignolle—. No quiero ser tan exigente; por esta vez la perdono. La verdad es que hace demasiado calor para pensar; sobre todo, para pensar en qué se piensa.

—Sólo lo hago por divertirme —insistió Edna—. Al principio fue la visión del agua extendiéndose a lo lejos; aquellas velas, aparentemente quietas contra el cielo azul, integraban un cuadro tan delicioso que mi único deseo era el de quedarme sentada contemplándolo. Después, el viento cálido, al golpearme en la cara, me trajo a la memoria, sin que pueda establecer ninguna relación, un día de verano en Kentucky en el que una niña caminaba entre la hierba, más

alta que su cintura, por un prado tan grande a sus ojos como el océano. Al andar, la niña extiende los brazos como si nadase, golpeando la hierba crecida, moviéndolos con el mismo vigor que si estuviera en el agua. ¡Ah, ahora veo la relación!

—¿Adónde iba aquel día en Kentucky caminando entre la hierba?

—No lo recuerdo. Sólo sé que cruzaba en diagonal un campo enorme. El gorro de sol me ocultaba el paisaje. Lo único que veía ante mí era una extensión verde, y me sentía como si estuviese condenada a caminar para siempre sin llegar nunca al final. No recuerdo si aquello me asustaba o me agradaba, aunque supongo que me divertiría...

—Probablemente era domingo —prosiguió, riéndose—, y yo iba huyendo de los rezos del servicio presbiteriano que mi padre leía de manera tan lúgubre que aún hoy se me pone la carne de gallina al recordarlo.

—¿Y ha estado huyendo de los rezos desde entonces, ma chère? —preguntó madame Ratignolle divertida.

—No, no —se apresuró a decir Edna—. Entonces sólo era una chiquilla alocada, que seguía sin vacilar un impulso equivocado. Al contrario, durante un período de mi vida, la religión desempeñó para mí un papel muy importante; desde los doce años y hasta... hasta, bueno, pues supongo que hasta ahora mismo, aunque nunca he pensado mucho en ello: me he limitado a dejarme llevar por la rutina. Pero ¿sabe una cosa? —se interrumpió, volviendo su rápida mirada hacia madame Ratignolle e inclinándose un poco para acercar el rostro al de su compañera—. A veces tengo la sensación de que este verano es como si estuviera de nuevo atravesando aquel prado verde, indolente, a la deriva, sin reflexión ni guía.

Madame Ratignolle depositó su mano sobre la de la señora Pontellier, que estaba al lado de la suya. Viendo que no la rechazaba, la apretó firme y cálidamente e incluso, con la otra mano, le dio unos golpecitos cariñosos mientras con voz apenas audible murmuraba: «Pauvre chérie».

Al principio, el gesto desconcertó a Edna, pero pronto se entregó de buen grado a la dulce caricia de la criolla; no estaba acostumbrada a manifestar el afecto con ademanes o palabras, ni tampoco a que otros lo expresaran. Ella y su hermana menor, Janet, habían tenido la desafortunada costumbre de pelearse constantemente. Su hermana mayor, Margaret, era una matrona digna, tal vez porque, a la muerte de su madre, siendo aún muy jóvenes, había asumido demasiado pronto responsabilidades maternas y de ama de casa. Margaret no solía expresar su cariño, sino que lo daba por sentado. Edna había tenido alguna que otra amiga, pero bien por casualidad, o bien deliberadamente, todas eran del mismo estilo: reservadas. Nunca había sido

consciente de que la reserva de su propio carácter tenía su origen parcial, o, quizá, total, en este hecho. Su amiga más íntima del colegio, de excepcionales dotes intelectuales, escribía hermosas redacciones, que ella admiraba y se esforzaba en imitar: las dos niñas sostenían conversaciones y se apasionaban con los clásicos ingleses e incluso discutían de política y religión.

Edna solía sorprenderse al observar una tendencia suya que, a veces, le había desasosegado interiormente y que, por su parte, nunca había manifestado ni hecho evidente. Cuando era niña, tal vez cuando atravesaba el océano de hierba ondulante, recordaba haberse enamorado apasionadamente de un digno oficial de caballería de mirada triste, que visitaba a su padre en Kentucky. No podía dejar de estar presente cuando él estaba allí ni apartar la mirada de su rostro, parecido al de Napoleón, con un mechón de pelo negro cayéndole sobre la frente. Pero el oficial de caballería desapareció de su vida imperceptiblemente.

En otro momento, sus afectos estuvieron reservados a un joven caballero que frecuentaba a una dama de la plantación vecina. Esto fue después de que se trasladaran a vivir a Misisipi. El joven estaba prometido en matrimonio a la hija de la casa y, a veces, llamaban a Margaret para que les acompañara a dar un paseo en calesa. Edna era casi una adolescente, y comprobar que no significaba nada, absolutamente nada, para el joven novio le causaba un amargo dolor. Pero también él siguió el camino de los sueños.

Era ya una mujer cuando le llegó lo que imaginaba la culminación de su destino. Sucedió cuando el rostro y el cuerpo de un gran actor de tragedia empezaron a rondar su imaginación y a despertar sus sentidos. La persistencia de la obsesión amorosa le proporcionaba un toque de autenticidad y la imposibilidad de conseguirla le daba el tono sublime de una gran pasión.

Tenía la fotografía de él enmarcada sobre la mesa porque cualquiera puede poseer la foto de un actor sin despertar sospechas ni comentarios. (Pensamiento engañoso que ella alimentaba). En presencia de los demás, expresaba su admiración por las magníficas aptitudes del actor, mientras enseñaba la fotografía y se explayaba sobre la fidelidad del parecido. Cuando estaba sola, solía cogerla y besaba apasionadamente el frío cristal.

Su matrimonio con Léonce Pontellier fue simplemente un accidente como muchos otros matrimonios que pretenden haber sido dispuestos por el destino. Lo conoció mientras vivía su gran pasión secreta. Él se enamoró como suelen hacerlo los hombres, e insistía en cortejarla con tal seriedad y ardor que no se podía pedir más. A Edna le gustaba, le halagaba su rendida devoción, e imaginó que existía entre ellos una complicidad de pensamientos y gustos, lo cual resultó una falsa suposición. Si a esto se añade la violenta oposición de su padre y de su hermana Margaret a que se casara con un católico, no es

necesario ahondar más en los motivos que la llevaron a aceptar a monsieur Pontellier como marido.

El colmo de la felicidad, es decir, casarse con el actor, no era su destino en esta vida. Le pareció que debía entrar en el mundo de las cosas reales con cierta dignidad, como la esposa devota de un hombre que la adoraba, y cerrar para siempre tras ella las puertas que conducen al reino de la aventura y de los sueños.

Pero poco después de que el actor fuera a unirse con el oficial de caballería, el joven novio y unos cuantos más, Edna se vio enfrentada a la realidad. Empezó a tomarle cariño a su marido, advirtiéndole, con una inexpresable satisfacción, que en el afecto que sentía por él no había rastro de pasión ni de excesivo y falso ardor y que, por tanto, su sentimiento no amenazaba disolución.

Quería a sus hijos de modo desigual e impulsivo. A veces, los habría apretado apasionadamente contra su corazón; en otros momentos, los habría olvidado. El año anterior habían pasado parte del verano en Iberville con su abuela Pontellier. Sintiéndose segura en su felicidad y bienestar, no los echó de menos, excepto en algún momento de intensa añoranza. Su ausencia fue una especie de alivio, aunque ella no lo admitiese ni siquiera interiormente. Pareció liberarla de una responsabilidad ciegamente asumida y para la que el destino no la había dotado.

Aquel día de verano, sentadas frente al mar, Edna no reveló a madame Ratignolle todo esto, pero dejó traslucir gran parte. Con la cabeza reclinada en el hombro de madame Ratignolle y el rostro ruborizado, se sentía intoxicada por el sonido de su propia voz y el desacostumbrado sabor de la sinceridad. La embriagaba como el vino o como la primera bocanada de libertad.

Oyeron voces que se aproximaban. Era Robert, rodeado de un tropel de niños, que las buscaba. Los dos pequeños Pontellier iban con él, y llevaba en brazos a la niña pequeña de madame Ratignolle. Había también otros niños y dos niñeras con aspecto desabrido y resignado.

Las mujeres se levantaron en seguida y comenzaron a sacudirse las ropas y a desentumecer los músculos. La señora Pontellier arrojó los cojines y la estera dentro de la caseta de baño. Los niños escaparon hacia el toldo y se plantaron allí delante, contemplando a los intrusos enamorados que aún seguían intercambiando promesas y suspiros. Los enamorados se levantaron en silencio por toda protesta y se fueron andando lentamente hacia otro lugar.

Los niños tomaron posesión de su tienda, y la señora Pontellier los acompañó.

Madame Ratignolle rogó a Robert que la llevara a casa; se quejaba de

calambres en los brazos y rigidez en las articulaciones. Al andar, se inclinó perezosamente sobre el brazo de Robert.

VIII

—Hágame un favor, Robert —dijo la hermosa mujer tan pronto como iniciaron su lento camino de vuelta a casa. Levantó su rostro hacia él, recostándose en su brazo bajo el cobijo circular de la sombrilla que él había desplegado.

—Considérelo hecho; tantos como desee —le contestó él, bajando la mirada hasta los ojos de Adèle, llenos de solicitud y de una pizca de cálculo.

—Sólo le pido uno: que deje en paz a la señora Pontellier.

—Tiens! —exclamó con una repentina y jovial carcajada—. Voilà que madame Ratignolle est jalouse!

¡No diga tonterías! Estoy hablando en serio; no se lo digo por las buenas, lo he pensado. Deje en paz a la señora Pontellier.

—¿Por qué? —preguntó Robert, poniéndose serio al oír la petición de su acompañante.

—Ella no es de los nuestros; no es como nosotros. Podría cometer el desafortunado disparate de tomarle en serio.

La cara de Robert enrojeció de rabia. Quitándose el ligero sombrero, empezó a golpearlo con impaciencia contra su pierna mientras seguía caminando.

—¿Por qué no habría de tomarme en serio? —preguntó en tono cortante—. ¿Soy acaso un comediante, un payaso o un muñeco de feria? ¿Por qué no iba a hacerlo? ¡Ustedes los criollos me sacan de quicio! ¿O es que siempre me han de considerar como un divertido número circense? Espero que al menos la señora Pontellier me tome en serio; espero que sea lo suficientemente perspicaz para descubrir en mí algo más que al blagueur. Si pensara que puede existir alguna duda...

—¡Oh, Robert, ya es suficiente! —exclamó, interrumpiendo el enardecido arranque de Robert—. No piensa lo que dice. Habla con tan poca reflexión como cabría esperar de uno de los niños que juegan ahí abajo en la arena. Si realmente sus atenciones con cualquier mujer casada de aquí tuvieran la intención de ser convincentes, no sería el caballero que todos sabemos que es ni sería digno de relacionarse con las esposas e hijas de la gente que confía en

usted.

Madame Ratignolle hablaba de acuerdo con lo que ella pensaba que era la ley de Dios y de los hombres. El joven se encogió de hombros impaciente.

—¡Bueno, bueno! Tampoco es eso —dijo, colocándose enérgicamente el sombrero—. Como puede suponer, no son cosas muy halagüeñas para decírselas a un hombre.

—Pero ¿es que toda nuestra relación va a consistir en un intercambio de cumplidos? Ma foi!

—No es muy agradable que una mujer te diga... —continuó con aire distraído, pero interrumpiéndose de repente—. Aunque, si yo fuera como Arobin... ¿Se acuerda de Alcée Arobin y aquella historia con la esposa del cónsul de Biloxi?

Y le contó la historia de Alcée Arobin y la mujer del cónsul y otra sobre un tenor de la ópera francesa, que recibió cartas que no debieron escribirse jamás; y otras historias, serias y divertidas, hasta que la señora Pontellier y su posible propensión a tomar en serio a los jovencitos quedaron aparentemente olvidadas.

Cuando llegaron a su cottage, madame Ratignolle entró para tomarse la hora de reposo que consideraba saludable. Antes de marcharse, Robert le pidió perdón por la impaciencia —más bien descortesía— con la que había recibido la bienintencionada advertencia.

—Se equivocó en un detalle, Adèle —dijo, con una ligera sonrisa—; no existe ni la más remota posibilidad de que la señora Pontellier me tome jamás en serio. Debería haberme advertido de que no me tomara a mí mismo demasiado en serio. En ese caso, su consejo habría tenido cierto peso para mí y me habría proporcionado tema de reflexión. Au revoir. En fin, parece cansada —añadió, solícito—. ¿Le apetece una taza de consomé? ¿Le preparo un ponche? Permítame combinárselo con unas gotitas de angostura.

Ella accedió a la sugerencia del consomé, que le parecía reconfortante y apetecible. Robert se dirigió a la cocina, un edificio separado de los cottages y situado en la parte trasera de la casa. Él mismo le trajo el dorado consomé en una delicada taza de Sèvres con uno o dos hojaldres en el plato.

Adèle asomó su blanco brazo desnudo por la cortina que protegía la puerta abierta y cogió la taza de manos de Robert. Le dijo que era un bon garçon, y realmente lo pensaba. Él le dio las gracias y emprendió el camino de regreso hacia «la casa».

En aquel momento los enamorados entraban en los terrenos de la pensión. Se apoyaban el uno en el otro como los robles se inclinan con el aire del mar.

No pisaban el suelo; caminaban como entre nubes, abstraídos de tal modo que les habría dado lo mismo andar cabeza abajo.

La mujer de negro, deslizándose entre ellos, parecía una pizca más pálida y más cansada que de costumbre. No había señales de la señora Pontellier ni de los niños. Robert escudriñó la distancia, esperando verlos aparecer. Sin duda se quedarían fuera hasta la hora de cenar. El joven subió a la habitación de su madre, situada en la parte más alta de la casa; tenía extraños ángulos, un curioso techo inclinado y dos amplias ventanas abuhardilladas, que daban al golfo y desde las que se podía ver tan lejos como la vista alcanza. Los muebles de la habitación eran ligeros, funcionales y prácticos.

Madame Lebrun estaba muy ocupada con la máquina de coser; una muchachita negra, sentada en el suelo, golpeaba los pedales de la máquina con las manos. Las mujeres criollas no arriesgan la salud si pueden evitarlo.

Robert entró y se sentó en el amplio alféizar de una de las ventanas abuhardilladas. Sacó un libro del bolsillo y se puso a leer enérgicamente a juzgar por la precisión y la frecuencia con que pasaba las páginas. La máquina de coser, un modelo voluminoso y antiguo, producía un sonoro traqueteo en la habitación. En los intervalos, Robert y su madre intercambiaban fragmentos inconexos de conversación.

—¿Dónde está la señora Pontellier?

—En la playa, con los niños.

—Le prometí prestarle el Goncourt. No te olvides de bajarlo cuando te vayas; está ahí, en el estante, encima de la mesita. Chacachacachá, chacachacachá, ¡zas!, durante cinco u ocho minutos.

—¿Dónde va Victor con el rockaway?

—¿El rockaway? ¿Victor?

—Sí, ahí, enfrente. Parece que se está preparando para salir.

—Llámale.

Chacachacachá, chacachá.

Robert lanzó un silbido penetrante, tan agudo que habría podido oírse desde el muelle.

—No mirará hacia arriba.

Madame Lebrun corrió a la ventana y llamó a Victor. Agitó un pañuelo y volvió a llamar. ¡Victor! El joven, que estaba abajo, entró en el vehículo y puso el caballo al galope.

Madame Lebrun, sonrojada de rabia, regresó a la máquina. Victor era el

hijo menor, un tête montée con un carácter que invitaba a la violencia y una voluntad de hierro.

—Cualquier día le voy a dar una paliza a ver si le entra el poco sentido común que le cabe en la cabeza.

—¡Si tu padre viviera!

Chacachacachá, chacachacachá, ¡zas! Madame Lebrun tenía la idea fija de que la conducta del universo, en todos sus detalles, habría sido ostensiblemente más inteligente y elevada si monsieur Lebrun no hubiera sido transportado a otras esferas en los primeros años de su matrimonio.

—¿Qué sabes de Montel?

Montel era un caballero de mediana edad, cuya vana ambición y deseo en los últimos veinte años había sido llenar el vacío que la desaparición de monsieur Lebrun dejó en el hogar de los Lebrun.

—¡Chacachacachá, chacachacachá, zas, chacachacachá!

—Tengo una carta suya por ahí —dijo, mientras miraba en el cajón de la máquina y la encontraba en el fondo del costurero—. Dice que te comunique que estará en Veracruz a principios del mes próximo. —Chacachacachá, chacachaca— chá, chacachá, ¡zas!

— ¿Por qué no me lo dijiste antes, madre? Tú ya sabes que yo quería...

Chacachacachá, chacachá.

— ¿Adónde vas?

—Dónde dijiste que estaba el Goncourt?

IX

Todas las luces del vestíbulo estaban encendidas; la mecha de cada lámpara ardía al máximo, pero sin llegar al punto de ahumar el tubo ni amenazar explosión. Las lámparas estaban colocadas a intervalos en la pared por toda la habitación. Habían puesto, entre una y otra, ramas de naranjo y limonero, que formaban graciosas y elegantes guirnaldas. El verde oscuro de las ramas destacaba y brillaba contra las cortinas de muselina blanca que cubrían las ventanas, abombándose, flotando y agitándose según el caprichoso deseo de la fuerte brisa que soplaba del golfo.

Era sábado por la noche, algunas semanas después de la conversación íntima entre Robert y madame Ratignolle cuando regresaban de la playa.

Había una cantidad poco habitual de maridos, padres y amigos que habían ido a pasar el domingo, y sus familias les agasajaban cumplidamente, con la ayuda material de madame Lebrun. Las mesas del comedor se habían colocado en un extremo del vestíbulo y las sillas ordenadas en filas y por grupos. Cada una de las familias había aportado su opinión e intercambiado chismorreos domésticos a primeras horas de la tarde. Ahora había una aparente disposición a la calma, a ampliar el círculo de confianzas y dar a la conversación un tono más general.

A muchos de los niños les habían permitido quedarse levantados hasta más tarde de su hora habitual de acostarse. Algunos, tumbados boca abajo en el suelo, miraban las páginas en color de las publicaciones infantiles que el señor Pontellier había traído de la ciudad. Los pequeños Pontellier se las habían prestado y dejaban sentir su autoridad.

La fiesta consistía en o, más bien, ofrecía música, baile y uno o dos recitados. Pero no había orden establecido en el programa ni atisbo de arreglo previo o ensayo.

A primeras horas de la tarde, convencieron a las gemelas Farival para que tocasen el piano. Tenían catorce años y siempre iban vestidas de azul y blanco, los colores de la Santísima Virgen, a la que habían sido encomendadas en la pila bautismal. Tocaron un dúo de Zampa y, aceptando el amable requerimiento de los presentes, continuaron con la obertura de Poeta y aldeano.

—Allez-vous-en! Sapristi! —chilló el loro desde el otro lado de la puerta. Era el único ser de los presentes con suficiente sinceridad para admitir que no era la primera vez, aquel verano, que escuchaba la graciosa interpretación. El viejo Farival, abuelo de las gemelas, se indignó por la interrupción e insistió en que había que trasladar al pájaro y confinarlo a las tinieblas. Victor Lebrun se opuso, y sus decisiones eran tan inamovibles como el mismísimo Destino.

Afortunadamente, el loro no volvió a interrumpir la diversión, una vez que todo el veneno de su naturaleza, al parecer alimentado por las gemelas, había sido lanzado contra ellas en un impetuoso exabrupto.

Más tarde, dos jóvenes hermanos, una chica y un muchacho, ofrecieron un recitado que aquel invierno los presentes habían escuchado varias veces en la ciudad en distintos actos recreativos.

Una pequeña bailó después en el centro de la sala. La madre la acompañaba al piano sin dejar de mirarla, embelesada y con nervioso recelo. La verdad es que no tenía qué temer, ya que la pequeña dominaba la situación. Iba vestida como correspondía al evento, con tul negro y mallas de seda negra. Llevaba al descubierto el pequeño cuello y los brazos; y el pelo,

artificialmente ondulado, se le sujetaba en la cabeza como un negro plumón esponjoso. Sus posturas eran encantadoras, y los zapatitos de puntera negra se movían hacia los lados y hacia arriba con tal rapidez y premura que le dejaban a uno perplejo.

No había razón alguna para que los demás no bailasen. Madame Ratignolle no podía hacerlo, de modo que se ofreció de buen grado a tocar para el resto. Interpretaba muy bien, manteniendo un excelente tempo de vals e imprimiendo a la melodía una elocuencia realmente inspirada. Según dijo, seguía practicando el piano por los niños, pues tanto ella como su marido consideraban que era un medio de alegrar la casa y hacerla atractiva.

Casi todos bailaban, excepto las gemelas, a las que no se pudo convencer de que se separasen durante el breve espacio de tiempo que duraba una pieza. Podían haber bailado juntas, pero no se les ocurrió.

Enviaron a los niños a la cama. Algunos obedecieron, otros gritaban y protestaban mientras los arrastraban fuera. Les habían dejado levantados hasta después del helado, que, naturalmente, marcaba el límite de la indulgencia humana.

Habían servido el helado con pastel, bañado de crema dorada y plateada, dispuesto en cortes alternativos sobre las fuentes. Dos mujeres negras, bajo la supervisión de Victor, lo habían preparado y congelado por la tarde en la parte trasera de la cocina. Tuvo un éxito enorme, excelente si hubiera tenido un poquito menos de vainilla o una pizca más de azúcar, si se hubiera congelado un poco más y no hubieran puesto sal en algunas porciones. Victor estaba orgulloso de su obra, e iba de un lado a otro recomendándola insistentemente e incitando a todos a comer.

Después de bailar dos veces con su marido, una con Robert y otra con monsieur Ratignolle, que era alto y delgado, y se cimbreaba al moverse igual que una caña al viento, la señora Pontellier salió a la galería y se sentó en el alféizar de una ventana baja que daba al golfo, y desde la que se controlaba todo lo que sucedía en el salón, que irradiaba un suave resplandor. La luna asomaba y su misterioso centelleo proyectaba miles de luces sobre el agua lejana e inquieta.

—¿Le gustaría oír tocar a mademoiselle Reisz? —le preguntó Robert, que había salido al porche.

Por supuesto que a Edna le gustaría oír tocar a mademoiselle Reisz, pero temía que sería inútil rogárselo.

—Se lo pediré —dijo él—. Le diré que quiere usted oírla. Le tiene simpatía, y vendrá.

Dio media vuelta y salió a toda prisa hacia uno de los cottages más alejados, en el que mademoiselle se movía de un lado a otro. Sacaba una silla de su habitación para volverla a meter mientras se quejaba, de vez en cuando, del llanto de un niño al que su nodriza, en el cottage contiguo, trataba de dormir. Era una mujer pequeña y desagradable, que se había peleado con casi todos por su temperamento agresivo y cierta predisposición a pisotear los derechos ajenos. No obstante, Robert logró convencerla sin muchas dificultades.

Mademoiselle Reisz apareció con Robert en el salón durante un intermedio del baile. Al entrar hizo una torpe reverencia. Era una mujer sencilla, con la cara y el cuerpo marchitos y los ojos resplandecientes. No tenía gusto vistiendo, y llevaba sujeto a un lado del pelo un atadillo de antiguo encaje negro con violetas artificiales.

—Pregunte a la señora Pontellier qué le gustaría oírme tocar —dijo a Robert. Se sentó completamente rígida ante el piano, sin tocar el teclado, mientras Robert transmitía el mensaje a Edna, que seguía en la ventana.

Una atmósfera de sorpresa general y de auténtica satisfacción invadió a los presentes al ver entrar a la pianista. Todos se sentaron y quedaron a la expectativa. Edna se sentía un poco violenta por la deferencia que la imperiosa mujercita había tenido con ella. No se atrevió a escoger, y rogó a mademoiselle Reisz que hiciera ella misma la selección.

Edna era, como ella decía, una entusiasta de la música. La música bien interpretada tenía el poder de evocar cuadros en su imaginación. A veces le gustaba sentarse en el salón, por las mañanas, cuando madame Ratignolle tocaba o practicaba. Edna había dado el título de Solitude a una de las piezas que la dama tocaba. Era una melodía menor, corta y melancólica, y tenía otro nombre, pero ella la llamaba Solitude. Al oírla, imaginaba la figura de un hombre junto a una roca desolada, en la costa. Estaba desnudo y contemplaba, con actitud resignada y sin esperanza, un pájaro que en la distancia volaba alejándose de él.

Otra de las piezas le recordaba una joven delicada, vestida con traje imperio, que bajaba con menudos pasos de baile una larga avenida bordeada de altos setos. Otra le hacía pensar en niños que jugaban, y, finalmente, había una que no le recordaba nada terrenal, a no ser una dama que acariciara a un gato con ademán grave.

A los primeros acordes que mademoiselle Reisz extrajo del piano, un intenso escalofrío recorrió la espina dorsal de la señora Pontellier. No era la primera vez que oía tocar a un artista, pero tal vez fuera la primera que su espíritu estaba dispuesto a dejarse impresionar por la ineludible verdad.

Esperó que las escenas reales en las que solía pensar se acumulasen y brillaran en su imaginación. Pero esperó en vano. No vio imágenes de soledad y esperanza, añoranza o desesperación, sino auténticas pasiones que se levantaban en su espíritu, agitándolo y golpeándolo como las olas que cada día batían contra su espléndido cuerpo. Temblaba, se ahogaba, y las lágrimas la cegaban.

Mademoiselle había terminado. Se levantó y, con una rígida y altiva reverencia, salió sin detenerse a recibir las gracias o el aplauso. Al pasar por la galería, dio a Edna unas palmaditas en el hombro.

—Bueno, ¿le gustó mi música? —preguntó. La joven, incapaz de responder, apretó convulsamente la mano de la pianista. Mademoiselle Reisz percibió su agitación e incluso sus lágrimas. De nuevo le dio unas palmaditas en el hombro mientras decía:

—Es usted la única persona para quien vale la pena tocar. ¿Esos otros? ¡Bah! —Y se fue arrastrando los pies y moviéndose con timidez mientras bajaba por el porche hasta su habitación.

Se equivocaba, sin embargo, con respecto a «esos otros». Su actuación había levantado una ola de entusiasmo. ¡Qué pasión! ¡Qué artista! ¡Siempre he dicho que nadie puede interpretar a Chopin como mademoiselle Reisz! ¡Y ese último preludio! ¡Dios mío, es capaz de conmover a las piedras!

Se hacía tarde y se percibía una disposición general a la desbandada. Pero alguien, tal vez Robert, sugirió un baño en aquella hora misteriosa, bajo la mística luna.

X

Con toda certeza fue Robert quien lo propuso, y nadie dijo que no. No hubo ni uno solo que no estuviera dispuesto a seguirle cuando organizó la marcha. Sin embargo, no era él quien la encabezaba; la había organizado, y ahora incluso remoloneaba detrás, junto a los enamorados, que demostraban cierta disposición a rezagarse y quedarse aparte. Caminaba entre ellos sin que ni él mismo supiera realmente si sus intenciones eran malévolas o traviesas.

Los Pontellier y los Ratignolle iban por delante; las mujeres se apoyaban en el brazo de sus maridos. Edna sentía la voz de Robert tras ellos, y ocasionalmente lograba oír lo que decía. Se preguntaba por qué no los alcanzaba. Aquella actitud no era propia de él. A veces, últimamente, no se le acercaba en un día entero, y redoblaba sus atenciones los días siguientes como queriendo recuperar el tiempo perdido. Ella lo echaba de menos cuando algún

pretexto lo retenía, del mismo modo en que se echa en falta el sol un día nublado, aunque mientras brilla no se le preste demasiada atención.

La gente paseaba en grupitos hacia la playa. Charlaban, reían y algunos cantaban. Una banda tocaba en el hotel de Klein, y la melodía llegaba débilmente hasta ellos, mitigada por la distancia. Ahí fuera había extrañas y raras fragancias: una maraña de olor a mar, algas y humedad, mezclada con el penetrante perfume de un campo colindante lleno de capullos blancos. La noche caía imperceptiblemente sobre el mar y la tierra; sin embargo, la oscuridad no era abrumadora, y no había sombras. La luz blanca de la luna había descendido sobre el mundo como un sueño tibio y misterioso.

La mayor parte del grupo se metió en el agua como en un elemento natural. El mar estaba ahora tranquilo y se hinchaba perezosamente en olas anchas, que se fundían las unas en las otras sin llegar a romper, hasta alcanzar la orilla en pequeñas crestas de espuma que serpenteaban hacia atrás como culebrillas blancas.

Edna llevaba todo el verano intentando aprender a nadar. Hombres, mujeres y, en algunos casos, incluso niños habían tratado de enseñarle. Robert le había dado clases casi a diario y estaba a punto de rendirse al ver la inutilidad de sus esfuerzos. Una especie de temor incontrolable se apoderaba de ella en el agua sino tenía a su alcance una mano conocida que pudiera tranquilizarla.

Pero aquella noche era como el niño que se tambalea y vacila y se agarra y, de repente, es consciente de su fuerza y echa a andar solo por primera vez, audaz y confiado. Habría podido gritar de alegría. Lo hizo, de hecho, cuando, tras una o dos amplias brazadas, levantó su cuerpo hasta la superficie del agua.

La invadió un sentimiento de júbilo como si algún poder de significativa importancia le hubiera otorgado el control del funcionamiento de su cuerpo y de su alma. Continuó desafiante y temeraria, sobrevalorando su fuerza. Quería nadar lejos, hasta donde ninguna mujer hubiese llegado antes.

Su inesperada hazaña era objeto de extrañeza, alabanza y admiración. Cada cual se felicitaba a sí mismo por el éxito de sus enseñanzas para obtener el deseado final.

—¡Qué fácil es! —pensaba Edna—. ¡Si no cuesta nada! —dijo en voz alta—. ¡Cómo no descubrí antes que no costaba nada! ¡Y pensar cuánto tiempo perdí chapoteando como un bebé!

No se unió a los juegos y al jolgorio de los de más, sino que, ebria del nuevo poder conquistado, siguió nadando sola.

Dirigió su rostro mar adentro para captar la impresión de espacio y soledad

que la vasta extensión del agua transmitía a su acalorada imaginación al encontrarse y fundirse con el cielo iluminado por la luna. Parecía que, al nadar, iba en busca de un espacio ilimitado en que perderse.

Durante un momento se volvió para mirar a la playa, a la gente que había dejado allí. No se había alejado demasiado, es decir, no demasiado para un nadador con experiencia; pero, a su inexperta visión, la franja de agua que había tras ella adoptaba el aspecto de una barrera que jamás sería capaz de salvar sin ayuda.

La repentina visión de la muerte golpeó su espíritu y, por un instante, la sobrecogió e hizo flaquear sus sentidos. Pero, tras un esfuerzo, rehízo sus menguadas facultades y logró llegar a tierra.

No mencionó su encuentro con la muerte ni el fogonazo de terror, excepto para comentar a su marido:

—Pensé que iba a morir allí sola.

—No estabas tan lejos, querida; yo estaba vigilándote —le contestó él.

Edna se dirigió inmediatamente a la caseta de baño y, antes de que los demás hubieran salido del agua, ya se había puesto la ropa seca, y estaba lista para volver a casa. Comenzó a caminar sola. Todos la llamaron a gritos, pero ella agitó la mano rechazando la llamada y continuó sin prestar atención a las renovadas voces que pretendían detenerla.

—A veces creo que la señora Pontellier es una caprichosa —dijo madame Lebrun, que se estaba divirtiendo de lo lindo y temía que la repentina marcha de Edna pusiera punto final a la diversión.

—A veces sí que lo es, pero no siempre —afirmó el señor Pontellier.

Edna no había recorrido aún la cuarta parte de la distancia que la separaba de su casa cuando Robert la alcanzó.

—¿Cree que pasé miedo? —le preguntó abiertamente.

—No, no creo que pasara usted miedo.

—Entonces, ¿por qué ha venido? ¿Por qué no se ha quedado con los demás?

—Ni por un momento lo pensé.

—¿Qué es lo que no pensó?

—Nada; pero ¿qué más da?

—Estoy muy cansada —exclamó ella, quejumbrosa.

—Ya lo sé.

Usted no sabe nada de lo que me pasa. ¿Por qué iba a saberlo? Jamás en mi vida me he sentido tan agotada; pero no es desagradable. Cientos de emociones me han recorrido esta noche y no alcanzo a comprender la mitad de ellas. No me haga caso: estoy pensando en voz alta. Me gustaría saber si alguna vez algo volverá a conmoverme como me emocionó oír tocar a mademoiselle Reisz esta noche. Me gustaría saber si alguna noche de mi vida volverá a ser como ésta. Es como una noche de ensueño. Las personas que me rodean son como misteriosos seres semihumanos. Debe de haber espíritus sueltos esta noche.

—Claro que los hay —susurró Robert—. ¿No sabe que estamos a 28 de agosto?

—¿A 28 de agosto?

—Sí; el 28 de agosto, a media noche, si la luna brilla (es imprescindible que brille), un espíritu que viene vagando por estas playas desde hace siglos surge del golfo. Con su penetrante vista, el espíritu busca un mortal que sea digno de hacerle compañía, digno de ser elevado durante unas horas al reino de lo semicelestial. Hasta hoy su búsqueda ha sido siempre infructuosa, y, descorazonado, ha vuelto a sumergirse en el mar. Pero esta noche ha encontrado a la señora Pontellier y tal vez nunca la deje escapar totalmente del hechizo. Quizá ahora ella no permita jamás que un indigno y humilde mortal pasee a la sombra de su divina presencia.

—No se burle —dijo Edna, herida por lo que juzgaba ligereza por parte de Robert. A él no le molestó la súplica, pero aquel tono delicadamente patético era como un reproche. No podía explicárselo, no podía decirle que había captado su estado de ánimo y había comprendido. No le dijo nada; se limitó a ofrecerle el brazo, porque, tal como ella misma había reconocido, estaba agotada. Había caminado sola, con los brazos colgando inertes y arrastrando la falda blanca por el sendero cubierto de rocío. Edna aceptó el brazo, pero no se apoyó en él. Dejó colgar la mano con indiferencia como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar, en algún punto por delante de su cuerpo, y ella se estuviese esforzando en darles alcance.

Robert la ayudó a tumbarse en la hamaca que colgaba junto a la puerta de su vivienda desde la columna hasta el tronco de un árbol.

—¿Esperará al señor Pontellier aquí fuera?

—Sí, me quedaré aquí. Buenas noches.

—¿Quiere que le traiga una almohada?

—Hay una por aquí —dijo, tanteando a su alrededor en la oscuridad.

—Debe de estar en el suelo; los niños la habrán dejado tirada.

—Da igual. —Y, encontrando la almohada, se la colocó detrás de la cabeza. Se estiró en la hamaca con un profundo suspiro de alivio. No era una mujer arrogante, ni melindrosa ni tampoco muy dada a tenderse en la hamaca. Cuando lo hacía, no sugería el voluptuoso reposo del gato, sino el descanso reparador que parecía invadir todo su cuerpo.

—¿Puedo quedarme con usted hasta que llegue el señor Pontellier? —preguntó Robert, sentándose en el borde de un escalón y agarrando la cuerda con que estaba sujeta la hamaca a la columna.

—Quédese si quiere, pero no columpie la hamaca. ¿Quiere traerme el chal blanco? Lo dejé sobre el alféizar de la ventana de la casa.

—¿Tiene frío?

—No, pero lo tendré más tarde.

—¿Más tarde? —rio—. ¿Sabe qué hora es? ¿Cuánto rato va a quedarse aquí fuera?

—No lo sé. ¿Quiere traerme el chal?

—Desde luego que sí —dijo, levantándose. Se dirigió a la casa bordeando el césped. Edna vio cómo su silueta entraba y salía de las franjas de luz lunar. Era más de medianoche y todo estaba en silencio.

Cuando regresó con el chal, Edna lo cogió y lo mantuvo entre sus manos. No se lo puso.

—¿Dijo que podía quedarme aquí hasta que llegara el señor Pontellier?

—Dije que podía hacerlo si le apetecía.

Robert volvió a sentarse, lio un cigarrillo y se lo fumó en silencio. Tampoco la señora Pontellier habló. Un torrente de palabras no habría sido más elocuente que aquellos momentos de silencio ni más embarazoso que sentir los primeros temblores del deseo.

Cuando oyeron las voces de los bañistas que se aproximaban, Robert se despidió. Edna no le contestó. Él pensó que estaba dormida. De nuevo Edna volvió a contemplar su silueta que atravesaba las franjas de luz lunar mientras se alejaba.

XI

—¿Qué haces aquí fuera, Edna? Creí que te encontraría acostada —dijo su marido al verla tumbada allí. Él había dado un paseo mientras acompañaba a

madame Lebrun hasta la casa. Su mujer no le contestó—. ¿Estás dormida? —preguntó, inclinándose para mirarla.

—No.

Sus ojos, al fijarse en los de él, relucían intensos y brillantes, sin rastro de sueño.

—¿Sabes que es más de la una? Vamos. —Y subió los escalones, para entrar en su vivienda—. Edna —gritó desde dentro al cabo de un momento.

—No me esperes —contestó ella. Él asomó la cabeza por la puerta.

—Te enfriarás ahí fuera —dijo con irritación—. ¿Qué tontería es ésta? ¿Por qué no quieres entrar?

—No hace frío y, además, tengo el chal.

Los mosquitos te devorarán.

—No hay mosquitos.

Le oyó dar vueltas por la vivienda, con claros signos de impaciencia e irritación en cada sonido que emitía. En otro tiempo habría obedecido su petición de entrar. Se habría sometido a sus ruegos, por rutina, sin un claro sentimiento de sumisión u obediencia a sus exigentes deseos, sin reflexionar, de la misma manera que andamos, nos movemos, nos sentamos o nos ponemos de pie, girando en la noria cotidiana que nos ha tocado en suerte.

—Edna, querida, ¿entraras pronto? —preguntó de nuevo, esta vez con un cariñoso tono de súplica.

—No; me voy a quedar aquí fuera.

—Esto ya pasa de tontería —estalló él—. No puedo permitir que te quedes ahí toda la noche. Debes entrar en casa inmediatamente.

Edna, con un movimiento de caderas, se instaló más firmemente en la hamaca. Se daba cuenta de que la voluntad se le había disparado, obstinada y resistente. En aquel momento, lo único que podía hacer era negarse y resistir. Se preguntaba si alguna vez antes su marido le había hablado así y si ella se había sometido a sus órdenes. Desde luego que se había sometido; recordaba haberlo hecho. Pero, tal como se sentía en aquellos momentos, no podía comprender cómo o por qué se había rendido.

—Léonce, vete a la cama —dijo Edna—. Quiero quedarme aquí; no deseo entrar y no tengo intención de hacerlo. Y no vuelvas a hablarme así: no te contestaré.

El señor Pontellier se había preparado para acostarse, pero se colocó rápidamente algo encima. Abrió una botella de un vino del que guardaba una

pequeña y selecta reserva en su aparador y bebió un vaso. Salió al porche y ofreció otro a su esposa. Como a Edna no le apetecía, Léonce acercó la mecedora, levantó sobre la baranda los pies enfundados en las zapatillas y se dispuso a fumar un puro. Fumó dos; después entró y se tomó otro vaso de vino. La señora Pontellier rechazó de nuevo el vaso cuando se lo ofreció. El señor Pontellier se sentó otra vez con los pies en alto y, transcurrido un intervalo razonable, volvió a fumar algún cigarro más.

Edna comenzaba a sentirse como si se estuviera despertando poco a poco de un sueño delicioso, grotesco e imposible; como si la realidad oprimiera de nuevo su alma. La necesidad física de dormir empezó a sorprenderla. La exaltación que había sostenido y enardecido su espíritu la dejó desvalida, y se rindió a las condiciones que se agolpaban en su interior.

La hora más silenciosa de la noche había llegado; la hora que precede al amanecer, cuando el mundo parece contener la respiración. La luna, que había cambiado del plateado al cobrizo, colgaba cercana en el cielo adormecido. La vieja lechuza ya no ululaba y los robles habían dejado de lamentarse mientras doblaban sus cabezas.

Edna se levantó, entumecida después de tanto tiempo tumbada y quieta en la hamaca. Subió los escalones tambaleándose y se cogió débilmente a la columna antes de pasar al interior de la vivienda.

—¿Vas a entrar, Léonce? —preguntó, volviendo la cabeza hacia su marido.

—Sí, querida —contestó, siguiendo con la vista una bocanada de humo—. Tan pronto como acabe el puro.

XII

Durmió unas pocas horas, inquietas y febriles, perturbada por sueños intangibles que se le escapaban y dejaban sus sentidos en duermevela con la impresión de algo inalcanzable. Se levantó y se vistió con el frescor de las primeras horas de la mañana. El aire era tonificante y en cierto momento serenó sus sentidos. Sin embargo, no buscaba alivio ni ayuda, ni fuera ni dentro de ella. Seguía ciegamente cualquier impulso, como si hubiera puesto su rumbo en manos extrañas y liberado así su espíritu de toda responsabilidad.

La mayoría de la gente aún dormía. Sólo unos pocos, con intención de oír misa en Chênrière, estaban levantados. Los enamorados, que ya habían hecho sus planes la noche anterior, caminaban hacia el muelle. La dama de negro, con su misal de terciopelo y herrajes de oro, y el rosario de plata de los domingos, les seguía a poca distancia. El anciano señor Farival estaba ya

levantado y casi dispuesto a hacer cualquier cosa que se le ocurriera. Se puso un gran sombrero de paja y, cogiendo su paraguas de la recepción del vestíbulo, siguió a la dama de negro sin llegar a alcanzarla.

La negrita que ayudaba con la máquina de coser a madame Lebrun barría las galerías con largos y absortos escobazos. Edna le mandó subir a la casa y despertar a Robert.

—Dile que voy a Chênrière. El bote está preparado. Que se dé prisa.

Robert no tardó en salir. Era la primera vez que lo llamaba; nunca había preguntado por él. Jamás había dado la impresión de necesitarle. No parecía ser consciente de que, al exigir su presencia, había hecho algo desacostumbrado. Aparentemente, él tampoco era consciente de nada extraño en la situación. Pero un sereno resplandor cubría su rostro cuando se encontró con ella.

Se dirigieron juntos a la cocina para tomar café. No quedaba tiempo para delicadezas en el servicio. Se detuvieron en la parte exterior de la ventana, y la cocinera les pasó un café con un bollo, que se tomaron en el alféizar. Edna dijo que estaba bueno, aunque la verdad es que no pensaba ni en el café ni en nada en concreto. Robert le dijo que a menudo había observado su falta de previsión.

—¿No era suficiente pensar en ir a Chênrière y pedir que lo despertaran? —dijo riendo—. ¿Es que tengo que estar pendiente de todo, como dice Léonce cuando está de mal humor? No le culpo, no estaría de mal humor si no fuera por mí.

Tomaron un atajo por los arenales. A cierta distancia podían ver la curiosa procesión hacia el muelle: los enamorados, hombro con hombro, moviéndose lentamente; la dama de negro, ganándoles terreno poco a poco; el anciano señor Farival, rezagándose centímetro a centímetro; y una joven española, descalza, con un pañuelo rojo en la cabeza y una cesta al brazo, que cerraba la comitiva.

Robert conocía a la joven, y una vez, en el bote, había hablado con ella. Ninguno de los presentes entendía lo que decían. Se llamaba Mariequita y tenía un rostro redondo, travieso y seductor, con unos hermosos ojos negros; sus manos eran pequeñas y las llevaba cruzadas sobre el asa de la cesta. Sus pies eran anchos y toscos, y no se molestaba en esconderlos. Edna se los miró y observó la arena y el barro entre los dedos oscuros.

Beaudelet protestó de que Mariequita estuviera allí ocupando tanto sitio; pero en realidad estaba contrariado por la presencia del anciano señor Farival, que se consideraba mejor marinero que él. Como no podía pelearse con un anciano como el señor Farival, lo hacía con Mariequita. En cierto momento, la

chica se mostró despectiva y reclamó la atención de Robert. A continuación, se puso impertinente, moviendo la cabeza arriba y abajo, poniendo ojos tiernos a Robert y morritos a Beaufort.

Los enamorados estaban solos. No veían ni oían nada. La dama de negro rezaba el rosario por tercera vez. El anciano señor Farival hablaba incesantemente de su habilidad para el manejo de un bote y de lo que Beaufort ignoraba sobre el mismo tema.

A Edna le gustaba todo aquello. Miraba a Mariequita repetidamente, de arriba abajo, desde sus horribles pies morenos hasta sus preciosos ojos negros.

—¿Por qué me mira así? —preguntó la muchacha a Robert.

—Puede que le parezcas bonita. ¿Quieres que se lo pregunte?

—No. ¿Es tu amante?

—Es una mujer casada y tiene dos hijos.

—¡Ah, bueno! También Francisco se escapó con la mujer de Silvano, que tenía cuatro niños. Se llevaron todo el dinero y a uno de los niños, y le robaron la barca.

—¡Cállate!

—¿Entiende lo que hablamos?

—¡Que te calles!

—¿Están casados esos dos de ahí, los que se recuestan uno sobre el otro?

—Por supuesto que no —contestó Robert riendo.

—Por supuesto que no —repitió Mariequita, imitándole con voz grave y una ratificadora inclinación de cabeza.

El sol estaba alto y empezaba a picar. A Edna le parecía que la repentina brisa escondía el agujón del astro en los poros de su cara y sus manos. Robert sostenía la sombrilla sobre ella.

Al avanzar cortando el agua oblicuamente, las velas se hinchaban tensas, rebosantes, llenas de viento. Al mirarlas, el viejo señor Farival se reía sardónicamente de algo y Beaufort despotricaba en voz baja contra el viejo.

Navegando por la bahía hacia Chênrière Caminada, Edna sintió como si estuviera desatracando de un fondeadero donde había estado amarrada y cuyas cadenas, que habían empezado a aflojarse, se hubieran roto la noche anterior cuando el misterioso espíritu se hizo patente y la liberó para verse empujada hacia cualquier lugar al que orientase sus velas. Robert le hablaba sin parar; había dejado de prestar atención a Mariequita. La muchacha llevaba

camarones en su cesta de bambú, cubiertos con musgo. Sacudía el musgo con impaciencia y refunfuñaba malhumorada.

—Vayamos a Grande Terre mañana —dijo Robert en voz baja.

—¿Y qué haremos allí?

— Escalar la colina hasta el viejo fuerte, contemplar cómo serpentean las pequeñas culebras doradas y mirar los lagartos al sol.

Edna dirigió la mirada hacia Grande Terre y pensó que le gustaría estar allí, a solas con Robert, al sol, oyendo el rugido del océano y viendo el contoneo de los viscosos lagartos mientras salían y entraban del viejo fuerte.

—Y al día siguiente, o al otro, podemos navegar hasta Bayou Brulow — continuó diciendo.

—¿Y qué haremos allí?

—Nada; echar el anzuelo para pescar.

—No; volveremos a Grande Terre. Dejaremos tranquilos a los peces.

—Iremos a donde usted quiera —dijo él—. Haré que venga Tonie y que me ayude a reparar y acondicionar la barca. No necesitamos a Beauflet ni a nadie. ¿Tiene miedo de ir en piragua?

—¡Oh, no!

—Entonces, una noche, cuando brille la luna, la llevaré en piragua. Puede que el espíritu del golfo le susurre en qué isla están escondidos los tesoros; y hasta puede que la guíe hasta el mismísimo lugar donde se hallan.

—¡Y nos haremos ricos de un día para otro! —dijo Edna riendo—. Se lo daré todo: el oro pirata y hasta la última parte del tesoro que desenterremos. Creo que usted sabrá cómo gastarlo. El oro pirata no está hecho para ser guardado, ni para darle un fin útil, sino para derrocharlo y lanzarlo a los cuatro vientos por el mero placer de contemplar cómo vuelan las partículas doradas.

—Lo compartiremos y lo dilapidaremos juntos —dijo Robert, sonrojándose.

Subieron todos hasta la pequeña y pintoresca iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, cuya pintura azul y amarilla lanzaba destellos con el fulgor del sol.

Sólo Beauflet quedó atrás, entretenido con el bote. Mariequita se marchó con su cesta de camarones, lanzando a Robert, por el rabillo del ojo, una mirada infantil de reproche y malhumor.

XIII

Una sensación de opresión y somnolencia invadió a Edna durante el servicio. Le empezó a doler la cabeza, y las luces del altar bailaban ante sus ojos. En otra ocasión habría hecho un esfuerzo por recobrar la compostura, pero su único pensamiento era abandonar la sofocante atmósfera de la iglesia y salir al aire libre. Al levantarse, pisó a Robert, y salió murmurando una disculpa. El viejo señor Farival se agitó curioso y se puso de pie, pero al ver que Robert seguía a la señora Pontellier, volvió a hundirse en su asiento. Farfulló una ansiosa pregunta a la dama de negro, que, en lugar de prestar atención o contestar, mantuvo los ojos clavados en su misal de terciopelo.

—Me siento mareada y a punto de desfallecer —dijo Edna, echándose la mano instintivamente a la cabeza y retirándose de la frente el sombrero de paja—. No habría podido aguantar todo el servicio.

Estaban fuera, a la sombra de la iglesia, y Robert la colmaba de atenciones.

—En primer lugar, ha sido una insensatez entrar, y mayor aun habría sido quedarse. Vamos a casa de madame Antoine: allí podrá descansar.

La cogió del brazo y la condujo fuera de aquel lugar mientras le miraba constantemente la cara con preocupación.

Qué tranquilo estaba todo: no se oía más que la voz del mar, que murmuraba entre las cañas que crecían en los charcos de agua salada.

La extensa línea de casitas grises, deterioradas por la intemperie, anidaba en paz entre los naranjos. Edna pensó que siempre debía de haber sido domingo en aquella isla angosta y somnolienta. Se detuvieron a pedir agua, recostándose en una cerca dentada, hecha de desechos marinos. Una joven acadiana de rostro apacible estaba sacando agua de la cisterna, que consistía en una simple boya herrumbrosa abierta por un lado y hundida en la tierra. El agua que la joven les ofreció en un balde de hojalata no estaba fría para beber, pero sirvió para refrescar su acalorado rostro y reanimarla.

La casita de madame Antoine se hallaba en el confín del pueblo. La señora les dio la bienvenida haciendo gala de una hospitalidad completamente natural, igual que habría abierto la puerta para dejar entrar la luz del sol. Estaba gorda y caminaba con lentitud y torpeza. No hablaba inglés, pero cuando Robert le hizo entender que la señora que le acompañaba se sentía mal y quería descansar, se afanó por lograr que Edna se encontrase a gusto y por acomodarla confortablemente.

Cada rincón de aquel lugar estaba inmaculadamente limpio, y la gran cama con dosel, blanca como la nieve, invitaba al reposo. Estaba colocada en una

pequeña habitación lateral que daba a una estrecha parcela de hierba, junto al cobertizo donde una barca, fuera de combate, yacía con la quilla hacia arriba.

Madame Antoine no había ido a misa. Su hijo Tonie, sí; pero ella suponía que regresaría pronto, así que invitó a Robert a que se sentara a esperarlo. Robert salió y se sentó fuera a fumar. Madame Antoine se ajetreaba en la gran habitación delantera, preparando la comida. Estaba cocinando salmonetes sobre unas pocas brasas rojas en la enorme chimenea.

Una vez sola en la pequeña habitación contigua, Edna se aflojó la ropa y se desnudó casi enteramente. Se lavó la cara, el cuello y los brazos en la jofaina situada entre las ventanas. Se quitó los zapatos y las medias, y se estiró en el mismísimo centro de la gran cama blanca. ¡Qué sensual resultaba descansar así, en una cama ajena y exótica, con el dulce olor campesino a laurel que impregnaba las sábanas y el colchón! Estiró sus fuertes miembros, un poco doloridos. Durante un rato, recorrió con los dedos su melena suelta. Contempló sus brazos redondos mientras los sostenía estirados hacia arriba y se los frotaba alternativamente, observándolos de cerca como si viera por primera vez la suave y firme calidad y textura de su carne. Se agarró las manos suavemente por encima de la cabeza, y así se quedó dormida.

Al principio durmió ligeramente, medio despierta y perezosamente atenta a lo que sucedía a su alrededor. Oía el trabajoso renquear de los pasos de madame Antoine, que andaba de un lado para otro sobre el suelo de arena. Unos cuantos pollos cloqueaban al otro lado de las ventanas, escarbando partículas de grava en la hierba. Después, entreoyó las voces de Robert y Tonie hablando bajo el cobertizo. No se movió. Incluso sus párpados descansaban, entumecidos y pesados, sobre los ojos somnolientos. Las voces continuaron: lenta la de Tonie, con la parsimonia de los acadianos; en un francés rápido, suave y fluido, la de Robert. Edna entendía el francés con dificultad si no se dirigían a ella, y las voces eran sólo parte de otros sonidos vagos y amortiguados, que le acunaban los sentidos.

Cuando despertó, tuvo la sensación de que había dormido mucho y profundamente. Las voces se habían acallado bajo el cobertizo. Los pasos de madame Antoine ya no se oían en la habitación contigua. Incluso los pollos se habían ido a otro sitio a cloquear y escarbar. El mosquitero estaba corrido: la anciana había entrado mientras dormía y lo había bajado. Edna se levantó despacio de la cama y, al mirar entre las cortinas de la ventana, pudo ver, por lo oblicuo de los rayos del sol, que la tarde estaba avanzada. Robert estaba fuera, bajo el cobertizo, a la sombra, recostado contra la quilla inclinada del bote boca abajo. Estaba leyendo un libro y Tonie ya se había ido. Se preguntaba qué habría sido del resto del grupo. Lo miró a hurtadillas una o dos veces mientras se lavaba en la pequeña palangana que había entre ventana y ventana.

Madame Antoine había dejado sobre la silla unas toallas limpias y ásperas; y al alcance de la mano, una cajita de poudre de riz. Edna se empolvó la nariz y las mejillas mientras se miraba de cerca en el espejito, que, colgado en la pared sobre la jofaina, distorsionaba la imagen. Tenía los ojos brillantes y completamente abiertos; su rostro resplandecía.

Cuando terminó su aseo, fue hasta la habitación contigua. Tenía mucha hambre y allí no había nadie. Sin embargo, sobre una mesa con mantel que estaba contra la pared había un cubierto con un panecillo oscuro y curruscante, y una botella de vino al lado del plato. Edna dio un mordisco al panecillo, rompiéndolo con sus fuertes dientes blancos. Vertió un poco de vino en el vaso y se lo bebió de un trago. Después, salió sigilosamente al exterior y, cogiendo una naranja de una rama baja, se la tiró a Robert, que ignoraba que estuviera despierta y levantada.

Al verla, se le iluminó la cara y fue con ella bajo el naranjo.

—Cuántos años he dormido? —preguntó Edna—. Toda la isla parece haber cambiado. Una nueva raza de seres debe de haber surgido y nos ha dejado a usted y a mí como reliquias del pasado. ¿Cuántos años hace que murieron madame Antoine y Tonie? ¿Cuándo desaparecieron de la tierra nuestros amigos de Grand Isle?

Robert le ajustó con naturalidad un frunce sobre el hombro.

—Para ser exactos, ha estado durmiendo cien años. A mí me permitieron quedarme aquí para velar su reposo, y durante cien años he permanecido fuera, bajo el cobertizo, leyendo un libro. La única desgracia que no conseguí evitar fue que se me pasara un ave que puse a asar.

—Aunque se hubiera vuelto de piedra, me la comería —dijo Edna, entrando con él en la casa—. Ahora en serio, ¿qué ha pasado con monsieur Farival y los demás?

—Se fueron hace doce horas. Cuando supieron que estaba durmiendo, decidieron que era mejor no despertarla. De todos modos, no se lo habría permitido. ¿Para qué, si no, estaba yo aquí?

—Me pregunto si Léonce estará intranquilo —reflexionó, sentándose a la mesa.

—Por supuesto que no. Sabe que está conmigo —contestó Robert, mientras maniobraba con las cazuelas y tapaba los platos sobre el fogón.

—Dónde están madame Antoine y su hijo? —preguntó Edna.

—Han ido al oficio de vísperas y a visitar, según creo, a unos amigos. Yo soy el encargado de llevarla a casa en la barca de Tonie cuando esté lista para marchar.

Robert removi6 el rescoldo hasta que el ave asada empez6 a chisporrotear de nuevo. Sirvi6 a Edna una comida abundante, col6 el caf6 y lo comparti6 con ella. Madame Antoine habfa guisado poca cosa m6s que los salmonetes, pero mientras Edna dormfa, Robert habfa saqueado la isla. Estaba satisfecho como un ni6o al descubrir y comprobar el apetito y deleite con que Edna comfa los manjares que 6l le habfa preparado.

—¿Nos marchamos ya? —pregunt6 ella, despu6s de apurar su vaso y recoger las migas del panecillo crujiente.

—El sol no est6 tan bajo como estar6 dentro de un par de horas —contest6 6l.

—Pues que desaparezca. ¡A qui6n le importa!

Esperaron un buen rato bajo los naranjos hasta que madame Antoine regres6 jadeante y renqueando mientras ofrecfa mil excusas para justificar su ausencia. Tonie no se habfa atrevido a volver: era t6mido y, por propia iniciativa, no miraba cara a cara a ninguna mujer, excepto a su madre.

Era muy agradable estar allf, bajo los 6rboles, mientras el sol iba poco a poco hundi6ndose por el oeste y pintando el cielo de un flamante cobre y oro. Las sombras se alargaban y reptaban por la hierba como furtivos y grotescos monstruos.

Edna y Robert se sentaron en el suelo, es decir, 6l se tumb6 en el suelo junto a ella, jugueteando de vez en cuando con el borde de su vestido de muselina.

Madame Antoine acomod6 su grueso cuerpo, ancho y achaparrado, en un banco que habfa junto a la puerta. Se habfa pasado la tarde hablando y se habfa animado a contar historias.

¡Y qu6 historias les habfa contado! Tan s6lo dos veces en su vida habfa salido de Ch6ni6re Caminada, y cuando lo hizo fue para un viaje cortfssimo. Se habfa pasado los a6os recorriendo la isla de cabo a rabo, recogiendo leyendas de las islas Baratarias y del mar. Lleg6 la noche, con la luna para alumbrarla. Edna escuchaba las voces de los muertos y el amortiguado tintineo del oro.

Cuando ella y Robert subieron al bote de Tonie, con su roja vela latina, formas brumosas merodeaban por las sombras, entre los ca6averales; y en la superficie del agua, barcos fantasmas, a toda prisa, se iban poniendo a cubierto.

Mientras madame Ratignolle ponía a Étienne, el más pequeño de los chicos, en manos de su madre, le contó que el niño se había portado muy mal. Se había resistido a acostarse y había hecho una escena, que a ella misma le había obligado a ocuparse del asunto para calmarlo del mejor modo posible. Raoul, en cambio, llevaba dos horas durmiendo en su cama.

El más pequeño llevaba un largo camisón blanco, que se le enredaba en los pies mientras madame Ratignolle lo llevaba de la mano. Con la mano libre, gordezuela, se frotaba los ojos, que tenía cargados de sueño y de mal humor. Edna lo cogió en brazos y, sentándose en la mecedora, empezó a hacerle carantoñas y a acariciarle, diciéndole toda clase de ternezas para conseguir que se durmiese.

No eran más de las nueve. Los únicos que se habían retirado a dormir eran los niños.

Según madame Ratignolle, Léonce, al principio, se había inquietado bastante, y había querido salir de inmediato rumbo a Chênrière. Pero monsieur Farival le había convencido de que lo único que sucedía era que su mujer estaba vencida de sueño y cansancio, y de que Tonie la traería más tarde, sana y salva. Así logró disuadirle de su intención de cruzar la bahía. Se había ido al hotel de Klein, en busca de un tratante de algodón con el que tenía que hablar de acciones, bonos, cambios, o alguna cosa por el estilo que madame Ratignolle no recordaba con exactitud. Léonce había dicho que no tardaría. En cuanto a madame Ratignolle, se sentía agobiada y oprimida por el calor. Llevaba un frasco de sales y un amplio abanico. Lamentaba no poderse quedar con Edna, porque monsieur Ratignolle estaba solo, y eso era lo que más detestaba en el mundo.

Tan pronto como Étienne se durmió, Edna lo llevó al cuarto de atrás y Robert fue a levantar el mosquitero para que ella pudiese colocar al niño en la cama con comodidad. La mulata se había esfumado. Cuando salieron del cottage, Robert dio las buenas noches a Edna.

—¿Se da usted cuenta de que hemos pasado juntos todo este maravilloso día, Robert, desde por la mañana temprano? —dijo Edna, en la despedida.

—Todo, excepto los cien años que es tuvo durmiendo. Buenas noches.

Robert le estrechó la mano y se fue en dirección a la playa. No se unió a los demás y paseó solo hacia el golfo.

Edna se quedó fuera, esperando la vuelta de su marido. No deseaba dormir ni entrar; tampoco le apetecía ir a sentarse con los Ratignolle, ni con madame Lebrun y el grupo, que conversaba delante de la casa y cuyas animadas voces podía oír. Su mente vagabundeó, pensando en su estancia en Grand Isle, e intentó descubrir en qué había sido este verano diferente a todos y cada uno de

los veranos de su vida. Sólo podía darse cuenta de que ella, su actual yo, era de algún modo distinto de su yo anterior. Aún no sospechaba que era ella la que, mirando con otros ojos, estaba aceptando dentro de sí misma nuevas circunstancias que influían en su entorno y lo transformaban.

Se preguntaba por qué Robert se había marchado y la había dejado. No se le ocurrió pensar que podía estar cansado de estar con ella todo el día. Ella no lo estaba, y sabía que él tampoco.

Edna lamentaba que se hubiera ido. Le parecía mucho más natural que se quedara cuando ella no le pedía expresamente que la dejara.

Mientras esperaba a su marido, cantaba en voz baja una cancioncilla que Robert había tarareado al cruzar la bahía. Empezaba diciendo: «Ah, si tu savais», y cada verso terminaba con si tu savais.

La voz de Robert no era pretenciosa, sino melódica y natural. La voz, las notas, el estribillo entero rondaban su memoria.

XV

Cuando una tarde Edna llegó al comedor, con retraso, como de costumbre, un grupo de gente, en el que hablaban todos a la vez, parecía sostener una conversación más animada de lo habitual. La voz de Victor se oía incluso más que la de su madre. Edna había vuelto tarde del baño, se había vestido de prisa y tenía el rostro acalorado. Su cabeza, realzada por el delicado vestido blanco, recordaba un espléndido y exótico capullo. Ocupó su lugar en la mesa, entre el viejo monsieur Farival y madame Ratignolle.

Una vez sentada y a punto de empezar a tomar la sopa, servida cuando ella entraba en la habitación, varias personas le informaron simultáneamente de que Robert se iba a México. Soltó la cuchara y miró perpleja a uno y otro lado. Robert había pasado toda la mañana con ella, leyéndole, y no había mencionado si quiera la palabra México. No lo había visto por la tarde, pero había oído decir que estaba en casa, arriba, con su madre. No le dio importancia, aunque le sorprendió que no la acompañara, a última hora de la tarde, cuando ella bajó a la playa.

Edna le miró; estaba sentado al lado de madame Lebrun, que presidía la mesa. La cara de Edna era la viva imagen del asombro, que en ningún momento había intentado disimular. Él levantó las cejas, pretextando una sonrisa como respuesta a su mirada. Parecía violento e incómodo.

—¿Cuándo se va? —preguntó Edna al grupo en general, como si Robert no

estuviera allí para responder por sí mismo.

—¡Esta noche! ¡Esta misma tarde! ¡Habrás visto! ¡Qué bicho le habrá picado! —fueron algunas de las respuestas que recibió, simultáneamente en francés y en inglés.

—¡Imposible! —exclamó ella—. ¿Cómo puede alguien marcharse de Grand Isle a México avisando con tan poco tiempo como si fuera al hotel de Klein, o al muelle o bajara a la playa?

—Hace tiempo que llevo diciendo que me voy a México. Llevo años repitiéndolo —gritó Robert, irritado y nervioso, con el aire de un hombre que se defiende contra un enjambre de abejas.

Madame Lebrun golpeó la mesa con el mango del cuchillo.

—Por favor, dejen que Robert nos explique por qué se va precisamente esta noche —exclamó—. La verdad es que esta mesa cada día se parece más a un manicomio, con todo el mundo hablando a la vez. A veces, espero que Dios me perdone, desearía que Victor se quedara mudo.

Victor rio sarcástico, al tiempo que daba las gracias a su madre por el bienintencionado deseo, del que, por otra parte, no lograba deducir beneficios para nadie, excepto para ella, que así tendría más oportunidades y libertad para hablar.

Monsieur Farival pensaba que tendrían que haber llevado a Victor a alta mar cuando era niño, y dejar que se ahogara. Victor, personalmente, creía que semejante procedimiento debía seguirse con los viejos que se creen en el derecho de hacerse universalmente odiosos. Madame Lebrun empezó a ponerse un poco histérica, y Robert recriminó con dureza a su hermano.

—No hay nada que explicar, madre —dijo. Sin embargo, explicó, mirando sobre todo a Edna, que sólo podría encontrarse con el caballero al que intentaba unirse en Veracruz si tomaba tal o cual vapor porque partía de Nueva Orleans tal día; que Beaufort salía con su lugre de verduras aquella noche, y eso le permitía llegar a la ciudad y coger su barco a tiempo.

—Pero ¿cuándo decidiste todo esto? —preguntó monsieur Farival.

—Esta tarde —contestó Robert un poco molesto.

—¿A qué hora de esta tarde? —insistió el anciano caballero con firmeza obstinada como si estuviera interrogando a un criminal en la sala de justicia.

—A las cuatro de esta tarde, monsieur Farival —contestó Robert en voz alta, con un tono de soberbia que a Edna le pareció teatral.

Se había impuesto a sí misma comer la sopa, y en ese momento se disponía a coger con el tenedor los crujientes trocitos del court bouillon.

Los enamorados aprovechaban la conversación generalizada sobre México para susurrar asuntos que consideraban, con razón, que no interesaban a nadie, salvo a ellos. En una ocasión, a la mujer de negro le habían regalado un rosario de original artesanía mexicana y con indulgencia especial, pero nunca había podido averiguar si la indulgencia iba más allá de la frontera de México. El padre Fochel, de la catedral, había intentado explicárselo, pero no lo había hecho a su entera satisfacción. Rogó a Robert que, si le era posible, se interesara y averiguase si tenía derecho a la indulgencia que acompañaba al curiosísimo rosario mexicano.

Madame Ratignolle esperaba que Robert tomase las máximas precauciones en su trato con los mexicanos, a los que consideraba traicioneros, vengativos y sin escrúpulos. Confiaba no cometer ninguna injusticia al condenarlos como raza. Tan sólo había conocido personalmente a un mexicano, que hacía excelentes tamales y en el que había confiado instintivamente por su modo tan dulce de hablar. Un día le detuvieron por apuñalar a su mujer. Nunca supo si le habían colgado o no.

Victor se había puesto chistoso e intentaba contar la anécdota de una muchacha mexicana que durante un invierno trabajó sirviendo chocolate en un restaurante de Dauphine Street. Ninguno le prestaba atención, excepto el viejo monsieur Farival, que se moría de risa con la graciosa historia.

Edna se preguntaba si todos se habían vuelto locos para hablar y vociferar en semejante tono. Ella no tenía nada que decir ni de México ni de los mexicanos.

—¿A qué hora se marcha? —preguntó Edna a Robert.

—A las diez —le respondió él—. Beaudelet no quiere esperar a que salga la luna.

—¿Tiene ya todo preparado?

—Casi. Cogeré sólo una bolsa de mano y empaquetaré mi baúl en la ciudad.

Robert se volvió para responder a algunas preguntas de su madre, y Edna, después de terminarse el café, se retiró de la mesa.

Fue directamente a su habitación. El pequeño cottage estaba cerrado y, al entrar, el ambiente era sofocante. Pero no le importaba; parecía como si dentro hubiera miles de cosas que reclamaban su atención. Empezó a poner en orden la balda del tocador, protestando por la negligencia de la mulata, que en la habitación contigua estaba acostando a los niños. Recogió prendas sueltas colgadas en los respaldos de las sillas y las puso en su sitio, en el armario o en el cajón de la cómoda. Se cambió el vestido por una bata más amplia y

cómoda. Se arregló el pelo y se lo peinó y cepilló con energía poco habitual en ella. Después entró y ayudó a la mulata a meter a los niños en la cama.

Estaban muy juguetones y dispuestos a charlar, decididos a todo menos a tumbarse tranquilos y dormir. Edna envió a la niñera a cenar y le dijo que no era necesario que volviese. Luego se sentó y les contó un cuento. En vez de calmarles, la historia les excitó y contribuyó a desvelarlos. Los dejó discutiendo acaloradamente y especulando sobre el final del cuento, que su madre les prometió terminar la noche siguiente.

La negrita entró a decirle que a madame Lebrun le gustaría que la señora Pontellier fuese a sentarse fuera con ellos delante de la casa hasta que el señor Robert se fuera. Edna mandó decirle que ya se había desvestido y que no se encontraba bien, pero que tal vez más tarde se diera una vuelta por la casa. Empezó a vestirse de nuevo y llegó a quitarse el peignoir; pero otra vez cambió de opinión y volvió a ponérselo. Salió y se sentó delante de su puerta. Estaba acalorada e irritable, y durante un rato se abanicó enérgicamente. Madame Ratignolle bajó a ver qué ocurría.

—Todo este ruido y confusión en la mesa debe de haberme alterado —le contestó Edna—. Y lo que es más: odio las impresiones fuertes y las sorpresas. ¡Y pensar que Robert se marcha de un modo tan ridículamente repentino y dramático! ¡Como si fuera un asunto de vida o muerte! Sin haberme dicho ni una palabra en toda la mañana que pasó conmigo.

—Sí —asintió madame Ratignolle—. Creo que ha demostrado muy poca consideración con todos nosotros, especialmente con usted. No me habría sorprendido en cualquiera de los otros. Esos Lebrun son todos unos extravagantes. Pero tengo que reconocer que nunca habría esperado una cosa así de Robert. ¿No va a bajar usted? Vamos, querida, resultaría poco cordial.

—No —dijo Edna, indolente—. No voy a tomarme la molestia de volver a vestirme. No me apetece.

—No es necesario que se vista; así está muy bien; póngase un cinturón. ¡Mire cómo voy yo!

—No —insistió Edna—. Pero vaya usted. Madame Lebrun podría ofenderse si nos quedamos las dos aquí.

Madame Ratignolle dio a Edna un beso de despedida y se marchó. En realidad, estaba deseosa de unirse a la animada conversación del grupo, que continuaba hablando de México y los mexicanos.

Un rato después, Robert subió con su bolsa de mano.

—¿No se encuentra bien? —preguntó.

—Sí, sí, bastante bien. ¿Se marcha ya?

Él encendió una cerilla y miró el reloj.

—Dentro de veinte minutos —dijo.

La repentina llamarada de la cerilla acentuó la oscuridad por un momento. Se sentó en un taburete que los niños habían dejado en el porche.

—Coja una silla —dijo Edna.

—Esto me sirve —contestó él. Se colocó el ligero sombrero y se lo volvió a quitar con nerviosismo. Enjugándose la cara con el pañuelo, se quejó del calor.

—Tome el abanico —dijo Edna, ofreciéndoselo.

—Oh, no. Gracias. No sirve de nada; en algún momento hay que dejar de abanicarse, y luego se siente uno mucho peor.

—Ésa es una de las cosas ridículas que los hombres siempre dicen. Jamás oía ninguno hablar de otro modo sobre el hecho de abanicarse. ¿Cuánto tiempo va a estar fuera?

—Tal vez siempre. No lo sé. Depende de muchas cosas.

—Bueno, en caso de que no fuera para siempre, ¿cuánto tiempo sería?

—No lo sé.

—Todo esto me parece totalmente ridículo e innecesario. No me gusta. No entiendo cuáles han sido los motivos de tanto silencio y misterio, de no haberme comentado ni una palabra en toda la mañana.

Robert guardó silencio, sin oponer defensa. Después de un momento, se limitó a decir:

—No se separe de mí malhumorada. Nunca perdió la paciencia conmigo anteriormente.

—No quiero separarme de mal humor —dijo ella—. Pero ¿no lo entiende? Me he acostumbrado a verle, a tenerle conmigo constantemente, y su modo de actuar me parece poco amistoso, desconsiderado incluso. Ni siquiera se disculpa. ¿Por qué? Yo planeaba que siguiéramos juntos, pensando en lo agradable que sería verle en la ciudad el próximo invierno.

—Yo también —soltó él abruptamente—. Quizá sea eso... —De repente, se puso de pie y le tendió la mano—: Adiós, mi querida señora Pontellier; adiós. No me... Espero que no me olvide del todo.

Ella le agarró la mano, pugnando por detenerle.

—Escríbame cuando llegue. ¿Lo hará, Robert? —suplicó Edna.

—Lo haré. Gracias. Adiós.

¡Qué impropio de Robert! Hasta un simple conocido habría contestado a tal petición con algo más categórico que «lo haré, gracias, adiós».

Evidentemente, ya se había despedido de los que estaban fuera de la casa, puesto que bajó la escalinata y se reunió con Beaufort, que andaba por allí, con un remo al hombro, esperándolo. Ambos se alejaron en la oscuridad. A Edna sólo le llegaba la voz de Beaufort; al parecer, Robert no había dirigido a su acompañante ni siquiera una palabra de saludo.

Edna mordió convulsamente el pañuelo, esforzándose en retener y ocultar, hasta para sí misma, como si la escondiera a un extraño, la emoción que la angustiaba y la destrozaba. Tenía los ojos rebosantes de lágrimas.

Por primera vez volvió a reconocer los síntomas del enamoramiento que, de manera incipiente, había sentido de niña, de muchacha, en los primeros años de adolescencia y, más tarde, de joven. La constatación del hecho no disminuyó su realismo ni la intensidad de la revelación se redujo con sombras o promesas de inestabilidad. El pasado no significaba nada para ella; no le ofrecía ninguna lección que estuviera dispuesta a tener en cuenta. El futuro era un misterio que nunca había intentado interpretar. Sólo el presente tenía significado; era suyo, para torturarla como lo estaba haciendo en este momento, con la punzante convicción de haber perdido lo que poseía, de haberle sido negado aquello que su ser apasionado, nuevamente despierto, pedía.

XVI

—¿Echa mucho de menos a su amigo? —le preguntó mademoiselle Reisz, una mañana, mientras subía lentamente detrás de Edna, que acababa de salir de su cottage camino de la playa.

Ahora que por fin había aprendido a nadar, pasaba la mayor parte del tiempo en el agua. Como el final de su estancia en Grand Isle se acercaba, ningún tiempo le parecía suficiente para dedicarlo a ese entretenimiento, que le procuraba los únicos momentos de verdadero placer que conocía. Cuando mademoiselle Reisz llegó, le tocó el hombro y le dirigió la palabra, Edna tuvo la sensación de que la voz de aquella mujer era como el eco del pensamiento que tenía constantemente en la cabeza o, mejor, del sentimiento que sin cesar la dominaba.

La partida de Robert se había llevado, en cierto modo, la brillantez, el color, el significado de todo. Sus condiciones de vida no habían cambiado en

lo sustancial, pero toda su existencia se había deslustrado como un vestido descolorido, que ya no sirve para ponerse. Lo buscaba por todas partes, en todos los demás, a los que inducía a hablar de él.

Por las mañanas subía a la habitación de madame Lebrun, desafiando el traqueteo de la vieja máquina de coser. Se sentaba y charlaba a intervalos como hacía Robert. Miraba los cuadros y las fotografías colgadas en las paredes de la sala y, cuando descubría en algún rincón un viejo álbum familiar, lo examinaba con vívido interés y acudía a madame Lebrun para que le aclarase quiénes eran las numerosas figuras y rostros que aparecían entre las páginas.

Había una foto de madame Lebrun con Robert de bebé, sentado en su regazo; un niño de cara redonda con el puño en la boca. Sólo los ojos del niño evocaban al hombre. Y allá estaba él de nuevo, con una falda escocesa, a los cinco años, con largos bucles y un látigo en la mano. La foto hizo reír a Edna. También rio con el retrato en que Robert llevaba sus primeros pantalones largos. Le interesó otra foto tomada cuando marchó a la universidad; estaba delgado, con el rostro alargado, los ojos llenos de fuego, ambición y grandes proyectos. Pero no había ninguna foto reciente, ninguna que recordara al Robert que había partido hacía cinco días y había dejado vacío y soledad tras él.

—¡Robert dejó de hacerse retratos en cuanto tuvo que pagárselos él mismo! Decía que encontraba cosas mejores en las que emplear el dinero — aclaró madame Lebrun.

Tenía una carta de Robert, escrita antes de salir de Nueva Orleans. Edna deseaba ver la carta, y madame Lebrun le dijo que buscara por la mesa, en el vestidor o tal vez en la repisa de la chimenea.

La carta estaba en la estantería, y para Edna estaba provista del mayor interés y atracción. El sobre, su tamaño, su forma, el matasellos, la caligrafía. Examinó cada detalle externo antes de abrirla. Eran solamente unas pocas líneas en las que decía que saldría de la ciudad aquella tarde; que ya había empacutado su equipaje perfectamente; que se encontraba bien y que le mandaba todo su cariño, rogándole que diera a todos recuerdos afectuosos de su parte. No había ningún mensaje especial para Edna, excepto una posdata en la que decía que, si la señora Pontellier deseaba terminar el libro que él le había estado leyendo, su madre lo encontraría en su habitación, entre otros libros, encima de la mesa. Edna sintió una punzada de celos porque le había escrito a su madre en vez de a ella.

Todos parecían dar por sentado que lo echaba de menos. Incluso su marido, cuando llegó al sábado siguiente, lamentó que Robert se hubiera ido.

—¿Cómo te las arreglas sin él, Edna? —le preguntó.

—Resulta muy aburrido sin él —admitió ella. El señor Pontellier había visto a Robert en la ciudad, y Edna le hizo más de una docena de preguntas. ¿Dónde se habían encontrado? Por la mañana, en Carondelet Street. Habían entrado en un bar y se habían tomado una copa y fumado juntos un puro. ¿De qué habían hablado? Principalmente de sus proyectos en México, que el señor Pontellier calificaba de prometedores. ¿Qué aspecto tenía? ¿Serio, alegre, cómo? Bastante animado y totalmente hecho a la idea de su viaje, lo que el señor Pontellier encontraba muy natural en un joven dispuesto a buscar fortuna y aventura en un extraño e insólito país.

Edna golpeó impaciente el suelo con los pies y se preguntó por qué los niños insistían en jugar al sol cuando debían estar bajo los árboles. Bajó y los condujo a la sombra, mientras regañaba a la mulata por su falta de cuidado.

No encontraba en absoluto ridículo haber hecho de Robert el objeto de su conversación y haber inducido a su marido a hablar de él. El sentimiento que abrigaba por Robert no se parecía en modo alguno a lo que había sentido por su marido, ni a nada que hubiera sentido nunca ni a nada que hubiera esperado sentir alguna vez. Toda la vida había estado acostumbrada a albergar pensamientos y emociones que no tenían voz propia. Nunca habían tomado forma activa. Le pertenecían, eran suyos, y estaba convencida de tener derecho a ellos, de que no concernían a nadie, salvo a ella. En una ocasión, Edna le había dicho a madame Ratignolle que nunca se sacrificaría por sus hijos ni por nadie. Después, había seguido una acalorada discusión; las dos mujeres parecían no entenderse o no hablar el mismo idioma. Edna intentó apaciguar a su amiga y explicárselo.

—Renunciaría a lo accesorio. Daría mi dinero, daría mi vida por mis hijos; pero no me daría a mí misma. No puedo explicarlo con más claridad; es sólo algo de lo que empiezo a ser consciente, que se me está revelando.

—No sé a qué llama usted «esencial» o qué quiere decir con «accesorio» —dijo madame Ratignolle alegremente—. Pero una mujer que daría la vida por sus hijos no puede hacer más. Eso dice la Biblia. Estoy segura de que yo no podría hacer más.

—Oh, sí que podría —rio Edna. No le sorprendió la pregunta de mademoiselle Reisz aquella mañana, cuando la dama, que la seguía camino de la playa, le tocó el hombro y le preguntó si no echaba mucho de menos a su joven amigo.

—Ah, es usted, mademoiselle; buenos días. Por supuesto que echo de menos a Robert. ¿Va a darse un baño?

—¿Y por qué iba a bañarme a final de temporada cuando no he metido un

pie en el agua en todo el verano? —contestó la mujer, displicente.

—Le ruego que me perdone —se disculpó Edna, violenta porque había olvidado la prevención al agua de mademoiselle Reisz y las bromas a que había dado lugar. Algunos pensaban que era por su pelo postizo o por temor a mojarse las violetas; otros lo atribuían a la creencia de que el temperamento artístico va acompañado de una aversión natural al agua. Mademoiselle ofreció a Edna bombones de una bolsa de papel, que sacó del bolsillo, para demostrarle que no albergaba resentimiento. Ella solía comer chokolatinas por sus cualidades nutritivas; se decía que contenían mucho alimento en poca cantidad. La salvaban de morir de desnutrición, pues la comida de madame Lebrun era totalmente deplorable, y nadie, salvo una mujer con tanta desfachatez como madame Lebrun, se atrevería a ofrecer tal comida y, encima, cobrarla.

—Debe de sentirse muy sola sin su hijo —dijo Edna, queriendo cambiar de tema—. Y, además, su hijo preferido. Ha tenido que ser muy duro dejarle marchar.

Mademoiselle se rio con malicia.

—¡Su hijo preferido! ¡Vaya! ¿Quién le ha contado a usted semejante historia? Mine Lebrun vive para Victor y sólo para él. Lo ha mimado hasta convertirlo en el inútil que es. Adora hasta el suelo que pisa. Robert, en cierto modo, está muy bien para dar a la familia todo el dinero que gana, aunque se reserve para él una mínima parte. ¡Así que el hijo preferido! Yo también echo en falta al pobre chico. Me gustaba verlo y oírlo por aquí; el único Lebrun que merece la pena. Suele venir a verme en la ciudad. Me gusta tocar para él. ¡Ese Victor! La horca sería demasiado buena para él. Es un milagro que Robert no le haya matado a palos hace tiempo.

—¡Creía que tenía mucha paciencia con su hermano! —aventuró Edna, contenta de estar hablando de Robert, independientemente de lo que se dijera.

—¡Oh, le dio una buena zurra hace uno o dos años! —dijo mademoiselle—. Fue a causa de una muchacha española sobre la que Victor se creía con algún derecho. Un día encontró a Robert hablando con la chica, paseando con ella, bañándose o llevándole el cesto, no recuerdo exactamente qué, y se puso tan insultante y ofensivo que Robert le dio allí mismo una paliza que, dentro de lo que cabe, lo ha mantenido a raya durante una temporada. Ya va siendo hora de que reciba otra.

—¿Se llamaba Mariequita?

—Sí, Mariequita, eso es, Mariequita. Lo había olvidado. Esa Mariequita es una marrullera, y no es buena.

Edna bajó la vista frente a mademoiselle Reisz y se preguntó cómo podía haber escuchado aquel veneno durante tanto tiempo. Por alguna razón se sentía deprimida, casi desgraciada. No había venido con intención de meterse en el agua, pero se puso el traje de baño y dejó a mademoiselle sola, sentada a la sombra del toldo de los niños. A medida que el verano avanzaba, el agua estaba más fría. Edna se zambulló y nadó con un desenfreno tal que la hizo estremecerse y la revitalizó. Se quedó mucho rato en el agua, deseando a medias que mademoiselle Reisz no la esperase.

Pero mademoiselle esperó. Estuvo muy amable en el camino de vuelta y se deshizo en elogios sobre el aspecto de Edna en traje de baño. Habló de música. Esperaba que Edna la visitara en la ciudad, y le escribió su dirección a lápiz, en un trozo de tarjeta que encontró en el bolsillo.

—Cuándo se marcha? —preguntó Edna.

—El próximo lunes. ¿Y usted?

—La semana que viene —contestó Edna. Y añadió—: Ha sido un verano agradable, ¿verdad, mademoiselle?

—Bueno —asintió mademoiselle Reisz, encogiéndose de hombros—. Bastante bueno, si no hubiera sido por los mosquitos y por las gemelas Farival.

XVII

Los Pontellier poseían una casa encantadora en Nueva Orleans, situada en Esplanade Street. Era un gran cottage de dos alturas, con amplia galería delantera, cuyas columnas redondas y acanaladas sostenían el tejado inclinado. La casa estaba pintada de un blanco deslumbrante; los postigos exteriores o celosías eran verdes. En el patio, escrupulosamente limpio, había flores y plantas de las muchas que florecen en el sur de Luisiana. De puertas adentro, el mobiliario se ajustaba perfectamente a lo convencional. Las alfombras más suaves cubrían los suelos; en puertas y ventanas, colgaban ricos y elegantes cortinajes. Había cuadros en las paredes, seleccionados con criterio y buen gusto. El vidrio tallado, la plata, los gruesos damascos que a diario aparecían sobre la mesa eran la envidia de muchas mujeres con maridos menos generosos que el señor Pontellier.

A éste le encantaba pasear por su casa examinando el mobiliario y los detalles, comprobando que nada estuviera fuera de lugar. Valoraba mucho sus posesiones, principalmente porque eran suyas y porque de la contemplación de una pintura, una estatuilla, una cortina de encaje valioso, o de cualquier otra

cosa, obtenía un genuino placer cuando, tras adquirirlo, lo colocaba entre sus dioses domésticos.

Los martes por la tarde —el martes era el día de recepción de la señora Pontellier— había un flujo permanente de visitas: mujeres que llegaban en carruaje o en tranvía, o que venían paseando si el aire era suave y la distancia lo permitía. Un joven mulato claro, con frac y con una diminuta bandeja de plata para las tarjetas de visita, los recibía. Una doncella, con cofia blanca encañonada, ofrecía licor, café o chocolate, al gusto de cada uno. La señora Pontellier, vestida con un elegante atuendo de recepción, permanecía en el salón toda la tarde recibiendo a sus visitantes. Algunas veces, al atardecer, venían también hombres acompañando a sus esposas.

Éste había sido el programa que la señora Pontellier había seguido religiosamente desde su boda, hacía seis años. Algunas noches, durante la semana asistía con su marido a la ópera o, a veces, al teatro.

El señor Pontellier se marchaba de casa por la mañana, entre las nueve y las diez, y rara vez volvía antes de las seis y media o las siete de la tarde, ya para la cena, que se servía a las siete y media.

Pocas semanas después de su regreso de Grand Isle, se sentó con su esposa a la mesa un martes por la noche. Estaban los dos solos. Los niños se habían ido a la cama; de vez en cuando se oían ligeros correteos de pies descalzos y la voz acusadora de la mulata, que suplicaba con débiles protestas. La señora Pontellier no llevaba su traje de recepción como era habitual; vestía uno normal, de estar por casa. El señor Pontellier, muy observador para esos detalles, lo notó mientras servía la sopa y le tendía la sopera al mozo de comedor.

—¿Te encuentras cansada, Edna? ¿A quién recibiste? ¿Muchas visitas? —preguntó. Probó la sopa y empezó a sazónarla con sal, pimienta, vinagre, mostaza y todo lo que había a su alcance.

—Hubo muchísimas —contestó Edna, comiendo la sopa con evidente satisfacción—. Encontré sus tarjetas de visita cuando volví. Estuve fuera.

—¿Fuera? —exclamó su marido con un tono de auténtica consternación mientras depositaba las vinajeras y la miraba a través de las gafas—. ¿Porqué? ¿Qué te ha obligado a salir en martes? ¿Qué tenías que hacer?

—Nada. Simplemente, me apetecía salir, y salí.

—Bueno, espero que hayas dejado una excusa convincente —dijo su marido, apaciguado en cierto modo, mientras añadía una pizca de cayena a la sopa.

—No, no dejé ninguna excusa. Ordené a Joe que dijera que había salido; y

ya está.

—Pero ¿por qué, querida? Creía que ya habías entendido que la gente no hace esas cosas; tenemos que observar les convenances si queremos ir adelante y no quedarnos atrás en la procesión. Si sentías necesidad de irte de casa esta tarde, deberías haber ofrecido una disculpa apropiada para tu ausencia...

Esta sopa está verdaderamente imposible; parece mentira que esa mujer no haya aprendido todavía a hacer una sopa decente. Cualquier chiringuito de la ciudad la sirve mejor. ¿Estuvo la señora Belthrop aquí?

—Joe, trae la bandeja con las tarjetas. No recuerdo quién vino.

El muchacho se retiró y, pasado un momento, volvió con la bandejita de plata cubierta de tarjetas de visita femeninas. Se la tendió a la señora Pontellier.

—Dásela al señor Pontellier —dijo Edna.

Joe tendió la bandeja al señor Pontellier y después removió la sopa.

El señor Pontellier examinó los nombres de las visitas de su esposa, leyendo algunos en voz alta e intercalando comentarios.

—«Las señoritas Delasidas». Esta mañana hice un buen negocio para su padre con unos artículos a entregar a plazos. Unas chicas encantadoras; ya va siendo hora de que se casen. «La señora Belthrop». Te diré lo que sucede, Edna: no puedes permitirte hacerle un desaire a la señora Belthrop. ¿Por qué? Pues porque Belthrop tiene capacidad para comprarnos y vendernos diez veces. Su negocio vale mucho. Una bonita cifra para mí. Sería mejor que le escribieras una nota. «La señora James Highcamp». ¡Bah! Cuanto menos tengas que ver con la señora Highcamp, mejor. «Madame Laforcé». Vino desde Carrolton, demasiado, pobre infeliz. «La señorita Wiggs», «la señora Eleanor Boltons»...

Puso las tarjetas a un lado.

—¡Por favor! —exclamó Edna, echando chispas—. ¿Por qué te tomas esto tan en serio y haces tantos aspavientos?

—No hago aspavientos. Pero precisamente estas aparentes nimiedades son las que hay que tomar en consideración. Estas cosas cuentan.

El pescado estaba socarrado, y el señor Pontellier no lo tocó. Edna dijo que no le importaba un ligero gusto a socarrado. El asado no estaba a satisfacción del señor, y tampoco le agradó cómo sirvieron las verduras.

—Me parece —dijo— que gastamos suficiente dinero en esta casa para procurarnos una comida al día que pueda uno ingerir sin menoscabo de su

dignidad.

—Antes pensabas que la cocinera era un tesoro —contestó Edna con indiferencia.

—Tal vez lo fuera cuando llegó, pero las cocineras no son más que seres humanos. Necesitan que se las cuide como a cualquier otra persona a la que se contrata. Imagínate que yo no estuviera al tanto de los empleados de mi oficina y permitiera que las cosas fueran a su aire; no tardarían en organizar un buen lío conmigo y con mi negocio.

—¿Adónde vas? —preguntó Edna, viendo que su marido se levantaba de la mesa sin probar bocado, excepto una cucharada de sopa sazonada en exceso.

—Me voy a cenar al club. Buenas noches.

Ella estaba familiarizada con estas escenas. A menudo la habían hecho muy desgraciada. En ocasiones anteriores se había sentido totalmente desganada para acabar la cena. Otras veces había ido a la cocina para administrar una tardía regañina a la cocinera. En una ocasión fue a su habitación y se pasó la tarde entera estudiándose el libro de cocina, para acabar escribiendo un menú semanal que la dejó desolada, pues después de todo no había logrado nada que mereciera la pena.

Pero aquella noche Edna se obligó a terminar de cenar sola. Tenía el rostro enrojecido y sus ojos llameaban con una especie de fuego interior que los encendía. Cuando acabó de cenar, dio instrucciones al mozo para que dijera a cualquier posible visita que estaba indispueta. Y después se fue a su habitación.

Era una habitación grande y hermosa, rica y colorida en la suave penumbra que la doncella había dispuesto al bajar la luz. Entró, se acercó a la ventana abierta y miró el intrincado laberinto del jardín que se extendía a sus pies. Todo el misterio y el embrujo de la noche parecían haberse congregado allí, entre los perfumes oscuros y los tortuosos contornos de las flores y el follaje. Se buscaba y se encontraba a sí misma en aquella dulce oscuridad, que armonizaba con su estado de ánimo. Pero no eran voces de consuelo las que le llegaban de la noche, el cielo y las estrellas, sino voces burlonas, con notas que sonaban lastimeras, sin promesas, desprovistas incluso de esperanza. Entró de nuevo en la habitación y empezó a recorrerla de un lado a otro sin detenerse. Llevaba en las manos un pañuelo fino que, después de desgarrarlo en tiras, enrolló en una bola y arrojó lejos. Se detuvo un momento y, quitándose el anillo de boda, lo lanzó a la alfombra. Cuando lo vio allí, tirado, lo pisó con el talón, esforzándose en romperlo. Pero el pequeño talón de su bota no pudo deformarlo; ni siquiera logró arañar el pequeño aro reluciente.

Llena de ira, cogió un jarrón de cristal de la mesa y lo estampó contra las losas de la chimenea. Quería destruir algo. Deseaba escuchar el estallido y el estruendo.

Una doncella, alarmada por el ruido del cristal roto, entró en la habitación para averiguar lo que pasaba.

—Se ha caído un jarrón en la chimenea —dijo Edna—. No se preocupe; déjelo hasta mañana.

—Pero podría clavarse un cristal en el pie, señora —insistió la joven, recogiendo los pedazos del jarrón roto desparramados por la alfombra—. Y aquí está su alianza, señora, debajo de la silla.

Edna extendió la mano, cogió el anillo y lo deslizó en su dedo.

XVIII

A la mañana siguiente, a punto de marchar a la oficina, el señor Pontellier preguntó a Edna si quería ir a buscarle a la ciudad y mirar algunos accesorios nuevos para la biblioteca.

—No creo que necesitemos nuevos accesorios, Léonce. No compremos más cosas. Eres demasiado gastador. Estoy segura de que nunca has pensado en guardar dinero o ahorrar.

—El modo de hacerse rico es moviendo el dinero, mi querida Edna, no ahorrándolo —dijo.

Lamentó que no le apeteciera acompañarle a seleccionar nuevos accesorios. Se despidió con un beso y le dijo que no tenía buen aspecto y que tenía que cuidarse. Edna estaba pálida y silenciosa, algo poco habitual en ella.

Esperó en la galería delantera mientras él se alejaba de la casa, y, absorta, arrancó unas pocas ramitas de jazmín que crecían en un enrejado cercano. Aspiró el aroma de los capullos y se los metió en la pechera del traje blanco de mañana. Los niños arrastraban por la vereda un pequeño «vagón expreso» lleno de tarugos y palos. La niñera mulata los seguía con pasitos rápidos, fingiendo animación y presteza. Una vendedora de fruta pregonaba sus mercancías por la calle.

Edna miraba al frente con expresión ensimismada. No sentía ningún interés por lo que la rodeaba. La calle, los niños, la vendedora de fruta, las flores que crecían allí, ante sus ojos, eran parte y fragmentos de un mundo extraño que de repente se había vuelto hostil.

Volvió a entrar en casa. Había pensado hablar a la cocinera de los desatinos cometidos la noche anterior, pero el señor Pontellier la había librado de tan desagradable misión, para la que, por otra parte, estaba tan poco dotada. Los argumentos que el señor Pontellier empleaba con sus subordinados eran habitualmente convincentes. Había salido de su casa con la seguridad casi total de que Edna y él podrían sentarse aquella noche, y tal vez las noches sucesivas, a comer algo que mereciera el nombre de cena.

Edna pasó una o dos horas examinando algunos de sus viejos dibujos. Veía imperfecciones y defectos que saltaban a la vista. Intentó trabajar un poco, pero reconoció que no estaba de humor. Finalmente, cuando un poco más tarde se vistió y salió de casa, se llevó los escasos dibujos que consideró menos vergonzosos. Tenía un aspecto elegante y distinguido con el traje de calle. El bronceado de la playa le había desaparecido de la cara y la frente aparecía suave, blanca y brillante bajo el abundante pelo dorado. Tenía algunas pecas en la cara, un pequeño lunar oscuro cerca del labio inferior y otro en la sien, medio oculto por el pelo.

Mientras caminaba por la calle, pensaba en Robert. Aún estaba bajo el hechizo del enamoramiento. Había intentado olvidarle al advertir lo inútil que resultaba su recuerdo. Pero pensar en él era como una obsesión que la acosaba constantemente. No es que se detuviera en los detalles de sus primeros encuentros ni rememorase algún rasgo especial o peculiar de su personalidad; era su ser, su existencia, lo que dominaba su pensamiento, y se desvanecía a veces como si se fundiera en la niebla del olvido, para reavivarse de nuevo con una intensidad tal que la colmaba de un incomprensible deseo.

Edna se dirigió a casa de madame Ratignolle. La amistad que había comenzado en Grand Isle no se había enfriado y, desde su regreso a la ciudad, se veían con bastante frecuencia. Los Ratignolle vivían cerca de la casa de Edna, en la esquina de una calle lateral, donde monsieur Ratignolle regentaba una farmacia de su propiedad, que gozaba de próspera y estable clientela. Su padre había llevado el negocio antes que él, y monsieur Ratignolle estaba bien establecido en la comunidad y mantenía una envidiable reputación por su integridad y perspicacia. Su familia vivía encima de la farmacia, en un confortable piso, al que se entraba por uno de los lados de la porte cochère.

Había algo que Edna encontraba muy francés y muy extranjero en toda su manera de vivir. En el amplio y agradable salón, que ocupaba todo el ancho de la casa, los Ratignolle agasajaban a sus amigos cada quince días con una *soirée musicale*; a veces, con la variante de una partida de cartas. Había un amigo que tocaba el chelo. Uno traía la flauta y otro el violín; otros cantaban y algunos interpretaban al piano con distintos grados de gusto y pericia. Las *soirées musicales* de los Ratignolle eran muy conocidas y se consideraba un privilegio ser invitado a ellas.

Edna encontró a su amiga ordenando la ropa que había traído aquella mañana de la lavandería. Al ver a Edna, conducida a su presencia sin ninguna ceremonia, abandonó inmediatamente su tarea.

—Cité puede hacerlo tan bien como yo; en realidad, es su trabajo —explicó a Edna, que se disculpó por interrumpirla.

Llamó a una joven negra y le advirtió, en francés, que tuviera mucho cuidado en comprobar punto por punto la lista que le habían dado. Le dijo que se fijara con especial atención si habían devuelto uno de los pañuelos de lino fino de monsieur Ratignolle que faltaba la semana anterior, y que se asegurase de separar las prendas que precisaran arreglo o zurcido.

Después, poniendo un brazo alrededor de la cintura de Edna, la llevó a la parte delantera de la casa, al salón, que estaba fresco y fragante por el olor de las rosas colocadas en jarrones al pie de la chimenea.

Allí, en su casa, madame Ratignolle parecía más hermosa que nunca, con el batín que dejaba casi totalmente al descubierto sus brazos y exhibía las espléndidas y deslizantes líneas de su garganta blanca.

—Quizá pueda pintar su retrato algún día —dijo Edna con una sonrisa mientras se sentaban. Sacó el rollo de dibujos y empezó a desplegarlos—. Creo que tendría que volver a trabajar —prosiguió—. Siento necesidad de hacer algo. ¿Qué le parecen? ¿Cree que merece la pena empezar de nuevo y seguir estudiando? Podría trabajar durante algún tiempo con Laidpore.

Sabía que la opinión de madame Ratignolle en ese asunto sería casi inútil; que ella misma no había tomado aún ninguna decisión, pero estaba resuelta a hacerlo; sin embargo, buscaba palabras de elogio y ánimo que la ayudaran a emprender con coraje la aventura.

—¡Querida, usted tiene un talento enorme!

—¡Tonterías! —protestó Edna, muy halagada.

—Enorme, se lo aseguro —insistió madame Ratignolle, examinando los dibujos uno a uno, muy de cerca y estirando después el brazo, mientras entornaba los ojos e inclinaba la cabeza a un lado.

—Sin duda, este campesino bávaro merece que le ponga usted un marco. ¡Y esta cesta de manzanas! Nunca he visto nada tan real. Se siente uno tentado de alargar la mano y coger una.

Edna no podía evitar un sentimiento que bordeaba la autocomplacencia al escuchar los elogios de su amiga, incluso dándose cuenta, como de hecho se daba, del verdadero valor de los dibujos. Guardó unos pocos y entregó el resto a madame Ratignolle, que apreció el regalo más allá de su valor real y que, orgullosa, los exhibió delante de su marido cuando éste subió de la farmacia

para almorzar.

El señor Ratignolle era uno de esos hombres de quienes se dice que son la sal de la tierra. Su jovialidad sin límites rivalizaba con su bondad, su amplia tolerancia y su sentido común. Tanto él como su esposa hablaban inglés con acento que sólo se percibía en la intensidad, tan poco inglesa, y en cierto esmero y ponderación. El marido de Edna hablaba inglés sin ningún tipo de acento. Los Ratignolle se entendían perfectamente. Si alguna vez en este mundo se ha logrado la fusión de dos seres humanos en uno, sin lugar a dudas ha sido en ellos.

Cuando Edna se sentó a la mesa pensó: «¡Qué comestralo me espera!». Aunque no tardó en descubrir que no era un comestralo, sino una deliciosa comida sencilla, selecta y satisfactoria en todos los detalles.

Monsieur Ratignolle estuvo encantado de verla, aunque la encontraba con peor aspecto que en Grand Isle, y le aconsejó un tónico. Hablaba mucho y de temas diversos: un poco de política, noticias de la ciudad y chismorreos del vecindario. Charlaba con animación y gravedad, dando a cada sílaba que pronunciaba una importancia exagerada. Su mujer se interesaba profundamente por todo lo que él decía, dejando el tenedor para escucharle mejor, terciando en la conversación y bebiéndose las palabras de su boca.

Al dejarlos, Edna se sintió más deprimida que consolada. La breve visión de armonía doméstica que le habían ofrecido no le causó pena ni nostalgia. No era ése el tipo de vida que le iba, y no veía en él sino un pasmoso y desesperanzado aburrimiento. Sentía una especie de conmiseración por madame Ratignolle, piedad por aquella existencia gris, que nunca elevaría a su dueña por encima de aquel bienestar mediocre en el que no hay lugar para la angustia ni para saborear el delirio de vivir. Edna se preguntaba vagamente qué había querido decir con «el delirio de vivir». La expresión le había pasado por la cabeza como una impresión extraña y espontánea.

XIX

Edna no podía evitar la idea de que haber pisoteado su alianza y estampado el jarrón de cristal contra el piso de la chimenea había sido una absoluta tontería completamente infantil. No le asaltaron más arranques que la empujaron a recurrir a métodos tan fútiles. Empezó a obrar como quería y a sentir como deseaba. Abandonó por completo sus reuniones de los martes en casa y no devolvió las visitas a los que habían ido a verla. No hizo esfuerzos inútiles por llevar la casa en *bonne ménagère*, iba y venía cuando le apetecía, y

en lo posible se abandonaba a cualquier capricho pasajero.

El señor Pontellier había sido un marido bastante atento mientras encontró en su mujer cierta sumisión tácita. Pero su nuevo e inesperado modo de comportarse lo dejaba totalmente perplejo. Lo asustaba. Además, el completo abandono de sus deberes de esposa lo encolerizaba. Cuando el señor Pontellier resultaba ofensivo, Edna se ponía insolente. Había resuelto no dar jamás un paso atrás.

—Me parece una total extravagancia que una mujer al frente de una casa y madre de dos hijos pase en un atelier el tiempo que debería emplear procurando el bienestar de su familia.

—Me apetece pintar —respondía Edna—. Quizá no me apetezca siempre.

—Entonces, por el amor de Dios, ¡pinta! Pero no dejes que la familia se vaya al traste. Ahí tienes a madame Ratignolle: sigue con su música y no deja que todo lo demás sea un caos. Y ella es mejor músico que tú pintora.

—Ni ella es músico ni yo pintora. Y no es por la pintura por lo que me despreocupo de lo demás.

—¿Por qué es entonces?

—¡Ah, no lo sé! ¡Déjame en paz! ¡Me molestas!

El señor Pontellier se preguntaba a veces si su mujer no se estaría trastornando. Veía claramente que Edna no era la misma. Es decir, él no se daba cuenta de que Edna estaba en el proceso de ser ella misma y que desechaba día a día ese yo ficticio que asumimos como un disfraz con el que aparecer ante el mundo.

Su marido la dejaba sola, tal como ella pedía, y se iba a la oficina. Edna subía a su atelier, una luminosa habitación en lo alto de la casa. Trabajaba con enorme energía e interés, pero no conseguía nada que la satisficiera lo más mínimo. Durante un tiempo tuvo a toda la casa enrolada al servicio del arte; incluso los muchachos posaban para ella. Al principio, lo encontraban divertido, pero pronto la distracción perdió su atractivo cuando descubrieron que no era un juego pensado expresamente para su diversión. La mulata se sentaba durante horas ante la paleta de Edna, paciente como un salvaje, mientras la doncella se encargaba de los niños y el salón seguía sin desempolvar. Pero la doncella también cumplió su turno como modelo cuando Edna se dio cuenta de que la espalda y los hombros de la joven estaban modelados según líneas clásicas y que su melena, sin la contención de la cofia, resultaba inspiradora. A veces, mientras trabajaba, Edna tarareaba en voz baja la cancioncilla *Ah, si tu savais*.

Esto le traía recuerdos. Volvía a oír de nuevo el murmullo del agua y el

batir de la vela. Veía el destello de la luna sobre la bahía y sentía la blanda y borrascosa sacudida del cálido viento del sur. Una imperceptible corriente de deseo atravesó su cuerpo, derribando sus defensas y abrasando sus ojos.

Hacía días que era feliz sin saber por qué. Feliz de estar viva y respirar. Días en los que todo su ser parecía fundirse con la luz del sol, los olores y la exuberante tibieza del sur. Entonces, le gustaba pasear sola por lugares extraños y desconocidos. Descubría rincones soleados, en los que adormecerse y soñar. Y encontraba delicioso soñar y estar sola sin que nadie la molestara.

Había días en que era desgraciada sin saber tampoco por qué. Días en los que parecía no merecer la pena estar contenta o triste, viva o muerta; momentos en que la vida parecía un grotesco pandemónium y la humanidad, gusanos que se desvivían ciegamente hacia su inevitable aniquilamiento. En tales momentos, no podía trabajar ni tejer las fantasías que aceleraban sus latidos y encendían su sangre.

XX

En uno de aquellos estados de ánimo, Edna buscó a mademoiselle Reisz. No había olvidado la impresión bastante desagradable que le había dejado su última entrevista; pero, a pesar de esto, sentía deseos de verla; sobre todo, de oírla tocar el piano. A primera hora de la tarde, emprendió la búsqueda de la pianista. Por desgracia había extraviado o perdido la tarjeta y, buscando su dirección en la guía de la ciudad, comprobó que vivía en Bienville Street, a cierta distancia de su casa. La guía que cayó en sus manos era de hacía más de un año y, cuando llegó al número indicado, Edna descubrió que la casa estaba ocupada por una respetable familia de mulatos que alquilaban chambres garnies. Hacía seis meses que vivían allí, y no sabían absolutamente nada de aquella tal mademoiselle Reisz. Realmente, no sabían nada de ninguno de sus vecinos; y le aseguraron que los inquilinos eran todos gente de lo más distinguida. Edna no se detuvo a discutir con madame Pouponne sobre diferencias de clase, y se dirigió rápidamente a la tienda de ultramarinos vecina con la seguridad de que mademoiselle habría dejado su dirección al propietario.

Éste le informó que conocía a mademoiselle Reisz mucho mejor de lo que habría deseado. Lo cierto es que no quería saber nada ni de ella ni de cualquier cosa que tuviera relación con la mujer más desagradable e impopular que jamás había vivido en Bienville. Daba gracias al cielo de que hubiera abandonado el vecindario y agradecía también no conocer su paradero.

A Edna se le quintuplicaron las ganas de ver a mademoiselle Reisz con esta serie de obstáculos. Se preguntaba quién podría darle la información que buscaba cuando, de pronto, se le ocurrió que madame Lebrun era la persona idónea. Sabía que era inútil preguntara madame Ratignolle, que no tenía buenas relaciones con la pianista y que prefería no saber nada de ella. En cierta ocasión había hablado del asunto con tanta contundencia como el tendero de la esquina.

Edna sabía que madame Lebrun había vuelto a la ciudad, porque ya estaban a mediados de noviembre. Y también sabía que los Lebrun vivían en Charles Street.

Por fuera, su casa parecía una prisión, con rejas de hierro delante de la puerta y las ventanas bajas. Las rejas de hierro eran una reliquia del antiguo régimen, y a nadie se le habría ocurrido quitarlas. A un lado, una valla alta cerraba el jardín. Edna llamó al timbre por la puerta del jardín y esperó en la acera a que le abriesen.

Le abrió Victor. Una negra que se secaba las manos en el delantal le pisaba los talones. Antes de verlos, Edna les oyó discutir: la mujer, cosa rara, reclamaba el derecho a que le permitieran cumplir con sus deberes, uno de los cuales era contestar al timbre.

Victor, sorprendido y encantado de ver a la señora Pontellier, no intentó ocultar su sorpresa ni su alegría. Era un atractivo joven de diecinueve años, de cejas oscuras, que se parecía mucho a su madre, pero con un ímpetu diez veces mayor. Ordenó a la negra que avisara en seguida a madame Lebrun y que le informara de que la señora Pontellier deseaba verla. La mujer se negó, refunfuñando por tener que hacer parte de su trabajo, cuando no se le permitía hacerlo entero, y se dispuso a reanudar la interrumpida tarea de escardar el jardín. Victor la increpó con un torrente de insultos, que, debido a su rapidez e incoherencia, fue totalmente incomprensible para Edna. Fuera lo que fuera, la reprimenda surtió efecto, pues la mujer soltó el azadón y entró rezongando en la casa.

Edna no tenía ganas de entrar. En un lado del porche había sillas, un canapé de mimbre y una mesita, y se estaba muy agradable. Cansada de la larga caminata, se sentó y comenzó a mecerse suavemente mientras recomponía los pliegues del parasol de seda. Victor acercó su silla. Inmediatamente le explicó que el comportamiento ofensivo de la mujer negra se debía a su adiestramiento imperfecto, y que no iba a ser él quien se encargara de meterla en vereda. Había llegado de su isla la mañana anterior y esperaba volver al día siguiente. Se quedaba todo el invierno en la isla; vivía allí, mantenía el lugar en condiciones y preparaba las cosas para los veraneantes.

Pero, como un hombre necesita esparcimiento de vez en cuando —siguió informando a la señora Pontellier—, reunía pretextos para venir a la ciudad cada dos por tres. ¡Dios mío! La noche pasada había sido una de esas... No quería que su madre se enterase, y empezó a hablar en voz baja. Resplandecía al recordar lo sucedido. Por supuesto, no iba a contarle todo a la señora Pontellier, que, como mujer, no lo comprendería. Pero la cosa empezó con una chica que, al pasar, le sonrió desde una ventana entreabierta. ¡Una preciosidad! Por supuesto que él le devolvió la sonrisa y subió a charlar con ella. La señora Pontellier no lo conocía si pensaba que era de los que dejan pasar una oportunidad semejante. Aun a su pesar, a Edna le divertía el muchacho. Su mirada debía denotar cierto interés o entretenimiento. El chico fue llevando su osadía cada vez más lejos y, si no hubiera sido por la oportuna llegada de madame Lebrun, la señora Pontellier no habría tardado mucho en tener que escuchar alguna historia subida de tono.

La dama continuaba, siguiendo su costumbre de verano, vestida de blanco. Sus ojos dirigieron a Edna una efusiva bienvenida. ¿No le apetecería a la señora Pontellier pasar a la casa? ¿Tomaría algún refresco? ¿Por qué no había venido antes? ¿Cómo estaban el querido señor Pontellier y sus encantadores hijos? ¿Había visto alguna vez la señora Pontellier un noviembre tan bueno?

Victor fue a reclinarsse en el canapé de mimbre, detrás de la silla de su madre, desde donde controlaba el rostro de Edna. Mientras hablaba con ella, Victor había cogido el parasol y, tumbado de espaldas, lo levantaba y hacía girar sobre su cabeza. Madame Lebrun se quejó de lo aburrida que era la vuelta a la ciudad; de la poca gente que veía ahora; y de que incluso Victor, cuando subía de la isla por uno o dos días, tenía el tiempo comprometido con sus obligaciones. Fue entonces cuando el joven comenzó a revolverse en el canapé y le guiñó un ojo a Edna con malicia. Edna se sintió, en cierto modo, cómplice de un delito, e intentó parecer severa y en desacuerdo.

Le comentaron que sólo habían recibido dos cartas muy breves de Robert. Cuando su madre le rogó que entrara a buscarlas, Victor dijo que, en realidad, no merecía la pena ir a por ellas. Él recordaba todo lo que decía, y, verdaderamente, cuando lo pusieron a prueba, recitó su contenido con mucha soltura.

Una de las cartas estaba escrita desde Veracruz y la otra desde Ciudad de México. Se había reunido con Montel, que le estaba ayudando todo lo posible para que prosperase. De momento, su situación financiera no había mejorado respecto a la que dejó en Nueva Orleans, pero, por supuesto, las perspectivas eran infinitamente mejores. Contaba cosas sobre Ciudad de México: los edificios, las gentes y sus costumbres, y las condiciones de vida que había encontrado. Enviaba todo su cariño a la familia e incluía un cheque para su madre, esperando que ella diera recuerdos afectuosos de su parte a todos sus

amigos. Eso era en síntesis lo que contenían las dos cartas. Edna sabía que, si hubiera habido algún mensaje para ella, le habría llegado. El abatimiento con el que había salido de casa empezó a invadirla de nuevo, y recordó que deseaba encontrar a mademoiselle Reisz.

Madame Lebrun sabía dónde vivía mademoiselle. Dio a Edna la dirección, lamentando que no aceptase pasar con ella lo que quedaba de tarde y dejara la visita a mademoiselle Reisz para otro día. Era ya más de media tarde.

Victor la acompañó hasta la acera, levantó el parasol y lo sostuvo sobre ella mientras iban hasta el coche. Le rogó que recordara el carácter estrictamente confidencial de lo que le había contado aquella tarde. Ella se rio y bromeó un poco, dándose cuenta demasiado tarde de que debería haberse mostrado seria y circunspecta.

—¡Qué elegante estaba la señora Pontellier! —dijo madame Lebrun a su hijo.

—Arrebatadora —confesó él—. El ambiente de la ciudad la ha mejorado. En cierto modo, no parece la misma mujer.

XXI

Había quien afirmaba que el motivo de que mademoiselle Reisz eligiera siempre los áticos era el de evitar a mendigos, buhoneros y visitas. La pequeña habitación delantera tenía muchas ventanas, en su mayoría bastante sucias, pero como estaban abiertas casi siempre, no se notaba mucho. A menudo dejaban entrar en la habitación gran cantidad de humo y de hollín; pero también entraban por ellas toda la luz y el aire del exterior. Desde las ventanas, se veía la creciente del río, los mástiles de los barcos y las grandes chimeneas de los buques de vapor del Misisipi. Un piano magnífico llenaba el apartamento. En la habitación contigua dormía ella, y la tercera y última albergaba una cocina de petróleo, en la que preparaba sus comidas cuando no le apetecía bajar al restaurante vecino. Comía allí mismo y guardaba sus pertenencias en un aparador extraño y viejo, deslucido y baqueteado por cien años de uso. Cuando Edna llamó a la puerta de mademoiselle Reisz la sorprendió al lado de la ventana, ocupada en componer o arreglar el botón de un viejo botín. La pequeña pianista rio de buena gana al ver a Edna. Su risa consistía en una especie de contracción del rostro y de los demás músculos del cuerpo. Tenía un aspecto impresionantemente sencillo allí, a la luz de la tarde. Aún llevaba el raído encaje y el ramo de violetas artificiales a un lado de la cabeza.

—De modo que por fin se acordó usted de mí —dijo Mademoiselle—. Me decía a mí misma: «¡Bah, no vendrá nunca!».

—¿Deseaba usted que viniera? —preguntó Edna con una sonrisa.

—No lo he pensado mucho —respondió mademoiselle.

Las dos se habían sentado en un pequeño sofá de muelles rotos que estaba contra la pared.

—Sin embargo —continuó mademoiselle—, me alegro de que haya venido. Tengo el agua hirviendo en la cocina y estaba a punto de tomar café. Tomará una taza conmigo. ¿Y cómo está la belle dame? ¡Siempre tan hermosa! ¡Siempre tan saludable! ¡Siempre contenta! —Cogió la mano de Edna entre sus dedos nervudos, sosteniéndola suelta, sin calor, y ejecutando una doble escala sobre la palma y el dorso—.

Sí —prosiguió—, a veces, pensaba: nunca vendrá. Lo prometió como suelen hacerlo las damas de la alta sociedad, por compromiso; pero no vendrá. Porque realmente, señora Pontellier, no creo que yo sea una persona de su gusto.

—No sé si me gusta usted o no —contestó Edna, bajando la vista para mirar a la diminuta mujer con cierta perplejidad.

El candor de la confesión de la señora Pontellier agradó enormemente a mademoiselle Reisz, que expresó su gratitud dirigiéndose rápidamente a la cocina de petróleo y recompensando a su huésped con la prometida taza de café. El café y las galletas que lo acompañaban resultaron del agrado de Edna, que había declinado el refrigerio en casa de madame Lebrun, y ahora empezaba a sentir hambre. Mademoiselle colocó la bandeja que había traído sobre una mesita auxiliar y se sentó de nuevo en el desvencijado sofá.

—He recibido una carta de su amigo —observó, mientras vertía un poco de nata en la taza de Edna y se la entregaba.

—¿De mi amigo?

—Sí, de su amigo Robert. Me escribió desde Ciudad de México.

—¿Le escribió a usted? —repitió Edna, con asombro, removiendo el café distraída.

—Sí, a mí, ¿por qué no? No deje que se le enfríe el café; bébaselo. Aunque se trata de una carta que habría podido estar dirigida a usted; no hay más que la señora Pontellier desde el comienzo hasta el final.

—Déjeme verla —suplicó Edna.

—No. Una carta no concierne más que a la persona que la escribe y a la

persona a quien va dirigida.

—¿No acaba usted de decir que se refiere a mí desde el comienzo hasta el final?

—Habla de usted, pero no es para usted. «¿Ha visto a la señora Pontellier? ¿Cómo está?», me pregunta. «Como dice la señora Pontellier», o «como la señora Pontellier dijo una vez». «Si la señora Pontellier fuera a visitarla, toque para ella mi impromptu favorito, el de Chopin. Lo escuché aquí hace un par de días, pero no podía compararse con el que usted toca. Me gustaría saber qué efecto produce en Edna». Y así continuamente, como si creyera que frecuentamos los mismos círculos.

—Déjeme ver la carta.

—Ah, no.

—¿Le ha contestado usted?

—No.

—Déjeme ver la carta.

—No. Una y mil veces no.

—Entonces, toque ese impromptu para mí.

—Se está haciendo tarde. ¿A qué hora tiene que estar de vuelta en casa?

—La hora no me preocupa, y su pregunta resulta un poco grosera. Toque el impromptu.

—Pero no me ha contado nada de usted. ¿En qué se ocupa?

—¡Pinto! —dijo Edna, riendo—. Me estoy haciendo artista. ¡No lo olvide!

—¡Oh, artista! Tiene usted muchas pretensiones, madame.

—¿Por qué pretensiones? ¿No cree que pueda llegar a convertirme en artista?

—No la conozco lo suficiente para responderle. No conozco ni su talento ni su carácter. Pero ser artista implica muchos factores; tiene uno que estar dotado de cualidades únicas, que no se adquieren por el propio esfuerzo. Y, además, para triunfar, el artista debe tener un espíritu valeroso.

—¿Qué quiere decir con espíritu valeroso?

—¡Valeroso, ma foi! El espíritu valiente. El que se atreve y desafía.

—Enséñeme la carta y toque para mí el impromptu. Ya ve que soy tenaz. ¿No cuenta para nada esa cualidad en el arte?

—Cuenta para una vieja loca a la que usted ha cautivado —contestó

mademoiselle con una sonrisa crispada.

La carta estaba allí, a mano, en el cajón de la mesita sobre la que Edna había puesto la taza de café. Mademoiselle abrió el cajón y sacó la carta, que estaba encima de todo. La puso en manos de Edna y, sin más comentario, se levantó y se dirigió al piano.

Mademoiselle tocaba un suave interludio. Era una improvisación. Se sentó al piano en el taburete, demasiado bajo; la disposición desgarrada de las curvas y ángulos de su cuerpo le daban un aspecto deforme. Gradual e imperceptiblemente, el interludio se fundió con los dulces acordes de obertura en tono menor del impromptu de Chopin.

Edna no distinguió entre el final y el principio del impromptu. Se sentó en una esquina del sofá, en penumbra, a leer la carta de Robert. Mademoiselle pasó suavemente de Chopin a los estremecedores acordes de la canción de amor de Isolda, para volver luego a la sentimental y conmovedora añoranza del impromptu.

Las sombras se hacían más densas en la pequeña habitación. La música se transformaba en algo extraño y fantástico, turbulento, insistente, quejumbroso y suave como una súplica. Las sombras se volvieron más densas. La música llenaba la habitación y flotaba en la noche sobre las azoteas y la creciente del río, desvaneciéndose en el silencio de las capas más altas del aire.

Edna sollozaba, como lo había hecho aquella noche en Grand Isle cuando nuevas y extrañas voces se despertaron dentro de ella. Se levantó agitada, y se dispuso a marchar.

—¿Puedo venir alguna otra vez, mademoiselle? —preguntó en el umbral.

—Venga siempre que le apetezca. Tenga cuidado; las escaleras y los descansillos están oscuros. No tropiece.

Mademoiselle volvió a entrar y encendió una candela. La carta de Robert estaba en el suelo. Se detuvo y la recogió. Estaba arrugada y húmeda de lágrimas. Mademoiselle alisó la carta, la metió en el sobre y volvió a colocarla en el cajón de la mesa.

XXII

Una mañana, de camino a la ciudad, el señor Pontellier se detuvo frente a la casa del doctor Mandelet, un viejo amigo y médico de la familia. El doctor estaba prácticamente retirado, durmiendo, como suele decirse, en los laureles. Gozaba de buena reputación, más por sus conocimientos que por su destreza;

se le buscaba para asuntos de consulta y había dejado la práctica activa de la medicina a sus ayudantes y colegas más jóvenes. Cuando necesitaban los servicios de un médico, aún atendía a unas pocas familias unidas a él por lazos de amistad. Los Pontellier estaban entre ellas.

El señor Pontellier encontró al doctor leyendo junto a la ventana abierta de su estudio. La casa quedaba bastante retirada de la calle, en el centro de un jardín encantador, de modo que todo era paz y tranquilidad junto a la ventana del estudio del anciano caballero. Era un gran lector. Cuando el señor Pontellier entró, el médico fijó su mirada, con desaprobación, por encima de las gafas, preguntándose quién había osado molestarle a aquella hora de la mañana.

—¡Ah, Pontellier! Espero que no esté usted enfermo. Pase y siéntese. ¿Qué le trae por aquí esta mañana?

Era bastante corpulento, con una gran mata de pelo gris y unos ojillos azules, a los que la edad había robado el brillo, pero no había acabado con su perspicacia.

—¡Oh, yo nunca estoy enfermo, doctor! Ya sabe que soy de buena pasta y que procedo de esa vieja raza criolla de los Pontellier, que se van secando y al final se los lleva el viento. Vengo a consultarle... Bueno, no exactamente a consultarle, más bien a hablarle de Edna. No sé qué le pasa.

—¿No se encuentra bien la señora Pontellier? —preguntó el doctor, extrañado—. Porque la vi, creo que hace una semana, paseando por Canal Street, y me pareció la viva imagen de la salud.

—Sí; sí; tiene buen aspecto —dijo el señor Pontellier, inclinándose hacia delante y jugueteando con el bastón que tenía en las manos—; pero no se comporta razonablemente. Está rara, no parece ella. Yo no logro entenderla, y pensé que tal vez usted me ayudaría.

—¿Cómo se comporta? —preguntó el doctor.

—Bueno, no es fácil de explicar —dijo el señor Pontellier, recostándose en la silla—. Está dejando que toda la organización de la casa se vaya al diablo.

—Bien, bien; no todas las mujeres son iguales, mi querido Pontellier. Hay que tener en cuenta...

—Ya lo sé; le he dicho que no podía explicárselo. Su actitud conmigo, con los demás y con todo ha cambiado por completo. Usted ya sabe que tengo un carácter vivo, pero no me gusta pelear ni ser ofensivo con las mujeres, especialmente con mi esposa. Pero ella logra sacarme de quicio y hacer que me comporte como un loco. Me está haciendo las cosas demasiado incómodas —continuó diciendo, alterado—. Se le han metido en la cabeza esas ideas

relacionadas con los derechos eternos de las mujeres; y, usted ya me comprende, nos vemos por la mañana, en la mesa del desayuno.

El anciano caballero levantó sus cejas hirsutas, adelantó el grueso labio inferior y tamborileó con las acolchadas yemas de sus dedos en los brazos de la silla.

—¿Qué le ha hecho usted, Pontellier?

—¿Qué le he hecho yo? Parbleu!

—¿Ha estado —preguntó el doctor con una sonrisa—, ha estado su mujer últimamente en contacto con algún círculo de mujeres seudointelectuales, seres superiores de altísima espiritualidad? Mi esposa me ha hablado de ellas.

—Ése es el problema —interrumpió el señor Pontellier—; no se ha relacionado con nadie. Ha dejado sus reuniones de los martes en casa, ha abandonado todas sus amistades y se dedica a deambular sola y taciturna en los tranvías y a regresar a casa de noche. Ya le dije que está muy extraña. No me gusta. Estoy un poco preocupado.

El médico vio otras posibilidades.

—¿Hay algo hereditario? —preguntó con seriedad—. ¿Hay algo peculiar en sus antecedentes familiares?

—¡Por supuesto que no! Procede de un viejo y recio linaje presbiteriano de Kentucky. Según he oído decir, el cabeza de familia, su padre, expiaba sus pecados de la semana con las devociones del domingo. Me consta que sus caballos de carreras acabaron con buena parte de la mejor tierra de cultivo de Kentucky que haya visto nunca... En cuanto a Margaret, ya la conoce usted: es presbiterianismo puro y concentrado. Y la más joven es una especie de arpía. Por cierto, se casa dentro de dos semanas.

—Mande a su esposa a la boda —dijo el doctor, atisbando una solución—. Deje que pase una temporada con los suyos. Le sentará bien.

—Eso es lo que me gustaría que hiciese, pero se niega a ir a la boda. Dice que un casamiento es el espectáculo más lamentable del mundo. ¡Hermosa frase, para escucharla de labios de una esposa! —exclamó el señor Pontellier, irritado de nuevo al recordarlo.

—Pontellier —dijo el doctor, tras un instante de reflexión—: deje a su esposa en paz durante una temporada. No la moleste y no permita que ella le moleste a usted. Las mujeres, querido amigo, son organismos muy especiales y muy delicados. Una mujer tan sensible y tan sumamente vital como yo sé que es la suya, señor Pontellier, resulta todavía más singular. Haría falta un psicólogo experto para tratarla con éxito. Y nosotros, las personas normales y corrientes, cada vez que intentamos hacer frente a estas idiosincrasias,

acabamos estropeándolo todo. Casi todas las mujeres son caprichosas y raras. Esto tiene que ser alguna ventolera que le ha dado a su esposa por una o varias razones que ni usted ni yo tenemos ninguna necesidad de desentrañar. Pero acabará pasándosele, sin más, especialmente si la deja usted en paz. Dígale que venga a verme.

—No puedo. No encontraría motivo válido —objetó el señor Pontellier.

—Entonces pasaré yo a verla —dijo el doctor—. Me dejaré caer alguna noche a cenar, en bon ami.

—¡Hágalo, por supuesto! —insistió el señor Pontellier—. ¿Qué noche vendrá? ¿Le parece bien el jueves? ¿Vendrá el jueves? —preguntó, poniéndose de pie para retirarse.

—Muy bien, el jueves. Puede que mi esposa me tenga comprometido algo para el jueves. Si así fuera, se lo haré saber. En caso contrario, iré.

El señor Pontellier se volvió antes de salir y dijo:

—Pronto haré un viaje de negocios a Nueva York. Tengo un asunto importante entre manos y quiero estar en la mejor posición para manejar todos los resortes. Podemos meterle en el negocio, doctor, si usted quiere —dijo, riendo.

—No, se lo agradezco, mi querido amigo —contestó el doctor—. Prefiero dejar esos asuntos para ustedes, los jóvenes, que aún tienen en la sangre la fiebre de la vida.

—Lo que quería decir —continuó el señor Pontellier con la mano en el picaporte— es que puedo verme obligado a ausentarme bastante tiempo. ¿Me aconseja que me lleve a Edna?

—Por supuesto, si ella lo desea. Si no, déjela aquí. No le lleve la contraria. Ya se le pasará el arrebató, créame. Puede durarle uno, dos, o tres meses, posiblemente más, pero se le pasará. Tenga paciencia.

—Adiós, pues, à jeudi —dijo el señor Pontellier al salir.

Al doctor le habría gustado preguntar en el curso de la conversación: «¿Hay algún hombre por medio?». Pero conocía demasiado bien a aquel criollo para cometer tamaña equivocación.

No reanudó su lectura inmediatamente; siguió sin moverse, meditabundo durante unos momentos con la vista en el jardín.

El padre de Edna se hallaba con ellos en la ciudad desde hacía varios días. Edna no estaba profundamente ligada a él por lazos de cariño, pero ambos tenían ciertas aficiones en común y en mutua compañía se encontraban a gusto. Su llegada supuso una especie de molestia bien recibida; tras ella, las emociones de Edna dieron la impresión de orientarse en otro sentido.

Había venido a comprar el regalo de boda de su hija Janet y un traje para él que le diera un aspecto digno en el casamiento. El regalo de boda lo eligió el señor Pontellier, porque todos los que tenían alguna relación con él confiaban siempre en su gusto para este tipo de cosas. Y su asesoramiento en cuestión de vestimenta —materia que, con harta frecuencia, plantea problemas— fue de inestimable valor para su suegro. No obstante, el anciano caballero llevaba ya varios días en manos de Edna, quien, en su compañía, estaba familiarizándose con un nuevo entramado de sensaciones. Su padre, antiguo coronel del ejército de la Confederación, aún conservaba el grado y, con él, la compostura militar que siempre le había acompañado. Tenía el pelo y el bigote blancos, como de seda, lo que resaltaba el tosco bronceado de su rostro. Era alto y delgado, pero las hombreras que llevaba en las chaquetas le conferían una ficticia amplitud de hombros y de tórax. Edna y su padre tenían un aspecto muy distinguido cuando iban juntos. Llamaban mucho la atención en sus paseos. A su llegada, lo primero que hizo Edna fue llevarle a su estudio para hacerle un dibujo. Él se tomó la cosa totalmente en serio. El talento de su hija no le habría causado ninguna sorpresa, a un que hubiera sido diez veces mayor, porque tenía el convencimiento de que había legado a todas sus hijas el germen de la maestría. A ellas tocaba encauzar esas dotes hacia el triunfo.

Ante el lápiz de Edna, se sentó rígido e impávido como antaño se había enfrentado a la boca de los cañones. Tomaba muy a mal que entrasen los niños, que se le quedaban mirando boquiabiertos, sorprendidos de verlo posar tan tieso en el luminoso estudio de su madre. Cada vez que se le acercaban, los apartaba con un expresivo gesto del pie, no queriendo alterar las fijadas líneas de su expresión facial, de sus brazos y de sus rígidos hombros.

Edna, en su ansia por facilitarle diversión, invitó a mademoiselle Reisz a que viniera a conocerlo, no sin antes prometer a su padre el obsequio de oírle tocar el piano; pero mademoiselle declinó la invitación, de modo que asistieron juntos a una de las soirées musicales de los Ratignolle. Monsieur y madame Ratignolle recibieron muy bien al coronel, lo colocaron en el sitio de honor y lo comprometieron en seguida para que cenase con ellos el domingo siguiente o cualquier otro día que él eligiese. Madame estuvo coqueteando con él de la forma más encantadora e ingenua, con miradas, gestos y tal profusión de cumplidos que la vieja cabeza del coronel, desde lo alto de sus acolchados hombros, se sintió treinta años más joven. Edna, sorprendidísima, era incapaz

de comprenderlo. Ella estaba casi totalmente desprovista de coquetería.

Durante la soirée musicale había detenido su atención en alguno que otro de los caballeros, pero nunca se le habría pasado por la cabeza recurrir a una exhibición de monerías para atraer su atención ni expresarse ante ellos con tretas femeninas o gatunas. La personalidad de aquellos hombres la atraía de modo placentero. Como era ella, en su fantasía, quien los había elegido, se alegró de que un intermedio de la música les diera oportunidad de presentarse y entablar conversación. A menudo, yendo por la calle, se le había quedado remoloneando en el recuerdo la expresión de unos ojos desconocidos, y eso, a veces, le había producido cierto desasosiego.

El señor Pontellier no asistía a las soirées musicales. Las consideraba bourgeoises, y lo pasaba mejor en el club. A madame Ratignolle le decía que la música que se tocaba en sus soirées era demasiado «profunda», fuera del alcance de sus escasos conocimientos. Esta excusa halagaba a madame Ratignolle, que tenía mala opinión del club del señor Pontellier, y que era lo suficientemente franca para decírselo a Edna.

—Qué pena que el señor Pontellier no se quede más en casa por las noches. Si así fuera, creo que estarían ustedes más... Bueno, si me permite decirlo, más unidos.

—¡Oh no, por Dios! —dijo Edna, sin expresión alguna en la mirada—. ¿Qué iba a hacer yo si se quedara en casa? No tendríamos nada que decirnos.

En lo que a hablar respecta, tampoco a su padre tenía mucho que contarle; pero él no le llevaba la contraria. Edna descubrió que le resultaba interesante, aunque era consciente de que su interés no duraría mucho. Por primera vez en su vida, Edna tenía la impresión de conocerlo de veras. Además, el hecho de tener que atenderlo y satisfacer sus necesidades la mantenía ocupada. Le divertía hacerlo. No toleraba que ni los sirvientes ni los niños hicieran nada que ella pudiera hacer por él. Su marido se dio cuenta, y pensó que era la expresión de un profundo vínculo filial cuya existencia él jamás había sospechado.

El coronel se tomaba, a lo largo de la jornada, un buen número de «ponches», que, sin embargo, lo dejaban tan fresco. Era experto en mezclas con bebidas fuertes; incluso había inventado unas cuantas combinaciones a las que daba nombres fantásticos y cuya preparación requería variados ingredientes, que Edna se encargaba de suministrarle.

El jueves, en su cena con los Pontellier, el doctor Mandelet no encontró en la señora Pontellier ni rastro del estado patológico del que le había hablado su marido. Estaba excitada y, en cierto modo, radiante. Venía de las carreras de caballos, a las que había asistido con su padre y, cuando se sentaron a la mesa,

aún seguían con la cabeza ocupada en los acontecimientos de la tarde, hablando de la carrera. El doctor ya no estaba al corriente en cuestiones de hípica. Tenía algún recuerdo de las carreras de lo que él llamaba «los viejos tiempos», cuando las cuadras de Lecompte estaban en su apogeo, y hubo de recurrir a esa reserva de memoria para no quedarse al margen y no dar la impresión de estar totalmente desprovisto del espíritu de los tiempos. Pero no logró engañar al coronel, y aun estuvo lejos de impresionarle con sus amañados conocimientos de los días de antaño. Edna le prestó dinero a su padre en la última apuesta, logrando pingües beneficios para los dos. Además, se encontraron con gente que al coronel le había parecido encantadora. Se les habían unido la señora de Mortimer Merriman y la señora de James Highcamp; estaban con Alcée Arobin, y les habían hecho pasar tan gratos momentos que el coronel se entusiasmaba al recordarlo.

El señor Pontellier no sentía especial inclinación por las carreras de caballos e incluso tendía a desaconsejarlas como pasatiempo, especialmente cuando se acordaba de cómo había acabado la granja de hierba azul de Kentucky. Trató de expresar, en términos generales, su personal desaprobación, pero lo único que consiguió fue que se desencadenaran la ira y el ánimo adverso de su suegro. Se armó una acalorada discusión, en la que Edna, con todo entusiasmo, abrazó la causa de su padre.

El doctor se mantuvo neutral, observando a su anfitriona con una mirada atenta, que sus hirsutas cejas protegían. Apreciaba un cambio sutil en ella, algo que había transformado a la mujer apática que él conocía en un ser que, en aquellos momentos, parecía palpitar con la fuerza de la vida. Hablaba de un modo cálido y enérgico; no había represión en su mirada ni en sus gestos. Le hacía pensar en un animal elástico y hermoso que se desperezara al sol.

La cena fue excelente. El clarete estaba del tiempo y el champán, frío. Bajo esta benéfica influencia y con los vapores del alcohol, se fue diluyendo la sensación de incomodidad creada por la discusión hasta que acabó por desvanecerse por completo.

El señor Pontellier, que se había animado, se puso evocador. Contó experiencias divertidas de la plantación, recuerdos del viejo Iberville y de su juventud, de cuando cazaba zarigüeyas en compañía de sus amigos de color y batían los árboles de pacana, a tiros con el picogordo, y vagabundeaban en enredadora ociosidad por bosques y por campos.

El coronel, con escaso sentido del humor y de la oportunidad, refirió un episodio de aquellos días oscuros y amargos, en los que él había desempeñado un papel importantísimo, siempre como personaje fundamental. Tampoco el doctor fue más afortunado en su elección. Refirió la vieja, curiosa y siempre nueva historia del ocaso del amor en una mujer que, habiéndose adentrado por

caminos nuevos e insólitos, acababa por regresar a la legitimidad, al punto de partida, tras unos días de feroz desasosiego. Era uno de los muchos y pequeños documentos humanos que le habían sido revelados en el ejercicio de su carrera de médico. La historia no pareció impresionar a Edna de manera especial. De hecho, también ella contó una historia del mismo tenor: la de una mujer que se fugó cierta noche con su amante, en una piragua, para no regresar jamás. Se perdieron por las islas Baratarias, y nadie volvió a saber nada de ellos. Hasta el día de hoy, ni rastro de su presencia había aparecido por ninguna parte. Era una pura fantasía. Edna afirmó que esa historia se la había contado madame Antoine. Pero también eso era pura invención. Puede que lo hubiera soñado. Sin embargo, todas y cada una de sus ardientes palabras sonaron auténticas a los que la escuchaban. Notaban el cálido aliento de la noche sureña, el largo deslizarse de la canoa sobre el agua centelleante a la luz de la luna, el batir de las alas de los pájaros cuando, sobresaltados, levantaban el vuelo de entre los cañaverales que crecían en los charcos de agua salada; veían, como si los tuvieran delante, los rostros de los amantes, pálidos, unidos, arrebatados en inconsciente desmemoria mientras, a la deriva, proseguían su navegación hacia lo desconocido.

El champán estaba frío, y sus sutiles vapores obraron maravillas aquella noche en la memoria de Edna.

Fuera, lejos del resplandor del fuego y de la suave lámpara, la noche era lóbrega y fría. El doctor se cruzó sobre el pecho su anticuada capa, mientras caminaba hacia su hogar en la oscuridad. Conocía a sus semejantes mejor que nadie; conocía esa vida recóndita que tan rara vez se revela a los ojos de los no iniciados. Lamentaba haber aceptado la invitación de Pontellier. Se estaba haciendo viejo y empezaba a necesitar reposo, pocos sobresaltos espirituales. No quería que lo forzasen a conocer los secretos de otras vidas.

—Espero que no sea Arobin —murmuró para sí, mientras andaba—. Ruego al cielo que no sea Alcée Arobin.

XXIV

Padre e hija tuvieron una discusión acalorada, casi violenta, por culpa de la negativa de Edna a asistir a la boda de su hermana. El señor Pontellier decidió no intervenir, no poner en juego ni su influencia ni su autoridad. Seguía así el consejo del doctor Mandelet, y dejaba actuar a su mujer como quería. El coronel echó en cara a su hija la falta de afecto y de respeto filial, la carencia de cariño fraternal y de consideración femenina. Sus argumentos eran forzados y poco convincentes. Dudaba que Janet fuera a aceptar ninguna excusa,

aunque olvidaba que tampoco Edna la había presentado. También dudaba que Janet volviera a dirigir la palabra a su hermana, y no le cabía duda de que Margaret no lo haría.

Edna se alegró de librarse de su padre cuando, por fin, éste decidió marcharse con sus atavíos para el casamiento, sus regalos de boda, sus hombreras, sus lecturas bíblicas, sus ponches y sus rimbombantes juramentos.

Poco después el señor Pontellier lo siguió. Tenía la intención de hacer un alto, camino de Nueva York, para asistir a la boda y, por todos los medios que el afecto y el dinero pudieran concebir, tratar de compensar de alguna manera el incomprensible comportamiento de Edna.

—Eres demasiado indulgente, Léonce; más que demasiado —afirmó el coronel—. Aquí, lo que hace falta es autoridad y mano dura. No ceder en nada, ni por asomo. Es la única forma de manejar a una esposa. Te lo digo yo.

Es posible que el coronel no fuera consciente de que él, a fuerza de mano dura, había llevado a su mujer a la tumba. El señor Pontellier lo sospechaba vagamente, pero, a estas alturas, no consideró oportuno mencionarlo.

Cuando su marido se marchó, Edna no tuvo tanta conciencia de su propia alegría como cuando se marchó su padre. A medida que se iba acercando el día en que él tendría que dejarla por una temporada relativamente larga, Edna se puso tierna y cariñosa, recordando las muchas consideraciones y las reiteradas muestras de ardoroso afecto de su marido. Manifestó preocupación por su salud y su comodidad. Andaba ocupada con la ropa de Léonce, sin olvidarse de las prendas interiores de mucho abrigo, exactamente igual que habría hecho madame Ratignolle en parecidas circunstancias. Rompió a llorar en el momento de la despedida, llamándolo querido amigo y amigo del alma, y diciéndole que estaba completamente segura de que se iba a sentir muy sola y de que acabaría reuniéndose en seguida con él en Nueva York.

Pero tan pronto como, por fin, se encontró sola, sintió que una paz radiante se instalaba en su espíritu. Hasta los niños se habían marchado. La propia abuela Pontellier había venido en persona para llevárselos a Iberville con la niñera mulata. La anciana no se atrevió a decir que temía que los niños no estuviesen bien atendidos en ausencia de Léonce; apenas si se atrevía a pensarlo. Estaba deseando tener los con sigo, con un afecto que casi rayaba en el arrebató. No quería que fuesen totalmente «niños de asfalto», decía cada vez que suplicaba que se los dejase en una temporada. Deseaba que conocieran el campo, con sus arroyos y prados, con sus bosques y su libertad, que tan estimulantes resultan para los jóvenes. Quería que conociesen la vida que su padre había vivido, conocido y amado cuando era niño.

Al quedarse sola, por fin, Edna exhaló un auténtico suspiro de alivio. Le

sobrevino una sensación que hasta entonces no había experimentado, pero que le resultaba deliciosa. Anduvo por toda la casa, de habitación en habitación, como si fuera la primera vez que la veía. Fue probando las diversas sillas y sofás como si nunca antes se hubiera apoyado o recostado en ellos. Deambuló por el exterior de la casa, investigando, comprobando si las ventanas y postigos estaban bien cerrados y en orden. Las flores eran como amigas recientes: se acercó a ellas con toda confianza y se sintió a gusto en su compañía. Como los senderos del jardín estaban húmedos, llamó a la doncella para que le trajese las sandalias de goma. Y allí se quedó, doblando el espinazo para escarbar en torno a las plantas y recomponer las, arrancándoles las hojas muertas. El perrito de los niños hizo su aparición, estorbando y atravesándosele en el camino. Ella le regañó, se rio y se puso a jugar con él. Olía tan bien el jardín y estaba tan hermoso a la luz de la tarde... Recogió todas las flores de colores vivos que encontró y se metió con ellas en la casa, seguida del perro.

Incluso la cocina adquirió de pronto una personalidad interesante que hasta entonces le había pasado inadvertida. Entró para dar instrucciones a la cocinera para que el carnicero redujera en mucho el suministro de carne; tampoco necesitarían más que la mitad de las cantidades habituales de pan, leche y ultramarinos. También le dijo que ella iba a estar muy ocupada durante la ausencia del señor Pontellier y que, por favor, se hiciera cargo de la administración y control de la despensa.

Cenó sola aquella noche. En el centro de la mesa, los candelabros, reducidos a unas pocas velas, daban toda la luz que necesitaba. Más allá del círculo de luz en que estaba sentada, el gran comedor tenía un aspecto solemne y lóbrego. La cocinera, cumpliendo con su obligación, sirvió una comida deliciosa: un exquisito solomillo asado, en su punto. Le gustó el sabor del vino, y resultó que el marron glacé era justamente lo que le apetecía. Además, era tan agradable cenar vestida con un cómodo salto de cama...

Se puso un poco sentimental al acordarse de Léonce y de los niños, y se preguntó qué estarían haciendo. Mientras daba al perrito un par de sabrosos pedazos de carne, le habló de Étienne y de Raoul como si fuera su amigo más íntimo. El perro estaba excitadísimo por la sorpresa y el placer que le producían tantos obsequios y tantos arrumacos, y demostraba su afecto con secos y fuertes ladridos, acompañados de vivaces desplazamientos.

Después de cenar, Edna se sentó en la biblioteca y estuvo leyendo a Emerson hasta que le vino el sueño. Comprendió que tenía muy abandonados los libros, y tomó la resolución de volver a integrarse en un proceso de mejora de sus estudios: ahora podía disponer de su propio tiempo para hacer lo que quisiera.

Luego tomó un refrescante baño y se fue a la cama. Al acurrucarse cómodamente bajo el edredón, la invadió una sensación de descanso que hasta entonces no había conocido.

XXV

Edna era incapaz de trabajar con tiempo oscuro y nublado. Para no divagar, necesitaba que el sol le suavizase y atemperase el ánimo. Había alcanzado un punto en el que ya no le parecía andar a tientas y en el que, cuando estaba de humor, trabajaba con facilidad y precisión. Como carecía de ambición y no luchaba por un fin concreto, el trabajo le satisfacía por sí mismo.

En los días lluviosos o melancólicos, se echaba a la calle en busca de los amigos que había hecho en Grand Isle, o bien se quedaba en casa y cultivaba un estado de ánimo que venía siendo demasiado habitual para poder mantener su propio bienestar y paz interior. No estaba desesperada, pero tenía la impresión de que la vida le pasaba de largo, rompiendo e incumpliendo todas sus promesas. Y, sin embargo, había días en que prestaba oídos a las nuevas promesas que su juventud le hacía, dejándose conducir y engañar por ellas.

Fue repetidas veces a las carreras. Alcée Arobin y la señora Highcamp fueron a recogerla, una tarde luminosa, en el carruaje de Arobin. La señora Highcamp, aunque mujer de mundo, era sencilla e inteligente, delgada, alta y rubia, rondaba la cuarentena; su comportamiento no llamaba la atención y poseía unos penetrantes ojos azules. Su hija le servía de pretexto para cultivar la compañía de los jóvenes de moda. Uno de éstos era Alcée Arobin, habitual de las carreras de caballos, la ópera y los clubes elegantes. Había en sus ojos una perpetua sonrisa que casi siempre lograba despertar un sentimiento recíproco de alegría en todo el que lo miraba o escuchaba su voz jovial. Era un hombre tranquilo y, a veces, un poco insolente; buena figura, rostro agradable, sin el peso de ideas o pensamientos demasiado profundos, y su manera de vestir era la normal en alguien que seguía la moda.

Empezó a sentir una desmedida admiración por Edna desde el día en que, en compañía de su padre, la conoció en las carreras. Ya había coincidido con ella en otras ocasiones, pero hasta aquel día le había parecido inaccesible. Fue él quien instó a la señora Highcamp a llamarla e invitarla a que asistiera con ellos al Jockey Club a presenciar la carrera más importante de la temporada.

Puede que alguno de los trabajadores del hipódromo supiese tanto de caballos como Edna; pero ninguno, sin duda, la superaba. Se sentó entre sus

dos acompañantes como quien tiene autoridad para tomar la palabra. Se rio de los fingidos conocimientos de Arobin y deploró la ignorancia de la señora Highcamp. Los caballos de carreras eran para ella como amigos íntimos relacionados con su infancia. El aire de las cuadras y el olor de la hierba azul de los picaderos revivieron en su memoria y se le quedaron prendidos al olfato. No se dio cuenta de que estaba hablando igual que su padre cuando desfilaron ante ellos los lustrosos caballos castrados. Apostó muy fuerte y la fortuna le sonrió. La fiebre del juego le encendió las mejillas y los ojos, y penetró en su sangre y su cerebro como un tóxico. La gente volvía la cabeza para mirarla, y más de uno prestaba atención a sus palabras con la esperanza de detectar en ellas la anhelada y siempre escurridiza «información». Arobin se contagió de la excitación de Edna, que le arrastraba hacia ella como un imán. La señora Highcamp, como de costumbre, no se movía, con su mirada sin expresión y sus cejas arqueadas.

Edna se quedó a cenar en casa de la señora Highcamp ante la insistencia de que fue objeto. Arobin despidió su carruaje y se quedó también.

Fue una cena tranquila, desprovista de interés, excepción hecha de los entusiastas esfuerzos de Arobin por animar la reunión. La señora Highcamp deploraba que su hija no asistiese a las carreras, e intentó convencerla de lo que se había perdido por ir a la «conferencia sobre Dante» en lugar de ir con ellos. La muchacha, que sostenía una hoja de geranio junto a la nariz, no dijo nada, pero parecía inteligente y reservada. El señor Highcamp, un hombre sencillo y calvo, que no hablaba más que cuando se veía forzado a ello, permanecía ajeno. La señora Highcamp rebosaba delicada cortesía y consideración hacia su marido. A él estuvo dedicada la mayor parte de su conversación en la mesa. Después de cenar, ambos se sentaron en la biblioteca, a la luz de la lámpara, para leer juntos los periódicos de la tarde mientras los jóvenes pasaban al salón contiguo para charlar. La señorita Highcamp tocó al piano una selección de Grieg. Daba la impresión de que había captado toda la frialdad del compositor, pero no así su poesía. Mientras escuchaba, Edna no pudo evitar preguntarse si habría perdido el gusto por la música.

Llegado el momento de volver a casa, el señor Highcamp, en un murmullo, se ofreció sin entusiasmo alguno a acompañarla mientras se miraba, con indiscreta preocupación, sus pies enfundados en zapatillas. Fue Arobin quien la llevó a casa. El camino en coche fue largo, y era ya tarde cuando llegaron a Esplanade Street. Arobin preguntó si podía entrar un segundo para encender un cigarrillo, porque se le habían terminado las cerillas. Llenó la caja, pero no empleó el fuego hasta que se fue, después de que Edna le hiciera saber que no tenía inconveniente en acompañarle de nuevo a las carreras.

Edna no estaba cansada ni tenía sueño. Sentía hambre otra vez, porque la

cena de los Highcamp, aunque de excelente calidad, no había sido abundante. Revolviendo en la despensa, encontró unas lonchas de gruyère y unas galletas. Abrió también una botella de cerveza que encontró en la nevera. Se sentía tremendamente inquieta y nerviosa. Mientras atizaba las brasas del fuego de leña, tarareaba distraídamente una tonada extraña y mordisqueaba una galleta.

Deseaba que ocurriese algo, cualquier cosa, no sabía qué. Lamentaba no haber propuesto a Arobin que se quedara media hora más para hablar de caballos. Contó el dinero que había ganado, pero, a falta de nada mejor que hacer, se fue a la cama y estuvo dando vueltas durante horas con una especie de monótona agitación.

A mitad de la noche, recordó que se había olvidado de escribir la habitual carta a su marido, y decidió hacerlo al día siguiente; le contaría la tarde en el Jockey Club. Estuvo echada, completamente despierta, componiendo una carta que no tuvo nada que ver con la que escribió al día siguiente. Cuando la doncella la despertó por la mañana, Edna soñaba que el señor Highcamp tocaba el piano a la puerta de una tienda de música de Canal Street mientras su esposa, en compañía de Alcée Arobin, subía a un coche en Esplanade Street y le decía:

—¡Lástima que nadie aprecie tanto talento! Pero me tengo que marchar.

Cuando, pocos días después, Alcée Arobin vino en su carruaje a buscarla, la señora Highcamp no estaba con él. Alcée dijo que iban a pasar a recogerla, pero, como no había advertido a la dama de sus intenciones, ésta no se encontraba en casa. Su hija salía en aquel momento para asistir a una reunión de un grupo de la Folk Lore Society, y lamentaba no poder acompañarles. Arobin pareció desconcertado, y preguntó a Edna si había alguien a quien quisiera invitar.

Edna pensó que no valía la pena ir a buscar a ninguna de las elegantes amistades de las que ella misma se había alejado. Pensó en madame Ratignolle, pero sabía que su hermosa amiga no salía de casa hasta después de la puesta del sol, y sólo para dar una lánguida vuelta a la manzana en compañía de su marido. Mademoiselle Reisz se hubiera reído de la propuesta de Edna. Madame Lebrun habría disfrutado con la salida, pero, por alguna razón, a Edna no le apetecía. Así que ella y Arobin se fueron solos.

La tarde fue intensa y fascinante para Edna. La excitación volvió a hacer presa en ella como una fiebre intermitente. La charla entre ellos se hizo familiar y confidencial: no costaba trabajo intimar con Arobin. Su manera de ser invitaba fácilmente a la confidencia. Los pasos preliminares a la amistad eran algo que siempre se esforzaba por ignorar cuando se trataba de una mujer hermosa y atractiva.

Arobin se quedó a cenar con Edna. Se sentó junto al fuego de leña. Rieron y charlaron; y, antes de que fuera hora de irse, ya le estaba diciendo a Edna lo diferente que habría sido su vida si la hubiera conocido unos años antes. Habló con ingenua franqueza de lo travieso e indisciplinado que había sido de muchacho, e impulsivamente se remangó el puño para exhibir en su muñeca la señal de una herida de sable que había recibido en un duelo, a las afueras de París, cuando tenía diecinueve años. Mientras examinaba la roja cicatriz en la cara interna de su blanca muñeca, Edna le tocó la mano. Un rápido impulso, en cierto modo espasmódico, contrajo sus dedos como una garra sobre la mano de Arobin. Él sintió la presión de las afiladas uñas en la carne de la palma.

Edna se levantó apresuradamente y se dirigió hacia la repisa de la chimenea.

—Ver una herida o una cicatriz siempre me impresiona y me pone enferma —dijo—. No tendría que haberla mirado.

—Le ruego que me perdone —le suplicó él, siguiéndola—; nunca se me ocurrió que pudiera ser repulsiva.

Se quedó de pie junto a ella y la insolencia de su mirada ahuyentó la antigua y desvanecida identidad de Edna. Él vio suficientes indicios en su rostro para decidirse a cogerle una mano y retenerla mientras se demoraba dándole las buenas noches.

—¿Vendrá alguna otra vez a las carreras? —preguntó él.

—No —dijo ella—. Ya he tenido bastantes carreras. No quiero perder todo el dinero que he ganado y, además, cuando el tiempo es luminoso, tengo que trabajar, en lugar de...

—Sí, trabaje; no deje de hacerlo. Me prometió que me enseñaría lo que está haciendo. ¿Qué día puedo subir a su atelier? ¿Mañana?

—No.

—¿Pasado mañana?

—No, no.

—Oh, por favor, ¡no me lo niegue! Sé un poco de ese tema. Podría ayudarla con un par de sugerencias.

—No, buenas noches. ¿Por qué no se va después de dar las buenas noches? No me gusta usted —continuó diciendo en tono alto y acalorado, intentado retirar la mano. Notaba que a sus palabras les faltaba seriedad y convicción, y que él se daba cuenta.

—Siento no gustarle. Lamento haberla ofendido. ¿Cómo he podido

ofenderla? ¿Qué he hecho? ¿No puede perdonarme? —Y se inclinó, apretando sus labios sobre la mano de Edna como si no deseara retirarlos nunca.

—Señor Arobin —protestó ella—, estoy tremendamente trastornada por la agitación de esta tarde; no soy yo misma. Mi estado de ánimo ha podido confundirle en cierto modo. Deseo que haga el favor de irse.

Hablaba en un tono aburrido y monótono. Él cogió su sombrero de la mesa y, con la mirada vuelta hacia otro lado, contempló el fuego agonizante. Durante uno o dos minutos guardó un impresionante silencio.

—Su estado de ánimo no me ha confundido, señora Pontellier —dijo al fin—. Han sido mis propios sentimientos. No puedo evitarlo. ¿Cómo podría evitarlo teniéndola a usted cerca? No le dé más vueltas, no se preocupe, por favor. Ya ve, me voy cuando me lo pide. Si desea que me quede, lo haré. Si me permite volver, yo... ¿Me dejará usted volver?

Le dirigió una mirada suplicante, a la que ella no respondió. El modo de comportarse de Alcée Arobin era tan franco que a menudo se engañaba incluso a sí mismo.

A Edna no le importaba, ni pensó si su comportamiento era o no sincero. Cuando se quedó a solas, se miró mecánicamente el dorso de la mano que él había besado con tanto calor. Después, inclinó la cabeza sobre la repisa de la chimenea. Se sentía, en cierto modo, como una mujer que en un momento de pasión se abandona a un acto de infidelidad y se da cuenta de lo que la acción significa, pero sin ser totalmente consciente de su fascinación. ¿Qué pensaría él?

La idea cruzó vagamente por su cabeza. No se refería a su marido; estaba pensando en Robert Lebrun. Su marido le parecía ahora alguien con quien se había casado sin amor, como una excusa.

Encendió una vela y subió a su dormitorio. Alcée Arobin no significaba absolutamente nada para ella. Aunque su presencia, sus modales, la dulzura de sus miradas y, sobre todo, el contacto de sus labios en su mano habían tenido en ella el efecto de un narcótico.

Durmió un sueño lánguido intercalado de fugaces ensueños.

XXVI

Alcée Arobin escribió una elaborada nota de disculpa, palpitante de sinceridad. Edna se inquietó porque, en un momento más frío y tranquilo, parecía absurdo haberse tomado todo aquello tan dramáticamente en serio.

Estaba segura de que toda la importancia del incidente estaba en su propia conciencia. Si pasaba por alto la nota, daría la debida relevancia a un asunto tan trivial. Si contestaba en tono serio, quedaría en el recuerdo de Arobin la impresión de que ella, en un momento de susceptibilidad, se había rendido a su influencia. Después de todo, no era para tanto que a una le besaran la mano. Edna tomó como una provocación la nota de disculpa, y le contestó en el tono ligero y burlón que creyó que merecía, diciéndole que le gustaría que viniera a verla trabajar cuando le apeteciese y sus negocios se lo permitieran.

Él respondió inmediatamente, presentándose en su casa con una ingenuidad desarmante. Y desde entonces apenas pasó un día sin que Edna lo viera o recordara. Era prolijo en pretextos. Su actitud llegó a ser de una jovial obsequiosidad y tácita adoración. Estaba siempre dispuesto a someterse al humor de ella, que tan pronto era amable como frío. Edna se iba acostumbrando a él. Llegaron a convertirse en amigos íntimos, imperceptiblemente al comienzo, pero después, a pasos agigantados. A veces él le hablaba de un modo que, al principio, la desconcertaba y hacía que se ruborizase, pero acabó gustándole y suscitando la sensualidad que se revolvía en su interior.

No había nada que aquietase tanto la agitación de Edna como una visita a mademoiselle Reisz. La presencia de aquella personalidad agresiva, de aquella mujer con su inmenso arte, parecía alcanzar su espíritu y liberarlo.

Una tarde brumosa, con una atmósfera amenazante y pesada, Edna subió las escaleras del apartamento que la pianista tenía en el ático. Sus ropas estaban empapadas de humedad. Se sentía deprimida y acongojada cuando entró en la habitación. Mademoiselle estaba atizando el fuego de una estufa herrumbrosa que humeaba un poco y apenas caldeaba la estancia. Trataba de calentar una cazuela de chocolate en la estufa. Cuando entró, la habitación le pareció a Edna triste y sucia. Un busto de Beethoven, cubierto de polvo, la miraba ceñudo desde la repisa de la chimenea.

—¡Oh, aquí llega la luz del sol! —exclamó mademoiselle, y se levantó de delante de la estufa donde estaba arrodillada—. Ahora se calentará estoy habrá luz suficiente: ya puedo dejar el fuego solo.

Cerró de golpe la puerta de la estufa y se acercó, ayudando a Edna a quitarse el impermeable, que chorreaba.

— Tiene usted frío y parece triste. El chocolate estará pronto caliente. Pero ¿prefiere tomar un poquito de brandy? Apenas he tocado la botella que me trajo para el catarro.

Mademoiselle llevaba un trapo de franela roja alrededor del cuello; la tortícolis le obligaba a llevar la cabeza ladeada.

—Tomaré un poco de brandy —dijo Edna, tiritando, mientras se quitaba los chanclos de goma. Se bebió el licor del vaso como lo hubiera hecho un hombre. Después, echándose sobre el incómodo sofá, dijo—: Mademoiselle, me voy a mudar de mi casa de Esplana de Street.

—¡Ah! —exclamó la pianista, ni sorprendida ni especialmente interesada. Nunca parecía asombrarse en exceso por nada. Estaba tratando de ajustarse el ramillete de violetas, que se había aflojado del pasador que lo sujetaba al pelo. Edna la hizo agacharse hasta el sofá y, cogiendo una horquilla de su pelo, aseguró las deslucidas flores artificiales en el sitio habitual.

—¿No le sorprende?

—A medias. ¿Dónde va a ir? ¿A Nueva York? ¿A Iberville? ¿A casa de su padre en Misisipi? ¿Adónde?

—Sólo a dos pasos —dijo Edna, riendo—, a una casita de cuatro habitaciones a la vuelta de la esquina. Cada vez que paso por delante me parece tan acogedora, tan atractiva y tranquila... Y se alquila. Estoy cansada de cuidar una casa tan grande. Nunca me pareció mía o, en cualquier caso, no la sentí como mi hogar. Da demasiado trabajo. Tengo que mantener muchos sirvientes. Estoy cansada de ocuparme de ellos.

—Ése no es el motivo real, ma belle. A mí no es necesario que me engañe. Yo no conozco sus motivos, pero no me ha dicho la verdad. —Edna no protestó ni se esforzó en justificarse.

—La casa y el dinero que la mantiene no son míos. ¿No son ésas suficientes razones?

—Son de su marido —contestó mademoiselle, encogiéndose de hombros y levantando maliciosamente las cejas.

—Oh, ya veo que no hay manera de engañarla. Le diré la verdad: es un capricho. Tengo un poco de dinero completamente mío, de la herencia de mi madre, que mi padre me manda con cuentagotas. He ganado una gran suma en las carreras y voy a empezar a vender mis dibujos. A Laidpore cada vez le gustan más mis trabajos; dice que van creciendo en fuerza y personalidad. Yo no puedo juzgarlos desde dentro, pero siento que he ganado seguridad y confianza. Sin embargo, como le dije, he vendido bastante por medio de Laidpore. Puedo vivir en la casita con poco o nada. La vieja Célestine, que de vez en cuando trabaja para mí, dice que se quedará conmigo y que hará el trabajo. Intuyo que me gustará vivir allí para sentirme libre e independiente.

—¿Qué dice su marido?

—Aún no se lo he comunicado. Lo acabo de pensar esta mañana. Creeré que estoy loca, no hay duda. Quizá usted también lo piense.

Mademoiselle movió la cabeza lentamente.

—Aún no tengo claros cuáles son sus motivos —dijo.

Tampoco estaban claros para Edna; pero se le revelaron al sentarse en silencio durante unos momentos. El instinto la había impulsado a dejar de lado la generosidad de su marido al haber dejado de serle fiel. No sabía qué sucedería cuando él regresara. Tendría que haber un acuerdo, una explicación. Las condiciones se irían ajustando por sí mismas, pero, pasara lo que pasara, había decidido no volver a pertenecer a nadie más que a sí misma.

—Daré una gran cena antes de marcharme de la casa vieja —exclamó Edna—. Tiene que venir, mademoiselle. Le serviré todo lo que le apetezca comer y beber. Cantaremos, reiremos y seremos felices por una vez. —Y lanzó un suspiro desde lo más hondo de su ser.

Si mademoiselle hubiera recibido una carta de Robert entre visita y visita de Edna, se la habría dado sin necesidad de que se la pidiera. Después, se habría sentado al piano y habría tocado lo que su estado de ánimo le pidiese mientras la joven leía la carta.

La pequeña estufa rugía; estaba al rojo vivo y el chocolate de la cazuela borboteaba y se derramaba. Edna se agachó y abrió la puerta de la estufa; y mademoiselle, levantándose, cogió una carta de debajo del busto de Beethoven y se la entregó a Edna.

—¡Otra! ¡Tan pronto! —exclamó con los ojos llenos de entusiasmo—. Dígame, mademoiselle: ¿sabe él que leo sus cartas?

—¡Jamás en la vida! Si lo supiera, se enfadaría, y no volvería a escribirme más. ¿Le escribe a usted? Ni una línea. ¿Le manda alguna vez un mensaje? Ni una palabra. Eso es porque la ama. ¡Pobre infeliz! Y está intentado olvidarla, porque no es usted libre ni para escucharle ni para pertenecerle.

—Entonces, ¿por qué me enseña usted sus cartas?

—¿No me suplicó que lo hiciera? ¿Acaso puedo yo negarle algo? Oh, no, no puede usted engañarme.

Mademoiselle se acercó a su amado instrumento y empezó a tocar. Edna no leyó la carta inmediatamente. Se sentó, sosteniéndola en la mano, mientras la música penetraba por todo su ser como un resplandor, calentando e iluminando los espacios oscuros de su espíritu. La predisponía a la alegría y a la exaltación.

—Oh —exclamó, dejando caer la carta al suelo—. ¿Por qué no me lo dijo? —se dirigió a mademoiselle, cogiéndole las manos del teclado—. ¡Oh, cruel malvada! ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Que él venía? No es una sorpresa, ma foi. Me pregunto cómo no ha venido hace tiempo.

—Pero ¿cuándo, cuándo? —gritó Edna, impaciente—. No dice cuándo.

—Dice «muy pronto». Sabe usted tanto como yo. Todo está en la carta.

—Pero ¿por qué, por qué viene? Oh, si supiera... —Recogió la carta del suelo y recorrió las páginas de arriba abajo, buscando la razón no expresada.

—Si yo fuera joven y estuviera enamorada de un hombre —dijo mademoiselle, girando en su taburete y apretando sus nudosas manos entre las rodillas, mientras miraba a Edna, que, sentada en el suelo, sostenía la carta—, me parece que tendría que ser de un grand esprit; un hombre con elevadas aspiraciones y con posibilidades de alcanzarlas; alguien lo suficientemente importante para atraer la atención de sus semejantes. Me parece que, si fuera joven y estuviera enamorada, nunca consideraría merecedor de mi devoción a un hombre de calibre mediocre.

—Ahora es usted la que miente y trata de engañarme, mademoiselle; o tal vez jamás ha estado usted enamorada y no sabe nada de eso. ¿Por qué —continuó Edna, cogiéndose las rodillas y levantando la cara para mirar el rostro contraído de mademoiselle— supone usted que una mujer conoce la causa de su amor? ¿Elige acaso? O tal vez se dice: ¡adelante! Aquí hay un distinguido estadista presidenciable; procederé a enamorarme de él. O voy a poner mi corazón en este músico cuya fama corre de boca en boca. O en este financiero, que controla el mercado mundial del dinero.

—Me está malinterpretando intencionadamente, ma reine. ¿Está usted enamorada de Robert?

—Sí —dijo Edna. Era la primera vez que lo admitía y el rubor le cubrió la cara y la llenó de manchitas rojas.

—¿Por qué —preguntó su compañera—, por qué lo ama si no debe hacerlo? Con dos movimientos, Edna se arrastró de rodillas delante de mademoiselle Reisz, que cogió entre sus manos el rostro resplandeciente.

—¿Por qué? Porque tiene el pelo castaño y peinado hacia atrás; porque abre y cierra los ojos y tiene la nariz algo imperfecta; porque tiene dos labios y la mandíbula cuadrada y el dedo pequeño agarrotado por haber jugado al béisbol con demasiadas ganas en su juventud. Porque...

—En resumen, porque sí —rio mademoiselle—. ¿Qué hará usted cuando él regrese?

—¿Hacer? Nada, excepto sentirme contenta y feliz de estar viva.

Ya se sentía contenta y feliz de estar viva con el mero pensamiento de su

regreso. El cielo sombrío y amenazador que la había deprimido pocas horas antes parecía fortalecerla y vigorizarla mientras, de regreso a casa, chapoteaba por las calles.

Hizo un alto en la pastelería y pidió una gran caja de bombones para sus hijos, que estaban en Iberville. Puso en la caja una tarjeta, en la que garabateó un tierno mensaje y montones de besos.

Antes de cenar, por la tarde, Edna escribió a su marido una carta encantadora, en la que le contaba su intención de mudarse en breve a la casita situada a la vuelta de la esquina y de dar una cena de despedida antes de marcharse, a la vez que lamentaba que él no estuviera presente para participar, ayudarla en el menú y colaborar con ella en agasajar a los invitados. Era una carta luminosa y brillante de jovialidad.

XXVII

—¿Qué le pasa? —preguntó Arobin aquella tarde—. No la había visto nunca de tan buen humor.

Edna se encontraba cansada y se había tumbado en el canapé frente al fuego.

—¿No sabe que los meteorólogos aseguran que veremos el sol pronto?

—Bueno, ésa debe de ser razón más que suficiente —admitió él—. Y, además, no me daría otra aunque me sentara aquí a implorárselo toda la noche.

Se acomodó a su lado en un taburete bajo, y mientras hablaba, tocaba con los dedos un mechón de pelo que caía sobre la frente de Edna. A ella le gustaba el tacto de los dedos en su pelo, y cerró los ojos con deleite.

—Uno de estos días —dijo Edna— voy a buscar un momento para pensar, para tratar de averiguar qué clase de mujer soy, porque sinceramente no lo sé. Según los códigos de comportamiento que conozco, soy un ejemplar de mi sexo extraordinariamente perverso. Pero de alguna manera no logro convencerme a mí misma de que lo soy. Tengo que pensar en ello.

—No lo haga. ¿De qué sirve? ¿Por qué tiene que preocuparse pensando en eso, si yo puedo decirle la clase de mujer que es? —Los dedos de Arobin se desviaban de vez en cuando hasta las cálidas y suaves mejillas de Edna, y hacia la firme barbilla, un poquito llena y con incipiente papada.

—Oh, sí, me dirá que soy adorable y una sarta de cosas encantadoras. ¡Ahórrese el esfuerzo!

—No, no le diré nada de eso, aunque mentiría si no lo hiciese.

—¿Conoce a mademoiselle Reisz? —preguntó Edna, como sin darle importancia.

—¿La pianista? La conozco de vista. La he oído tocar.

—A veces dice cosas curiosas, medio en broma, que, en un principio, uno no toma en cuenta, pero en las que te encuentras pensando después.

—¿Por ejemplo?

—Bien, por ejemplo, hoy, cuando me marchaba, me rodeó con sus brazos y me tocó las paletillas para comprobar, según dijo, si mis alas eran fuertes. El pájaro que quiere remontarse por encima del nivel ordinario de la tradición y los prejuicios debe tener las alas fuertes. Es un triste espectáculo ver a los débiles, magullados y agotados cómo aletean de vuelta a la tierra.

—¿A dónde quiere usted remontarse?

—Yo no pienso en vuelos extraordinarios. Sólo la comprendo a medias.

—He oído decir que mademoiselle Reisz está un poco trastornada —dijo Arobin.

—A mí me parece maravillosamente lúcida —contestó Edna.

—Me han dicho que es extremadamente desagradable y antipática. ¿Por qué se ha puesto a hablar de ella en el preciso momento en que yo deseaba hablar de usted?

—Bueno, hable de mí, si quiere —exclamó Edna, cruzando las manos detrás de la cabeza—; pero déjeme pensar en otra cosa mientras lo hace.

—Estoy celoso de sus pensamientos esta noche. La hacen estar un poco más amable que de costumbre, pero, en cierto modo, siento como si vagase, como si no estuviera aquí conmigo.

Ella lo miró sonriente. Los ojos de él estaban muy cerca. Alcée se inclinó sobre el canapé y pasó el brazo por delante de Edna, mientras la otra mano descansaba aún sobre su pelo. Continuaron mirándose a los ojos en silencio. Cuando él se inclinó hacia delante y la besó, ella abrazó su cabeza sin despegar sus labios de los de él.

Era el primer beso de su vida al que su naturaleza había respondido realmente. Era una antorcha llameante que inflamaba el deseo.

Edna lloró un poco aquella noche cuando Arobin se marchó

Era sólo una fase de las múltiples emociones que la embargaban. Le abrumaba un sentido de irresponsabilidad. Estaba sorprendida por lo inesperado y lo desacostumbrado. Le asaltaban los reproches de su marido, que parecía mirarla desde las cosas externas que la rodeaban y que él le había proporcionado para su existencia; y también el reproche de Robert, que se hacía patente y despertaba en ella un amor más vivo, violento e irresistible. Sobre todo, había comprensión. Sentía como si alguien hubiera retirado una bruma de delante de sus ojos, permitiéndole ver y comprender el significado de la vida, ese monstruo hecho de belleza y brutalidad. Pero entre las conflictivas sensaciones que la asaltaban, no había ni vergüenza ni remordimiento. Sentía una débil punzada de pena, porque no era el beso de amor el que la había encendido, porque no era el amor quien había sostenido esta copa de vida en sus labios.

XXIX

Sin esperar siquiera a conocer la opinión o los deseos de su marido, Edna aceleró los preparativos para dejar la casa de Esplanade Street y mudarse a la casita de al lado. Una ansiedad febril acompañaba sus movimientos. No hubo ni un momento de deliberación ni intervalo de reposo entre el pensamiento y su puesta en práctica. En las primeras horas de la mañana que siguió al encuentro con Arobin, Edna se dispuso a asegurarse en su nuevo alojamiento y a darse prisa en los arreglos necesarios para ocuparlo. Dentro del recinto de su casa se sentía como quien ha penetrado y se demora en el pórtico de un templo prohibido, en el que miles de voces amortiguadas le piden que se vaya.

Todo lo que le pertenecía en la casa, todo lo adquirido al margen de la generosidad de su marido fue transportado a la otra casa, reemplazando con sus propios recursos las pocas cosillas que faltaban.

Cuando Arobin la visitó por la tarde, la encontró remangada trabajando en compañía de la doncella. Estaba espléndida y robusta, y jamás había estado más atractiva que con aquel vestido azul y el pañuelo de seda rojo anudado con descuido alrededor de la cabeza para proteger el pelo del polvo. Cuando entró, Edna estaba subida en lo alto de una escalera, descolgando un cuadro de la pared. Él había encontrado abierta la puerta principal, y, después de llamar, se había decidido a entrar sin ceremonias.

—¡Bájese! —dijo—. ¿Quiere matarse?

Edna lo recibió sin interés aparente, con aire de estar a lo suyo.

Si había esperado encontrarla abatida, llena de reproches o apelando a las lágrimas, se estaba llevando una buena sorpresa.

Sin duda él estaba preparado para cualquier contingencia, listo para cualquiera de las actitudes que ella había adoptado anteriormente, adaptándose fácil y naturalmente a la situación con que se enfrentaba.

—Por favor, bájese —insistió, sosteniendo la escalera y mirando hacia arriba.

—No —contestó ella—. A Ellen le da miedo subirse a la escalera. Joe está trabajando en el «palomar» (así lo llama Ellen, por lo pequeño que es y porque parece un palomar), y alguien tiene que hacer esto.

Arobin se quitó el abrigo y manifestó que estaba preparado y dispuesto a probar suerte en su lugar. Ellen le trajo uno de sus pañuelos de cabeza para el polvo y, cuando vio que se lo colocaba delante del espejo, tan grotescamente como podía, empezó a retorcerse de risa sin poder controlarse. Ni siquiera Edna pudo evitar sonreír cuando le pidió que se lo atase. Él tomó el relevo y se subió a la escalera para desclavar cuadros y cortinas, y desalojar adornos bajo la dirección de Edna. Cuando acabó, se quitó la toca de la cabeza y salió a lavarse las manos.

—¿Hay algo más que me permita hacer? —preguntó.

—Ya está todo —contestó ella—. Ellen puede arreglárselas con lo demás.

Edna tuvo ocupada a la joven limpiando el salón, porque no quería quedarse allí a solas con Arobin.

—¿Qué hay de la cena? —preguntó él—. ¡El gran acontecimiento, le coup d'état!

—Será pasado mañana. Pero ¿por qué le llama usted coup d'état? Será estupendo; sacaré mis mejores cosas: cristal, plata y oro; Sèvres, flores, música, y nadaremos en champán. Las facturas se las dejaré a Léonce. Me gustaría saber qué dirá cuando las vea.

—¿Y me pregunta por qué lo llamo coup d'état?

Arobin se puso el abrigo y le preguntó si tenía la corbata derecha. Ella le respondió que sí, justo albor de del cuello.

—¿Cuándo se irá al «palomar», como bien dice Ellen?

—Pasado mañana después de cenar. Dormiré allí.

—Ellen, ¿tendría usted la amabilidad de traerme un vaso de agua? —preguntó Arobin—. El polvo de las cortinas, si me perdona que insinúe tal

cosa, me ha reseado e irritado la garganta.

—Mientras Ellen trae el agua —dijo Edna, levantándose— le acompañaré para despedirlo. Tengo que librarme de toda esta mugre, y hay un millón de cosas que hacer y en las que pensar.

—Cuándo volveré a verla? —preguntó Arobin, tratando de detenerla, ya que la doncella había salido de la habitación.

—En la cena, por supuesto. Está usted invitado.

—¿Y no puede ser antes? ¿Esta noche, mañana por la mañana, mañana al mediodía o por la noche? ¿O pasado mañana por la mañana o al mediodía? ¿no se da cuenta, sin que tenga que decírselo, de que me parece una eternidad?

La había seguido hasta el recibidor y se quedó mirándola al pie de la escalera mientras subía con el rostro semivuelto hacia él.

—Ni un instante antes —dijo Edna. Pero serio y lo miró de tal modo que, a la vez que le daba coraje para esperar, convertía la espera en tortura.

XXX

Aunque Edna había hablado de la cena como de un gran acontecimiento, se trataba en realidad de una reunión pequeña y selecta, dado que los invitados eran pocos y escogidos con criterio. Había calculado que alrededor de una docena de personas se sentarían a su mesa de caoba; olvidaba en aquel momento que madame Ratignolle estaba muy souffrante e impresentable y no preveía que madame Lebrun enviaría mil disculpas en el último momento. Así pues, sólo que daban diez, que después de todo era un número acogedor y cómodo.

Estaba la señora Merriman, una treintañera menuda, hermosa y vivaracha; y su marido, un tipo jovial, un poco cabeza de chorlito, que se reía con las ocurrencias de los demás y que, gracias a eso, se hacía muy simpático. Les acompañaba la señora Highcamp. Por supuesto, estaban Alcée Arobin y mademoiselle Reisz, que había aceptado la invitación. Edna le había enviado un ramo de violetas naturales con arreglos de encaje para el pelo. Monsieur Ratignolle fue en persona a disculparse por la ausencia de su esposa. Victor Lebrun, que daba la casualidad de que estaba en la ciudad entregado al esparcimiento, aceptó con presteza. Estaba también una tal señorita Mayblunt, que ya no era una adolescente, y miraba el mundo a través de unos impertinentes con curiosidad entusiasta. Se pensaba, y se decía, que era una intelectual; se sospechaba que escribía libros con un nom de guerre. La

acompañaba un caballero, llamado Gouvernail, relacionado con uno de los periódicos, y del que no podía decirse nada especial, excepto que era atento y parecía tranquilo e inofensivo. Edna hacía el número diez. Y a las ocho y media, se sentaron a la mesa, con Arobin y monsieur Ratignolle a ambos lados de la anfitriona.

La señora Highcamp se acomodó entre Arobin y Victor Lebrun. Después estaban la señora Merriman, el señor Gouvernail, la señorita Mayblunt, el señor Merriman y mademoiselle Riesz junto a monsieur Ratignolle.

El aspecto de la mesa era espléndido: el mantel de satén amarillo pálido bajo las franjas de encaje transmitía una impresión de resplandor. En macizos candelabros de cobre había velas de cera que ardían suavemente bajo sombras de seda amarilla, y una abundancia de rosas fragantes, en sazón, rojas y amarillas. Había plata y oro, tal y como ella había dicho; y el cristal brillaba como las joyas que llevaban las mujeres.

Había descartado para la ocasión las habituales sillas rígidas del comedor, y las había sustituido por las más cómodas y lujosas que había podido encontrar por toda la casa. A mademoiselle Riesz, que era diminuta, le habían puesto cojines como a los niños, que a veces se sientan a la mesa sobre gruesos volúmenes.

—¿Es nuevo, Edna? —exclamó la señorita Mayblunt, con los impertinentes dirigidos a un magnífico racimo de diamantes rutilantes, que casi chisporroteaban en el pelo de Edna, justo en mitad de la frente.

— Bastante nuevo. En realidad, recién estrenado; es un regalo de mi marido. Llegó esta mañana de Nueva York. Tengo que admitir que hoy es mi cumpleaños y hago veintinueve. En su momento, es pero que beban a mi salud. Mientras tanto, empezaremos con este cóctel fabricado... ¿Se puede decir «fabricado»? —dijo, apelando a la señorita Mayblunt—. Pues fue «fabricado» por mi padre para la boda de mi hermana Janet.

Delante de cada uno de los invitados había un vasito que refulgía con el aspecto de un granate.

—Entonces, después de todo —habló Arobin—, no estaría de más empezar brindando a la salud del coronel con el cóctel que él fabricó, en el cumpleaños de la más encantadora de las mujeres: la hija que él creó.

La risa del señor Merriman ante esa ocurrencia fue una explosión tan natural y contagiosa que hizo que la cena comenzara con un ritmo que no decayó.

La señorita Mayblunt suplicó que le permitieran no tocar su cóctel, para tenerlo delante y poderlo contemplar. ¡El color era maravilloso! No se podía

comparara nada que hubiera visto antes, y los destellos granates que emitía eran indeciblemente extraños. Afirmó que el coronel era un artista, e insistió en ello.

Monsieur Ratignolle estaba dispuesto a tomarse las cosas muy en serio: los mets, los entre-mets, el servicio, la decoración, incluso la gente; y preguntó a Arobin si tenía algo que ver con el caballero del mismo nombre que formaba parte de la firma Laitner & Arobin, abogados. El joven admitió que Laitner era un amigo personal y muy querido, que permitía que el nombre de Arobin decorara los membretes de la firma y que apareciera en los letreros que adornaban Perdido Street.

—Hay tanta gente preguntona y tal abundancia de instituciones —dijo Arobin— que, hoy en día, uno se ve realmente forzado, por conveniencia, a simular la virtud de un a ocupación si no se tiene.

Monsieur Ratignolle se le quedó mirando fijamente, durante un minuto, y se volvió para preguntar a mademoiselle Reisz si creía que los conciertos sinfónicos de aquel año eran mejores que los del invierno anterior. Mademoiselle Reisz contestó en francés —lo que a Edna le pareció un poco grosero en aquellas circunstancias, pero característico de ella—. Mademoiselle sólo tenía cosas desagradables que decir de los conciertos sinfónicos, y comentarios insultantes sobre los músicos de Nueva Orleans, individual y colectivamente. Todo su interés parecía estar concentrado en las exquisiteces dispuestas delante de ella.

El señor Merriman dijo que los comentarios de Arobin sobre la gente preguntona le recordaban a un hombre de Waco que había conocido hacía unos días en el hotel St. Charles; pero, como las historias del señor Merriman eran siempre flojas y faltas de chispa, su esposa rara vez permitía que las terminara. Lo interrumpió para preguntarle si recordaba el nombre del autor del libro que habían comprado la semana pasada para enviárselo a un amigo de Ginebra. Estaba hablando de libros con el señor Gouvernail, y trataba de que él diera su opinión sobre temas literarios de actualidad. Su marido, en una parte, contó la historia del hombre de Waco a la señorita Mayblunt, que fingió encontrar la divertidísima y muy ingeniosa.

La señora Highcamp escuchaba con lánguido interés, pero sin afectación, la cálida pero impetuosa verbosidad de su vecino de la izquierda, Victor Lebrun. No dejó de prestarle atención ni un minuto desde que se sentó a la mesa y, cuando él se dirigió a la señora Merriman, más bonita y vivaz que la señora Highcamp, esperó con natural indiferencia la oportunidad para reclamar su atención. De vez en cuando, llegaba desde lejos un sonido de mandolinas que, más que un estorbo para la conversación, resultaba un acompañamiento agradable. Fuera se oía el suave y monótono salpicar del

agua en una fuente; el sonido penetraba en la habitación junto con el olor de los jazmines, que se colaba por las ventanas abiertas.

El resplandor dorado del vestido de satén de Edna se desparramaba a ambos lados en suntuosos pliegues. Alrededor de los hombros, llevaba un suave adorno de encaje. Era del color de su piel, sin la luminosidad y los infinitos tonos naturales que se descubren a veces en la carne llena de vitalidad. Había algo en su actitud, en todo su aspecto, cuando reclinaba la cabeza contra el respaldo alto de su silla y extendía los brazos, que recordaba a una reina que gobierna, contempla y permanece sola.

Pero sentada allí, entre sus invitados, notó que la invadía un antiguo malestar; la desesperación que a veces se apoderaba de ella como una obsesión, como algo extraño, independiente de la voluntad, algo amenazador; un aliento frío que parecía provenir de una enorme caverna donde los conflictos chocaban. Le sobrevinó una aguda añoranza, que siempre evocaba en su visión espiritual la presencia del amado y que la abrumaba enseguida con la sensación de lo inalcanzable.

El tiempo pasaba, mientras un sentimiento de buena camaradería atravesaba el círculo como una misteriosa cuerda, y mantenía unidas y enlazadas a aquellas personas con bromas y risas. El señor Ratignolle fue el primero en romper el agradable encanto. A las diez en punto se disculpó. Madame Ratignolle lo esperaba en casa. Estaba bien souffrante, llena de oscuros temores, que sólo la presencia de su marido podía aliviar.

Mademoiselle Reisz se levantó con monsieur Ratignolle, que se ofreció a escoltarla hasta el coche. Mademoiselle había comido bien, y los magníficos y abundantes vinos que había probado debían de habersele subido a la cabeza, a juzgar por la reverencia con que saludó a los presentes al abandonar la mesa. Besó a Edna en el hombro, susurrándole: «Bonne nuit, ma reine, soyez sage». Le había azorado un poco levantarse o, más bien, descender de sus cojines, y monsieur Ratignolle la cogió galantemente del brazo y la condujo al exterior.

La señora Highcamp estaba tejiendo una corona de rosas amarillas y rojas. Cuando terminó la corona, la depositó suavemente sobre los negros rizos de Victor, que, reclinado en la lujosa silla, sostenía una copa de champán a contra luz.

Como si le hubiera tocado una varita mágica, la corona de rosas lo transformó en una imagen de belleza oriental. Tenía las mejillas del color de la uva prensada y le brillaban los ojos con un fuego devorador.

—Sapristi! —exclamó Arobin.

Pero la señora Highcamp tenía una pincelada más que añadir al cuadro. Cogió del respaldo de su silla una banda de seda blanca, con la que se había

cubierto los hombros, y la colocó alrededor del muchacho en graciosos pliegues para cubrir en cierto modo su traje de tarde, negro y convencional. A él no parecía importarle lo que ella le hiciera; tan sólo sonreía con un débil destello de dientes blancos mientras continuaba mirando con los ojos semicerrados la luz que transparentaba la copa de champán.

—¡Oh, poder pintar con colores en vez de con palabras! —exclamó la señorita Mayblunt, mirándolo extasiada.

—«Había una imagen esculpida del Deseo» / «pintada en sangre roja sobre fondo de oro» —musitó Gouvernail.

El vino había cambiado en silencio la acostumbrada locuacidad de Victor. Parecía haberse abandonado a un ensueño y estar contemplando placenteras visiones en las burbujas ambarinas.

—Cante —rogó la señora Highcamp—. ¿No quiere cantar para nosotros?

—Déjele tranquilo —dijo Arobin.

—Está posando —sugirió el señor Merriman—; dejemos que se le pase.

—Creo que está paralizado —dijo, riendo, la señora Merriman.

E, inclinándose sobre la silla del joven, cogió el vaso de sus manos y se lo acercó a los labios. Él sorbió el vino lentamente y, cuando hubo vaciado la copa, ella la dejó sobre la mesa y le secó los labios con su delicado pañuelo.

—Sí, cantaré para usted —dijo Victor, volviendo la silla hacia la señora Highcamp. Se agarró las manos por detrás de la cabeza y, mirando al techo, empezó a tararear, probando su voz como un músico afina su instrumento. Después, mirando a Edna, empezó a cantar—:

Ah, si tu savais!

—¡Cállese! —gritó ella—. No cante eso, no quiero que lo cante. — Y dejó el vaso sobre la mesa tan impetuosa y ciegamente que lo hizo añicos contra una frasca. El vino se derramó sobre las piernas de Arobin y goteó un poco sobre el vestido de gasa negra de la señora Highcamp. Victor había perdido la noción de la cortesía o pensó que su anfitriona no hablaba en serio, porque después de reírse continuó:

Ah! si tu savais

ce que tes yeux me disent.

—¡Oh, no puede hacerlo, no debe! —exclamó Edna, y, empujando la silla hacia atrás, se levantó y le tapó la boca con la palma de la mano.

Él besó la suave palma que apretaba sus labios.

—No, no lo haré, señora Pontellier. No creía que hablara en serio —dijo, mirándola con ojos acariciadores.

El tacto de sus labios era como una deliciosa picadura en la mano de Edna. Ella levantó la corona de rosas de la cabeza del muchacho y la lanzó hacia otro lugar de la habitación.

—Vamos, Victor, ya has posado suficiente. Devuelve el pañuelo a la señora. Highcamp.

La señora Highcamp desenrolló el pañuelo con sus propias manos. La señorita Mayblunt y el señor Gouvernail llegaron de repente a la conclusión de que era hora de despedirse, y el señor y la señora Merriman se preguntaron cómo podría ser tan tarde.

Antes de despedirse de Victor, la señora Highcamp lo invitó a llamar a su hija, porque estaba segura de que a ella le encantaría conocerle para hablar francés y cantar canciones francesas con él. Victor le comunicó sus deseos e intención de llamar a la señorita Highcamp en la primera oportunidad que se le presentara. Preguntó a Arobin si llevaba el mismo camino que él, pero Arobin iba en otra dirección.

Hacía rato que los que tocaban la mandolina se habían escabullido. Un silencio profundo había caído sobre la amplia y hermosa calle. Las voces de los invitados de Edna, al dispersarse, desafinaban como una nota discordante en la tranquila armonía de la noche.

XXXI

—¿Y bien? —preguntó Arobin, que se había que dado con Edna después de que los otros se hubiera nido.

—Bien —respondió Edna, deteniéndose y estirando los brazos por la necesidad de relajar sus músculos después de tanto rato sentada.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—Todos los sirvientes se han ido. Se marcharon con los músicos. Los he despedido. Hay que cerrar y echar las llaves de la casa; yo iré andando hasta el palomar y por la mañana enviaré a la vieja Célestine a arreglar las cosas.

Arobin miró a su alrededor y empezó a apagar algunas luces.

—¿Qué hacemos con lo de arriba? —preguntó.

—Creo que todo está en orden, pero debe de haber una o dos ventanas sin

cerrar. Será mejor que lo comprobemos; coja una vela y vaya a ver. Tráigame el mantón y el sombrero que están a los pies de la cama de la habitación del centro. Mientras él subía con la luz, Edna empezó a cerrar puertas y ventanas. Odiaba cerrar con el humo y los vapores del vino dentro. Arobin encontró la capa y el sombrero, los bajó y la ayudó a ponérselos. Cuando todo estuvo bien cerrado y las luces apagadas, salieron por la puerta principal. Arobin cerró y cogió la llave para dársela a Edna. Después la ayudó a bajar la escalinata. —Quiere una ramita de jazmín? —preguntó mientras arrancaba, al pasar, unos brotes. —No, no quiero nada. Edna parecía descorazonada y sin nada que decir. Se cogió del brazo que él le ofrecía, sosteniendo el peso de la cola de satén con la mano libre. Miró hacia abajo, observando la línea negra de la pierna de Arobin que se movía muy cerca de la suya, contra el destello amarillo de su vestido. Se oyó el pitido del tren a lo lejos y el tañido de las campanadas de medianoche. En el corto paseo no se encontraron a nadie.

El «palomar» se levantaba detrás de una verja cerrada con llave y un parterre ralo y descuidado. Había un pequeño porche delantero y sobre él se abría una ventana y la puerta principal. La puerta daba directamente al recibidor. No había entrada lateral. En la parte trasera del patio estaba la habitación de ser vicio en la que la vieja Célestine se había a como dado.

Edna había dejado encendida una tenue luz sobre una mesa, con lo que se lo graba que la sala resulta se agradable y hogareña. Había unos libros sobre la mesa y cerca, un canapé. En el suelo había una estera nueva cubierta por una o dos alfombras y en las paredes colgaban algunos cuadros de buen gusto. La sala estaba llena de flores, y Edna se sorprendió. Arobin se las había enviado y había ordenado a Célestine que las colocara cuando Edna estuviera fuera. Su dormitorio estaba a un lado y, por un pasillo corto, se llegaba al comedor y a la cocina.

Edna se sentó con aire de total abatimiento.

—¿Está cansada? —preguntó él.

—Sí, y con escalofríos y triste. Siento como si me hubieran tensado hasta un punto demasiado fuerte y algo hubiese estallado dentro de mí. Reposó la cabeza en la mesa sobre su brazo desnudo.

—Necesita descansar —dijo él—. Y estar tranquila. Me iré, me marcharé y la dejaré descansar.

—Sí —contestó Edna.

Arobin, a su lado, le ahuecó el pelo con sus manos magnéticas. Su tacto transmitió a Edna un cierto bienestar físico. Se habría quedado fácilmente dormida si él hubiera continuado pasándole la mano por el pelo. Después, se lo cepilló de la nuca hacia arriba.

—Espero que por la mañana se sienta mejor y más feliz —le dijo—. Ha intentado hacer demasiadas cosas en estos últimos días. La cena ha sido la gota que ha colmado el vaso. Tendría que haberla anulado.

—Sí —reconoció Edna—. Fue una estupidez.

—No, fue una delicia, pero la ha agotado. —Sus manos se extraviaron por los hermosos hombros de Edna. Podía percibir la respuesta de la carne a su tacto. Se sentó a su lado y la besó suavemente en el hombro.

—Creí que se iba a marchar —dijo ella, en un tono de voz diferente.

—Me iré en cuanto le desee las buenas noches.

—Buenas noches —murmuró ella.

Él no respondió, y continuó acariciándola. No le dio las buenas noches hasta que ella se sometió a sus tiernas y seductoras súplicas.

XXXII

Cuando el señor Pontellier conoció las intenciones de su esposa de abandonar la casa y cambiar su residencia a otro lugar, le escribió inmediatamente una carta de total oposición y protesta. Ella le había dado razones que él no estaba dispuesto a considerar válidas. Esperaba que no hubiera obrado bajo un impulso irreflexivo, y le suplicó que considerase, en primer lugar, ante todo y por encima de todo, qué diría la gente. Al hacerle esta advertencia, no pensaba en el escándalo; jamás se le pasaría por la cabeza semejante cosa, tratándose del nombre de su esposa o del suyo propio. Simplemente pensaba en su integridad financiera. Podía correrse la voz de que los Pontellier se hallaban en dificultades económicas y se veían obligados a administrar su casa de forma más humilde que hasta entonces. Podría causar un daño incalculable a los negocios en perspectiva.

Pero, al recordar el caprichoso carácter de Edna en los últimos tiempos y previendo que hubiera obrado impulsivamente siguiendo una decisión repentina, afrontó la situación con su habitual presteza y la manejó con su consabido tacto y habilidad profesional.

El mismo correo que trajo a Edna su carta de desaprobación llevó instrucciones —órdenes precisas— a un famoso arquitecto, relacionadas con la remodelación de la casa, y cambios en los que había pensado hacía tiempo y que deseaba llevar a cabo durante su temporal ausencia.

Contrató expertos y acreditados embaladores y empleados de mudanzas

para transportar a lugares seguros el mobiliario, alfombras y cuadros; en resumen, todo lo que podía cambiarse de sitio. Y en un tiempo increíblemente corto, la casa de los Pontellier estuvo en manos de los artesanos. Había que añadir un cuartito cómodo, pintar y poner madera noble en el suelo de las habitaciones que aún no la tenían.

Además, en uno de los periódicos apareció una breve nota en la que se informaba que el señor y la señora Pontellier se proponían residir en el extranjero durante el verano y que su lujosa residencia de Esplanade Street, sometida a espléndidos cambios, no estaría lista para ser ocupada hasta su vuelta. ¡El señor Pontellier había salvado las apariencias!

Edna, admitiendo la diestra maniobra de su esposo, se abstuvo de frustrar sus planes. Cuando la situación divulgada por el señor Pontellier se aceptó y se dio por hecha, Edna pareció alegrarse de que las cosas hubieran sucedido así.

El palomar le gustaba. En seguida adquirió el íntimo aspecto de un hogar, a la vez que el encanto con el que Edna lo revestía se reflejaba en la casa como un cálido resplandor. Tenía la sensación de haber descendido en la escala social, y, paralelamente, un sentimiento de haber ascendido en la espiritual. Cada paso que daba le añadía fuerza y expansión como persona. Comenzó a mirar con sus propios ojos; a ver y captar las ocultas corrientes de la vida. Ya no le satisfacía alimentarse de opiniones ajenas cuando su propio espíritu la estimulaba.

Poco tiempo después, en realidad, al cabo de unos días, Edna subió a pasar una semana con sus hijos a Iberville. Eran unos días de febrero deliciosos: la promesa del verano flotaba en el ambiente.

¡Cómo se alegró de ver a los niños! Lloró de placer cuando sintió que sus bracitos la estrechaban; las fuertes y sonrosadas mejillas de los niños se apretaban contra las suyas, que estaban resplandecientes. Los miraba con ojos hambrientos que no podían contentarse con sólo mirar. ¡¿Y qué historias tenían que contar a su madre! De los cerdos, las vacas, las mulas; de cómo habían dado vueltas al molino detrás de Gluglú; y cómo habían pescado en el lago con tío Jasper; habían recogido nueces con los pollitos negros de Lidie y transportado ramitas en su vagón de juguete. Era mil veces más divertido acarrear astillas de verdad para el fuego auténtico de la vieja inválida Susi que arrastrar por la acera de Esplanade Street tarugos de madera pintados.

Fue con ellos a ver las vacas y los cerdos; a contemplar a los negros mientras tumbaban la caña; a varear los nogales y a pescar al lago de detrás de la casa. Vivió con ellos una semana entera, dándoles todo, y recogiendo y llenándose de la vitalidad juvenil de sus hijos. Cuando les contó que la casa de Esplanade Street estaba llena de trabajadores que martilleaban, clavaban, aserraban y llenaban el lugar de ruido, ellos la escucharon sin aliento. Querían

saber dónde estaban sus camas; qué se había hecho de su caballito balancín; dónde dormía Joey dónde se habían ido Ellen y la cocinera. Pero, sobre todo, ardían en deseos de ver la nueva casita a la vuelta de la manzana. ¿Había sitio para jugar? ¿Había niños en la vecindad? Raoul, con pesimismo agorero, tenía la convicción de que sólo habría chicas. ¿Dónde dormirían ellos y dónde dormiría papá? Edna les dijo que las hadas lo arreglarían todo.

La anciana abuela estaba encantada con la visita de Edna, y se deshacía en atenciones con ella. Estaba muy contenta de saber que la casa de Esplanade Street estaba desmantelada. Eso le daba excusa y pretexto para tener a los niños con ella por tiempo indefinido.

Al dejar a sus hijos, Edna sintió un desgarró y una punzada de dolor. Se llevaba con ella el sonido de sus voces y el tacto de sus mejillas. Durante todo el camino de regreso a casa, retuvo su presencia como el recuerdo de una dulce canción. Pero, cuando llegó a la ciudad, la canción ya no resonaba en su espíritu. De nuevo estaba sola.

XXXIII

A veces, sucedía que, cuando Edna iba a visitar a mademoiselle Reisz, la pianista estaba ausente, porque daba una clase o estaba haciendo la compra para la casa. La llave estaba siempre en el escondite secreto de la entrada, que ella conocía. Si mademoiselle estaba fuera, Edna generalmente entraba y esperaba su regreso.

Cuando, una tarde, llamó a la puerta de mademoiselle, no recibió respuesta; así que, como de costumbre, abrió la puerta, entró y, tal como esperaba, encontró el apartamento desierto. Había tenido un día bastante apretado y buscaba refugio en su amiga para descansar y hablar de Robert.

Había trabajado toda la mañana en un cuadro, el estudio de un joven personaje italiano, y había completado el trabajo sin modelo; pero la habían interrumpido muchas veces con pequeños incidentes domésticos y otros de carácter mundano.

Madame Ratignolle había venido arrastrándose, evitando, según dijo, los lugares transitados. Se quejaba de que Edna no le hiciera mucho caso últimamente. Además, le consumía la curiosidad por ver la casita y cómo se las arreglaba su amiga. Quería que le contase todo lo que había pasado en la cena. ¡Monsieur Ratignolle se había ido tan pronto! ¿Qué sucedió después de que él se marchara? El champán y las uvas que Edna les envió eran absolutamente deliciosos. ¡Ella tenía tan poco apetito! Le habían refrescado y

tonificado el estómago. ¿Dónde demonios iba a poner al señor Pontellier en aquella casita? ¿Y a los niños? Y después hizo prometer a Edna que correría a su lado cuando llegase «la hora de la verdad».

—A cualquier hora, en cualquier momento del día o de la noche, querida —le aseguró Edna.

Antes de marcharse, madame Ratignolle le dijo:

—En cierto modo, me parece usted una niña, Edna. Creo que actúa sin la dosis de reflexión necesaria en esta vida. Por eso quiero decirle que no me lo tome a mal si le advierto que tenga un poco de cuidado mientras viva aquí sola. ¿Por qué no busca a alguien que venga a quedarse con usted? ¿No le gustaría a mademoiselle Reisz venir?

—No; ella no querría venir, y a mí no me gustaría tenerla siempre a mi lado.

—Bien, se lo digo porque ya sabe usted lo mal pensada que es la gente; hay quien habla de que Alcée Arobin suele visitarla. Por su puesto que no tendría importancia si el señor Arobin no tuviera una fama tan horrorosa. Monsieur Ratignolle me decía que sólo sus atenciones son y a suficientes para poner en entre dicho la reputación de una mujer.

—¿Se vanagloria de sus conquistas? —preguntó Edna con indiferencia, mirando de soslayo su cuadro.

—No, creo que no. Estoy segura de que en estas cosas es un individuo correcto. Pero su forma de ser es bien conocida entre los hombres. No podré volver a verla; fue muy, pero que muy imprudente haber venido hoy.

—¡Tenga cuidado con el escalón! —exclamó Edna.

—No me tenga tan abandonada —suplicó madame Ratignolle—. Y no me tome en cuenta lo que le dije de Arobin y eso de que alguien se viniera a vivir con usted.

—Por supuesto que no —contestó riendo Edna—. Usted puede decirme lo que quiera.

Se dieron un beso de despedida. Madame Ratignolle no tenía que ir muy lejos, y Edna se quedó unos momentos en el porche mirando cómo bajaba la calle.

Después, por la tarde, la señora Merriman y la señora Highcamp pasaron a hacerle una visita. Edna pensó que podían haberse ahorrado la formalidad. También habían ido a invitarla para que fuera una tarde a jugar al vingt-et-un en casa de la señora Merriman. Le dijeron que fuera temprano para cenar antes, y que el señor Merriman o el señor Arobin ya la acompañarían a casa.

Edna aceptó sin mucho interés. A veces, la señora Merriman y la señora Highcamp le resultaban muy aburridas.

A media tarde, buscó refugio en casa de mademoiselle Reisz, y allí estaba sola, esperándola, sintiendo cómo la invadía una especie de reposo, en la atmósfera de aquella desastrada y poco pretenciosa habitación.

Edna se sentó junto a la ventana que daba a la azotea y al río. El alféizar estaba lleno de macetas con flores, y, allí, se dedicó a arrancar las hojas secas de un geranio rosa. El día era templado y la brisa que soplaba del río, muy agradable. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el piano. Siguió quitando las hojas y ahuecando la tierra alrededor de las plantas con el alfiler de su sombrero. En cierto momento, le pareció oír que mademoiselle Reisz llegaba, pero se trataba de una joven negra, que entró con un montón de ropa de la lavandería, la depositó en la habitación contigua y salió.

Edna se sentó al piano y empezó a tocar con una mano las notas de una partitura abierta ante ella. Pasó una media hora. De vez en cuando, se oía el ir y venir de gente en el vestíbulo de abajo. Estaba enfrascada intentando tocar el aire cuando llamaron por segunda vez a la puerta. Se preguntó qué solía hacer la gente cuando se encontraba la puerta de mademoiselle cerrada.

—Pase —dijo, volviendo la cara hacia la puerta. Y esta vez fue Robert Lebrun quien se presentó. Edna intentó levantarse, pero no podía hacerlo sin revelar la agitación que la dominaba al verlo; así que se replegó sobre el taburete y exclamó—: ¡Caramba, Robert!

Él se acercó y le dio la mano sin saber aparentemente lo que decía ni lo que hacía.

—¡La señora Pontellier! Pero ¡cómo es que usted...! ¡Oh, qué buen aspecto tiene! ¿No está mademoiselle Reisz? Nunca hubiera imaginado encontrarla aquí.

—¿Cuándo ha regresado? —preguntó Edna con voz temblorosa, secándose la cara con el pañuelo. Parecía estar incómoda en el taburete del piano; él le rogó que se sentara en la silla junto a la ventana.

Ella le obedeció mecánicamente, mientras él se sentaba en el taburete.

—Volví anteayer —le respondió, apoyando el brazo sobre las teclas, que produjeron un estrepitoso sonido discordante.

—¡Anteayer! —repitió ella en voz alta, y siguió pensando para sí «anteayer», con aire de no entender. Ella se había imaginado que la buscaría nada más llegar, pero él llevaba viviendo bajo el mismo cielo desde anteayer, y sólo por casualidad había tropezado con ella. Mademoiselle debía de haber mentido cuando dijo: «Pobre infeliz, está enamorado de usted»—.

Anteayer —repitió Edna, rompiendo un brote del geranio de mademoiselle—. Entonces, sin o me hubiera encontrado hoy aquí, no hubiese... cuándo... en fin, ¿no tenía intención de venir a verme?

—Por supuesto que habría ido a verla. Había tantas cosas que... —Volvió las hojas de la partitura de mademoiselle con nerviosismo—. Ayer mismo comencé a trabajar en mi antigua empresa. Es decir, puede que algún día logre sacarle partido a todo esto. Y, además, los mexicanos no son muy simpáticos.

Así que había vuelto porque los mexicanos no eran muy simpáticos; porque los negocios eran tan prósperos aquí como allí; por ninguna razón en concreto, pero no porque quisiera estar a su lado. Edna se acordó del día en que, sentada en el suelo, recorría de arriba abajo las páginas de su carta buscando el motivo no expresado.

No se había fijado en el aspecto de Robert; sólo notaba su presencia; pero se volvió deliberadamente para observarlo. Después de todo, sólo había estado fuera unos pocos meses, y no había cambiado. El pelo, del mismo color que el de ella, se le ondulaba hacia atrás en las sienes del mismo modo que antes. No estaba más moreno que en Grand Isle, y, al observarlo en un momento de silencio, descubrió que sus ojos la miraban con idéntica dulzura, aunque ahora veía en ellos un ardor y una súplica que antes no existían, y la misma mirada que había penetrado en los lugares dormidos de su espíritu y los había despertado.

Cientos de veces, Edna se había imaginado el regreso de Robert y se había figurado su primer encuentro. Generalmente sucedía en casa, donde él la habría buscado inmediatamente. Siempre se lo imaginaba declarándole su amor o dejándosele entrever. ¿Y aquí estaba la realidad, sentados a tres metros de distancia, ella junto a la ventana, aplastando hojas de geranio entre las manos, oliéndolas, y él girando en el taburete del piano, y diciendo:

—Me sorprendió mucho saber que el señor Pontellier estaba ausente (me extraña que mademoiselle Reisz no me lo dijera) y que, además, usted se trasladaba de casa (mi madre me lo dijo ayer). Creo que tendría que haberse ido a Nueva York con él, o a Iberville con los niños, mejor que quedarse aquí, preocupada con las tareas de ama de casa. Y también he oído que se va al extranjero. Así que no la tendremos con nosotros el próximo verano en Grand Isle; no le parecerá..., en fin, ¿ve usted mucho a mademoiselle Reisz? Me hablaba a menudo de usted en las pocas cartas que me escribió.

—¿Recuerda que, cuando se fue, prometió escribirme? —un repentino sonrojo le cubrió el rostro.

—No creí que mis cartas tuvieran el más mínimo interés para usted.

—Eso es una excusa; no es la verdad. —Edna cogió su sombrero de

encima del piano. Se lo ajustó pinchando el alfiler, con cierta deliberación, en su gran mata de pelo.

—¿No va a esperar a mademoiselle Reisz? —preguntó Robert

—No; sé que cuando está fuera tanto rato es muy posible que no venga hasta tarde. —Se enfundó los guantes y Robert recogió su sombrero—.

¿No la va a esperar usted? —preguntó. —No, si cree usted que volverá tarde. — Y como si, de repente, fuera consciente de cierta descortesía, añadió —: Además, si me quedo, me perdería el placer de acompañarla a casa.

Edna cerró la puerta con llave y la puso en el escondrijo de costumbre. Fueron juntos, caminando con tiento por calles embarradas y por aceras repletas de tenderetes con baratijas de pequeños comerciantes. Hicieron parte del camino en coche y, después de bajar, pasaron por delante de la mansión de los Pontellier, que tenía el aspecto de estar rota y despedazada. Robert no había visto nunca la casa, y la miró con interés.

—Nunca la vi en su casa anterior —puntualizó.

—Me alegro de que no lo hiciera.

—¿Por qué?

Ella no contestó. Dieron la vuelta a la esquina y, cuando él entró con ella en la casita, parecía como si, finalmente, los sueños de Edna se estuvieran haciendo realidad.

—Tiene que quedarse a cenar conmigo, Robert. Ya ve que estoy sola y, además, hace mucho tiempo que no lo veo. Hay tantas cosas que quiero preguntarle.

Edna se quitó el sombrero y los guantes. Él se quedó de pie, indeciso, excusándose porque su madre lo esperaba; incluso murmuró algo sobre un compromiso. Encendió una cerilla y prendió la lámpara de la mesa; estaba anocheciendo. Cuando vio la cara de Edna a la luz de la lámpara, angustiada y con las suaves líneas de su rostro desdibujadas, dejó su sombrero a un lado y se sentó.

—Oh, usted sabe que quiero quedarme, si me lo permite —exclamó. Toda la dulzura volvió de nuevo. Ella sonrió dirigiéndose a él, y le puso la mano sobre el hombro.

—Ahora sí que me parece el Robert de antes. Iré a decírselo a Célestine.

Salió corriendo a avisar a Célestine para que pusiera otro cubierto. Incluso la envió a buscar algunas exquisiteces que para ella sola no había pensado comprar. Y le advirtió que tuviera cuidado al colar el café y que no dejara pasar la tortilla.

Cuando volvió a entrar, Robert estaba revolviendo revistas, dibujos y cosas que había sobre la mesa, todas mezcladas. Cogió una fotografía y exclamó:

—¡Alcée Arobin! ¿Qué diablos hace esta foto aquí?

—En cierta ocasión intenté hacer un dibujo de su cabeza —contestó Edna—, y él pensó que una fotografía me ayudaría. Estaba en la otra casa, y pensé que la había dejado allí. Debí de empaquetarla con mis útiles de dibujo.

—Pues tendría que devolvérsela, si es que ha acabado el dibujo.

—Oh, tengo un montón de fotografías de éstas. Y nunca he pensado devolverlas. No sirven para nada.

Robert continuó mirando la foto.

—Me parece que... ¿Cree usted que vale la pena dibujar su cabeza? ¿Es amigo del señor Pontellier? No me dijo nunca que lo conociera.

— No es amigo del señor Pontellier; es amigo mío. Lo conozco hace mucho..., es decir, lo que se dice conocerlo bien, desde hace poco. Pero preferiría hablar de usted y saber qué es lo que ha visto, hecho y descubierto allá en México. —Robert apartó la foto.

—He visto la solas y la playa blanca de Grand Isle, el tranquilo camino de hierba de Chênrière, el antiguo fuerte de Gran de Terre. He trabajado como una máquina y me he sentido como un alma en pena. No pasó nada interesante.

Edna apoyó la cabeza en la mano para evitar la luz de la lámpara en sus ojos.

—¿Y ¿qué ha hecho usted? ¿Qué ha visto y qué ha sentido todo este tiempo? —preguntó él.

—He visto las olas y la playa blanca de Grand Isle; el tranquilo camino de hierba de Chênrière Caminada; el antiguo fuerte soleado de Gran de Terre. He trabajado con menos consciencia que una máquina y aún me siento como un alma en pena. No pasó nada interesante.

—Señora Pontellier, es usted cruel —dijo emocionado, cerrando los ojos y descansando la cabeza en el respaldo de la silla. Guardaron silencio hasta que la vieja Célestine anunció la cena.

XXXIV

El comedor era muy pequeño. Los muebles de caoba que rodeaban a Edna casi lo llenaban. Tal como estaba, había tan sólo uno o dos pasos desde la

mesita a la cocina, a la chimenea, al pequeño aparador y a la puerta lateral que daba a un patio estrecho, embaldosado.

Cuando la cena se anunció, cayó sobre el los cierto a ir e de ceremonia. No volvieron a hablar de temas personales. Robert contó incidentes de su estancia en México y Edna habló de cosas ocurridas en su ausencia, y que probablemente le interesaban. Fue una cena corriente, excepto por las exquisiteces que Edna había enviado a comprar. La vieja Célestine, con un pañuelo alrededor de la cabeza que le sostenía el moño, renqueaba de aquí para allá, interesándose por todo y deteniéndose a veces para hablar patois con Robert, a quien conocía desde niño.

Él salió a comprar papel de liar a un estanco cercano, y, cuando regresó, Célestine ya había servido el café en la salita.

—Quizá no debería haber vuelto —dijo él—. Cuando se canse de mí, dígame.

—Usted no me cansa nunca. Debe de haber olvidado las horas y horas que pasamos juntos en Grand Isle y en las que fuimos acostumbrándonos el uno al otro.

—No he olvidado nada de Grand Isle —dijo sin mirarla, liando un cigarrillo.

La tabaquera que había dejado sobre la mesa era un precioso trabajo bordado en seda, evidentemente artesanía hecha por una mujer.

—Antes llevaba el tabaco en una bolsa de caucho —dijo Edna, cogiendo la tabaquera y examinando el bordado.

—Sí, se me perdió.

—Dónde compró ésta? ¿En México?

—Me la regaló una muchacha de Vera cruz; son muy generosas —contestó prendiendo una cerilla y encendiendo un cigarrillo.

—Y supongo que son muy bonitas esas mujeres mexicanas; muy exóticas, con esos ojos negros y los mantones de encaje.

—Algunas sí, otras son horrosas. Como en todas partes.

—¿Y cómo era ella?, la que le regaló la tabaquera. Debía de conocerla muy bien.

—Era muy vulgar. No tuvo la más mínima importancia. Sí, la conocía bastante bien.

—¿Iba a visitarla a su casa? ¿Era bonito el lugar? Me gustaría que me contara cosas de la gente que conoció y la impresión que le causaron.

—Hay gente que deja impresiones tan poco duraderas como la huella de un remo en el agua.

—¿Fue ella una de éstas?

—Sería descortés por mi parte decir que era de esa clase.

Se metió la tabaquera en el bolsillo, como dejando el tema a un lado, junto a la nadería que lo había sacado a relucir.

Arobin apareció con un mensaje de la señora Merriman, en el que decía que la partida de cartas se había pospuesto por la enfermedad de uno de los niños.

—Cómo está, Arobin? —dijo Robert, saliendo de la oscuridad.

—¡Oh, Lebrun, es usted! Oí decir ayer que había vuelto. ¿Cómo se portaron con usted allá en México?

—Muy bien.

—Pero no lo bastante bien para retenerlo. ¡Espléndidas muchachas, las mexicanas! Pensé que no me iría jamás de Vera cruz cuando estuve allí hace dos años.

—¿Le hicieron zapatillas bordadas, tabaqueras, bandas para el sombrero y cosas así? —preguntó Edna.

—¡Qué va! No me hicieron mucho caso. Me temo que ellas me causaron más impresión a mí que yo a ellas.

—Entonces, fue usted menos afortunado que Robert.

—¿Yo siempre soy menos afortunado que Robert. ¿Le ha estado haciendo confidencias?

—Bueno, ya ha tenido que aguantar me bastante tiempo —dijo Robert, levantándose y dando la mano a Edna—. Por favor, dé recuerdos de mi parte al señor Pontellier cuando le escriba.

Dio la mano a Arobin y salió.

— Buen tipo, este Lebrun —dijo Arobin cuando Robert se hubo marchado—. Nunca le oí hablar de él.

—Lo conocí este verano en Grand Isle —contestó ella—. Aquí tiene esta fotografía suya. ¿No la quiere?

—¿Para qué la voy a querer? Tírela.

Edna la volvió a dejar sobre la mesa.

—No voy a ir a casa de la señora Merriman; si la ve, dígaselo; pero quizá

sea mejor escribirle una nota. Creo que le escribiré para decirle que siento que el niño esté enfermo, y que no cuente conmigo.

—Es un buen plan —condescendió Arobin—. No la culpo. ¡Semejante montón de estúpidos!

Tras coger papel y pluma, Edna abrió la carpeta y empezó a escribir la nota. Arobin encendió un puro y empezó a leer el periódico de la tarde que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Edna.

Él se lo dijo.

—¿Quiere poner esto en el correo cuando salga?

—Claro que sí.

Él le iba leyendo fragmentos del periódico mientras ella ponía en orden las cosas de encima de la mesa.

—¿Qué le apetece hacer? —preguntó Alcée, dejando a un lado el periódico—. ¿Quiere caminar, dar un paseo en coche o cualquier otra cosa? Hace una noche deliciosa para ir en coche.

— No, no quiero nada más que estar tranquila. Salga y diviértase; no se quede.

—Me iré si no me queda más remedio; pero no me divertiré. Ya sabe que sólo vivo cuando estoy cerca de usted.

Se levantó para darle las buenas noches.

—¿Es eso lo que dice siempre a las mujeres?

—Lo he dicho otras veces, pero no creo que jamás fuera tan cierto como ahora —contestó con una sonrisa. No había luces cálidas en sus ojos. Tan sólo una mirada ausente y soñadora —Buenas noches. La adoro. Duerma bien —dijo él. Le besó la mano y salió.

Edna se quedó a solas en una especie de en sueño, como asombrada. Revivió paso a paso cada instante que había pasado con Robert desde que entró por la puerta de mademoiselle Reisz. Rememoró sus palabras, sus miradas. ¡Qué escasas y poco sustanciosas habían sido para su hambriento corazón! Ante ella apareció la imagen de una muchacha mexicana extraordinariamente seductora. Se retorció con una punzada de celos. Se preguntó cuándo volvería a verlo. No había dicho que volvería. Había estado con él, había escuchado su voz y tocado su mano. Pero, en cierto modo, lo sentía más lejano que cuando estaba en México.

XXXV

La mañana rebosaba de sol y esperanza. No había negativas ante Edna, sino sólo promesas de felicidad. Yacía en la cama, despierta, con los ojos brillante se inquisidores. «Robert la ama, pobre infeliz». Si pudiera lograr que esa convicción arraigara en su pensamiento, ¿qué iba a importarle todo lo demás? Se daba cuenta del o infantil e imprudente que había sido la noche anterior, entregándose al desaliento. Intentó hacer recuento de los motivos que, sin duda, explicaban la reserva de Robert. No eran obstáculos insuperables. Si realmente la amara, no se sostendrían en pie; tampoco resistirían frente a la pasión que ella sentía y de la que él se daría cuenta a medida que pasara el tiempo. Se lo imaginó camino de la oficina aquella mañana. Vio incluso cómo iba vestido; cómo bajaba por una calle y daba la vuelta a la esquina; lo vio inclinándose sobre su mesa de despacho, hablando a la gente que entraba en la oficina, yendo a comer y tal vez buscándola por la calle. Vendría a ver la por la tarde o al anochecer; se sentaría a liar su cigarrillo, charlaría un poco, y se marcharía como la noche pasada. Pero ¡qué maravilloso sería que estuviera allí con ella! No se lamentaría, ni trataría de entender sus reservas, en el caso de que aún las tuviera.

Edna desayunó a medio vestir. La doncella trajo una carta garabateada de Raoul, expresándole su amor, pidiendo que le enviara bombones y contándole que aquella mañana había encontrado diez cerditos chiquitines tumbados en fila junto a la cerda blanca de Lidie.

También llegó una carta de su marido, diciéndole que esperaba estar de vuelta a primeros de marzo, y entonces sería buen momento para emprender el viaje al extranjero que le había prometido hacía tiempo y que ahora, por fin, podría costear; viajarían como Dios manda, sin escatimar en pequeñeces, gracias a sus últimas especulaciones en Wall Street.

Con gran sorpresa recibió una nota de Arobin, escrita desde el club, a media noche. Tenía por objeto desearle los buenos días, esperando que hubiera dormido bien, reafirmando su devoción por ella y confiando ser correspondido, aunque fuese superficialmente.

Las cartas fueron todas de su agrado. Contestó a los niños de un modo jovial, prometiéndoles bombones y felicitándoles por el feliz hallazgo de los cerditos.

Contestó a su marido con cariñosas evasivas, no con la intención de engañarle, sino por que el más mínimo sentido de la realidad había desaparecido de su vida; se había abandonado al destino, y esperaba indiferente las consecuencias.

No contestó la nota de Arobin. La echó al fuego de la cocina.

Edna trabajó durante horas con gran animación. No vio más que a un marchante de cuadros, que le preguntó si era cierto que iba a estudiar a París.

Edna le respondió que posiblemente iría, y acordaron que hiciera unos cuantos estudios de París con el fin de que llegaran a tiempo para las ventas de Navidad.

Robert no fue a verla aquel día. Edna estaba profundamente desilusionada. Tampoco fue al día siguiente, ni al otro. Cada mañana se despertaba con esperanza y cada noche la acometía el desaliento. Sentía tentaciones de buscarlo; pero, lejos de ceder al impulso, evitaba cualquier ocasión que la pusiera en el camino de Robert. No fue a casa de mademoiselle Reisz ni pasó por delante de la casa de madame Lebrun, como habría hecho si él se hubiera encontrado aún en México.

Una noche Arobin la instó a que le acompañara en su coche de caballos y se dirigieron hacia al lago por la carretera de Shell. Los caballos eran briosos e incluso un poco indómitos. A Edna le gustaba el trote rápido con el que corrían y el sonido seco y cortante de los cascos en el firme de la carretera. No pararon a comer ni a beber. Arobin no era temerario. Pero comieron y bebieron cuando, al atardecer, llegaron al pequeño comedor de Edna.

Era ya tarde cuando él se marchó. La insistencia de Arobin por verla y estar con ella se estaba convirtiendo en algo más que un capricho pasajero. Había detectado la sensualidad latente en ella, que, como un adormecido capullo ardiente y sensible, él abría con su fina intuición de las exigencias de la naturaleza de Edna.

Cuando aquella noche se quedó dormida, no había desaliento en ella; tampoco había esperanza cuando despertó por la mañana.

XXXVI

Había un jardín en las afueras; un rinconcito frondoso, con unas cuantas mesas verdes bajo los naranjos. Una gata vieja se pasaba todo el día dormitando al sol sobre un escalón de piedra y una vieja mulatresse dormía a ratos perdidos en una silla, junto a la ventana abierta, hasta que alguien golpeaba una de las mesas verdes. Vendía leche y queso fresco, pan y mantequilla. No había nadie que hiciera mejor café ni dorara el pollo como ella.

Era un lugar demasiado sencillo para llamar la atención de la gente

elegante y lo suficientemente tranquilo para pasar inadvertido a los que buscaban diversión y juerga. Edna lo había descubierto por casualidad, un día en que la enorme puerta de tablillas había quedado entreabierta. Vislumbró una mesita verde, moteada por la luz del sol, que, filtrándose a cuadritos por entre las hojas temblorosas, caía sobre ella. Dentro se había encontrado con la somnolienta mulatresse, la gata adormecida y un vaso de leche que le recordaba la que había probado en Iberville.

A menudo se detenía allí durante sus paseos; a veces se llevaba un libro y, si el lugar estaba desierto, se sentaba una o dos horas bajo los árboles. Allí había cenados o la en un par de ocasiones, después de avisar a Célestine de que no preparase la cena en casa. Era el último lugar de la ciudad en el que hubiera esperado encontrarse con alguien conocido.

Aun así, no se sorprendió demasiado cuando, un atardecer, mientras tomaba una cena sencilla, hojeando un libro y acariciando a la gata, que se había hecho muy amiga suya, vio entrar a Robert por la gran puerta del jardín.

—Está visto que sólo me tropiezo con usted por casualidad —dijo Edna, empujando a la gata fuera de la silla que tenía al lado. Él se sorprendió, incómodo y casi violento al encontrarse con ella tan inesperadamente.

—¿Viene aquí a menudo? —preguntó.

—Casi vivo aquí —respondió ella.

—Yo me pasaba por aquí con frecuencia a tomar una taza del buen café de Catiche. Ésta es la primera vez que vengo desde que regresé.

—Pídale un plato y comparta mi cena. Siempre hay suficiente para dos y hasta para tres.

Al verlo, Edna había tratado de mostrarse indiferente y tan reservada como él; había tomado esta decisión tras la laboriosa serie de razonamientos que acompañaban sus estados de depresión. Pero sus propósitos se diluyeron cuando lo vio ante ella, sentado a su lado en el pequeño jardín, como si un designio divino lo hubiera puesto en su camino.

—¿Por qué me ha evitado, Robert? —preguntó, cerrando el libro abierto sobre la mesa.

—¿Por qué es usted tan directa, señora Pontellier? ¿Por qué me obliga usted a utilizar subterfugios estúpidos? —exclamó él, con ardor repentino—. Supongo que no sirve de nada decirle que he estado muy ocupado, o enfermo, o que fui a verla y no la encontré en casa. Por favor, no me castigue obligándome a darle una de estas excusas.

—Es usted la personificación del egoísmo —dijo Edna—. Se guarda algo, no sé qué, pero hay algún motivo egoísta; y por autocompasión no se para a

considerar por un momento lo que yo pienso o cómo me siento con su abandono e indiferencia. Supongo que usted dirá que esto es impropio de una mujer, pero he adoptado la costumbre de decirlo que pienso. No me importa y, si le parece, puede pensar que soy poco femenina.

—No; sólo pienso que es usted cruel, tal como le dije el otro día. Puede que no lo sea intencionadamente, pero parece que quiera forzarme a declaraciones que no servirían de nada, como si me obligase a destapar una herida por el placer de contemplarla, sin intención ni poder para curarla.

—Le estoy estropeando la cena, Robert; no tome en cuenta lo que le digo. No ha probado bocado.

—Sólo vine a tomar una taza de café. —Su delicado rostro estaba desfigurado por la agitación.

—¿Verdad que es un sitio encantador? —observó ella—. Estoy tan contenta de que no lo hayan descubierto... ¡Se está tan tranquilo y tan a gusto aquí! ¿Se da cuenta de que apenas se oye un ruido? Queda bastante alejado del camino y desde el coche hay un buen paseo. Sin embargo, a mí no me molesta pasear. Siempre he compadecido a las mujeres a las que no les gusta andar. Se pierden tantas cosas, tantos pequeños y extraños retazos de vida; y nosotras, las mujeres, aprendemos tan poco de la vida en general...

El café de Catiche está siempre caliente —prosiguió Edna—. No sé cómo se las arregla aquí, al aire libre. El café de Célestine se enfría mientras lo lleva de la cocina al comedor. ¡Tres terrones! ¿Cómo puede tomárselo tan dulce? Coja unos berros con la chuleta, están picantes y frescos. Además, tiene la ventaja de poder fumar mientras se toma uno el café aquí afuera. Ahora, en la ciudad... Pero ¿no va usted a fumar?

—Dentro de un momento —dijo Robert, poniendo un puro sobre la mesa.

—¿Quién se lo ha dado? —dijo ella, riendo.

—Lo compré. Supongo que me estoy convirtiendo en un imprudente; me compré una caja entera. —Edna estaba decidida a no hablar de cosas personales que le hicieran sentirse incómodo.

La gata se hizo amiga de Robert y se subió a su regazo mientras él fumaba el puro. Le acarició la sedosa piel y le dijo algunas cosas. Miró el libro de Edna, que él ya había leído, y le contó el final para, según dijo, ahorrarle el trabajo de tener que terminárselo.

Robert la acompañó otra vez de regreso a casa y, cuando llegaron al pequeño «palomar», ya era de noche. Edna no le pidió que se quedara, y él se lo agradeció, por que le permitía estar allí sin la incomodidad de meter la pata con una excusa en la que no tenía intención de pensar. La ayudó a encender la

lámpara y después ella entró en su habitación a quitarse el sombrero y lavarse la cara y las manos.

Cuando volvió, Robert no estaba mirando los cuadros ni hojeando revistas como la otra vez: se había sentado en la penumbra, con la cabeza recostada en el respaldo de la silla, como si meditara. Edna se detuvo un momento en la mesa para ordenar los libros que había en cima. Después, cruzó la sala hasta donde él se había sentado. Se apoyó sobre el brazo de la silla y lo llamó por su nombre.

—Robert —dijo—. ¿Está dormido?

—No —contestó él, mirándola.

Se inclinó sobre él y le besó; el agujijón voluptuoso del beso, suave, frío y delicado, penetró en todo su ser. Después se alejó. Robert la siguió y la cogió entre sus brazos, reteniéndola. Edna le acarició el rostro y apretó su mejilla contra la suya. La escena estaba llena de amor y de ternura. Él volvió a besarla. Después la llevó hacia el sofá y retuvo la mano de Edna entre las suyas.

—Ahora ya lo sabes —dijo él—; ahora sabes contra lo que llevo luchando desde el verano pasado en Grand Isle; lo que me llevó fuera de aquí y lo que me ha hecho volver de nuevo.

—¿Por qué has estado luchando contra esto? —preguntó ella. Su rostro irradiaba luz.

—¿Por qué? Porque no eras libre; eras la mujer de Léonce Pontellier. No podría evitar amarte aunque fueras diez veces su mujer, pero mientras me mantuviese lejos podía evitar decírtelo.

Edna colocó su mano libre en el hombro de Robert y después le acarició suavemente la mejilla. Él volvió a besarla. Su rostro estaba cálido y sonrojado.

—En todo este tiempo, allí en México, no he dejado de pensar en ti ni de desearte.

—Pero no me has escrito —le interrumpió ella.

—Se me metió en la cabeza que me querías, y perdí el sentido; me olvidé de todo, excepto del loco sueño de que llegaras a convertirme en mi esposa.

—¡Tu esposa!

—Religión, lealtad, todo retrocedía si tú me querías.

—Entonces, hubo un momento en el que olvidaste que era la esposa de Léonce Pontellier.

—Oh, sí; debí de volverme loco soñando cosas desatinadas e imposibles,

recordando a hombres que habían dejado en libertad a sus esposas y cosas de las que todos hemos oído hablar.

—Sí, todos hemos oído hablar de esas cosas.

—Regresé lleno de intenciones imprecisas y locas, pero cuando llegué aquí...

—¡Cuando llegaste aquí, ni siquiera te acercaste a mí! —Edna continuaba aún acariciándole la mejilla.

—Me di cuenta de que era un canalla al soñar algo así, aunque tú hubieras estado dispuesta.

Ella le cogió el rostro entre sus manos y lo escudriñó como si no fuera a dejar de mirarlo jamás. Le besó la frente, los ojos, las mejillas y los labios.

—¡Te has portado como un tonto y has perdido el tiempo soñando en cosas imposibles, al decir que el señor Pontellier podría dejarme en libertad! Ya no soy una de las posesiones del señor Pontellier, para que pueda disponer o no de mí. Me entrego a quien yo elijo. Si él dijera: «Aquí la tienes, Robert, llévatela y hazla feliz; es tuya», me reiría de vosotros dos.

El rostro de Robert palideció ligeramente. —¿Qué quieres decir? —preguntó.

Llamaron a la puerta. La vieja Célestine entró a decirle que la sirvienta de madame Ratignolle había venido trayendo el mensaje de que madame tenía dolores y le rogaba que fuera a verla lo antes posible.

—Sí, sí —dijo Edna, levantándose—; se lo prometí. Dígale que sí, que me espere. Iré con ella.

—Permíteme acompañarte —le ofreció Robert.

—No —dijo ella—; iré con la sirvienta.

Entró en su habitación para ponerse el sombrero y, al salir, se sentó de nuevo con él, en el sofá. Robert no se había movido. Ella le rodeó el cuello con sus brazos.

—Adiós, mi amado Robert. Dime adiós.

Él la besó apasionadamente, como nunca lo había hecho, y la apretó contra él.

—Te quiero sólo a ti —murmuró ella—; a nadie más que a ti. Tú fuiste quien el verano pasado me despertó de un largo y estúpido sueño. ¡Qué desgraciada me ha hecho tu indiferencia! ¡Cuánto, pero cuánto he sufrido! Ahora que estás aquí, podremos amarnos, mi querido Robert. Lo seremos todo el uno para el otro. Nada más en el mundo tiene importancia. Ahora debo ir

con mi amiga, pero tú me esperarás, ¿verdad, Robert? Por muy tarde que vuelva, me esperarás; ¿verdad, Robert?

—Edna, ¡no te vayas! ¡No te vayas! Quédate conmigo —le rogó—. ¿Por qué tienes que irte? Quédate conmigo, quédate.

—Volveré lo antes posible; y, cuando vuelva, tú estarás aquí.

Edna escondió el rostro en el cuello de Robert y volvió a despedirse de él. Su seductora voz y el gran amor que sentía por ella embriagaban sus sentidos, y lo habían despojado de todo impulso que no fuera el deseo de abrazarla y estar a su lado.

XXXVII

Edna miró dentro de la botica. El propio monsieur Ratignolle estaba preparando una fórmula, con mucho cuidado, vertiendo un líquido rojo en un vasito. Agradeció a Edna que hubiera venido; su presencia sería un alivio para su esposa. La hermana de madame Ratignolle, que siempre había estado con ella en momentos tan angustiosos, no había podido subir de la plantación, y Adèle había estado inconsolable hasta que la señora Pontellier, tan amablemente, había prometido acudir junto a ella. La enfermera se había quedado a dormir con ellos toda la semana anterior, y a que vivía muy lejos de allí. Y el doctor Mandelet se había pasado la tarde yendo y viniendo. Lo estaban esperando de un momento a otro.

Edna subió a toda prisa por una escalera particular que conducía de la parte trasera de la botica a las dependencias de arriba. Los niños estaban todos durmiendo en una habitación de la parte de atrás. Madame Ratignolle estaba en el salón, donde había llegado deambulando con penosa impaciencia. Estaba sentada en el sofá, vestida con un amplio peignoir blanco, agarrando con sus manos crispadas un pañuelo. Tenía el rostro contraído y afligido, y macilentos y ojerosos los dulces ojos azules. Llevaba su hermoso pelo peinado hacia atrás y su larga trenza descansaba sobre el cojín del sofá, enrollada como una serpiente dorada. La enfermera, una griffe, de aspecto muy agradable, con delantal y cofia blanca, la instaba a que regresara a su habitación.

—Es un inútil, es un inútil —le dijo enseguida a Edna—. Tenemos que librarnos de Mandelet; se está haciendo demasiado viejo y descuidado. Dijo que estaría aquí a las siete y media y ya deben de ser las ocho. Mira a ver qué hora es, Joséphine.

La enfermera tenía un carácter jovial, y se negaba a tomarse las situaciones demasiado en serio, especialmente una que le resultaba tan familiar.

Recomendaba a madame tener valor y paciencia. Pero madame se mordía los labios con fuerza, y Edna vio cómo las gotas de sudor le corrían por su blanca frente. Después de unos instantes, lanzó un profundo suspiro y se enjugó la cara con el pañuelo hecho una bola. Parecía exhausta. La enfermera le dio un pañuelo limpio, rociado con agua de colonia.

—¡Esto es demasiado! —gritó—. ¡Habría que matar a Mandelet! ¿Dónde está Alphonse? ¿Es posible que me abandonen y me desatiendan todos?

—¡Y tan desatendida! —exclamó la enfermera. ¿Acaso no estaba ella allí? ¿Y no había venido la señora Pontellier, dejando sin duda una tarde agradable en su casa, para dedicarse a ella? ¿Y no se asomaba al recibidor cada minuto el señor Ratignolle? Y, por si fuera poco, Joséphine estaba segura de que había oído el coche del doctor Mandelet. Sí, estaba abajo, en la puerta.

Adèle consintió en volver a su dormitorio, sentándose al borde de un pequeño canapé bajo, al lado de la cama.

El doctor Mandelet no hizo caso de los reproches de madame Ratignolle. Estaba acostumbrado a ellos en tales ocasiones, pero estaba tan convencido de la lealtad de Adèle que no la ponía en duda.

Se alegró de ver a Edna, y la invitó a que le hiciera compañía un ratito en el salón. Pero madame Ratignolle no consentía que Edna la abandonase un instante. Entre un dolor y otro, charlaba un poquito y, según decía, eso la ayudaba a distraerse de sus padecimientos.

Edna empezó a sentirse incómoda. La embargaba una vaga sensación de miedo. Sus propias experiencias de parto le parecían lejanas, irreales, y sólo las recordaba a medias. Rememoró débilmente un éxtasis de dolor, el denso olor del cloroformo, un letargo que había amortiguado la sensación, y encontrando una pequeña vida nueva a la que ella había dado el ser, y que se sumaba a la inmensa e incontable multitud de almas que van y vienen.

Empezó a desear no haber venido; su presencia no era necesaria. Podía haberse inventado un pretexto para que darse al margen; incluso ahora, podía urdir una excusa para irse. Pero no se fue. Presenció la escena de tortura, íntima mente angustiada, con intensa y muda repulsión contra los métodos de la naturaleza.

Aún estaba aturdida y sin hablar por la emoción, cuando, poco después, se inclinó sobre su amiga para besarla y decirle suavemente adiós. Adèle, presionando su mejilla, susurró con voz exangüe:

—¡Piense en los niños, Edna! Oh, piense en los niños. ¡Acuérdese de ellos!

XXXVIII

Cuando salió al aire libre, aún se sentía ofuscada. El cupé del doctor había vuelto para recogerla y estaba delante de la porte cochère. Ella no quería subir al cupé y le dijo al doctor que se iría dando un paseo: no tenía miedo de ir sola. El médico dio órdenes de que su carruaje lo recogiera en casa de la señora Pontellier y empezó a caminar con ella hacia su casa.

En el cielo, las estrellas resplandecían sobre las calles estrechas que se abrían entre las altas casas. El aire era tibio y acariciador, pero con un fresco aliento nocturno de primavera. Paseaban lentamente; el doctor, con paso grave y preciso, y las manos en la espalda; Edna, absorta, como había paseado una noche cualquiera en Grand Isle, como si sus pensamientos fueran por delante y ella se esforzara por alcanzarlos.

—No debería haber venido, señora Pontellier —dijo él—. No es lugar apropiado para usted. Adèle, en estas ocasiones, es una caprichosa. Había una docena de mujeres que podían haber estado con ella, mujeres poco impresionables. Pienso que ha sido cruel, totalmente cruel. No debería haber venido.

—¡Bueno! —contestó ella, con indiferencia—. Después de todo, no sé qué importancia tiene. Una vez u otra hay que pensar en los niños, y cuanto antes mejor.

—¿Cuándo regresa Léonce?

—Dentro de poco. En marzo.

—¿Y piensa ir usted al extranjero?

—Quizá... Bueno, no, no pienso ir. No me van a obligar a hacer cosas que no quiero. Y no quiero ir al extranjero. Deseo que me dejen en paz. Nadie tiene derecho, excepto tal vez los niños; e incluso, en ese caso, me parece, o mejor dicho, me parecía... —Notó que sus palabras ponían de manifiesto la incoherencia de sus pensamientos, y se detuvo bruscamente.

—El problema es —suspiró el doctor, intuyendo lo que Edna quería decir— que la juventud se abandona a los ensueños. Parece como si fuera un señuelo de la naturaleza para asegurar madres a la raza. Y la naturaleza no tiene en cuenta las consecuencias morales ni las arbitrarias condiciones que creamos y que nos sentimos obligados a mantener, cueste lo que cueste.

—Sí —dijo ella—. Los años pasados parecen un sueño, y si uno pudiera continuar durmiendo y soñando... Pero despertar y encontrarse que... Bueno, tal vez, después de todo, sea mejor despertar, incluso para sufrir, que ser víctima del engaño toda la vida.

—Me parece, querida niña —dijo el doctor, a punto de marcharse, mientras sostenía la mano de Edna—, me parece que tiene problemas. No le voy a pedir que me los cuente. Tan sólo quiero decirle que si en algún momento se siente inclinada a confiármelos, quizá pueda ayudarla. Sé que la comprendería; y le diré más, no hay muchos que lo harían. No hay muchos, querida.

—Por algún motivo, no tiendo a hablar de las cosas que me preocupan. No crea que soy desagradecida o que no aprecio su interés; sólo que hay períodos en los que el sufrimiento y el desánimo se apoderan de mí. Y, sin embargo, no deseo más que seguir mi propio camino. Por su puesto, eso es querer demasiado, cuando se tienen que pisotear las vidas, sentimientos y prejuicios de los demás, pero, aun así, no quisiera pisotear la vida de los pequeños. ¡Ay! No sé lo que me digo, doctor. Buenas noches. No me lo tenga en cuenta.

—Sí que se lo voy a tener si no viene usted a verme pronto. Hablaremos de cosas de las que nunca imaginó que se pudiera hablar. Nos sentará bien a los dos. No quiero que se culpabilice por nada, pase lo que pase. Buenas noches, pequeña.

Edna cruzó la verja, pero, en lugar de entrar, se sentó en el escalón del porche. La noche estaba silenciosa y en calma. Toda la desgarradora emoción de las últimas horas parecía desvanecerse como un atavío lúgubre e incómodo que tan sólo tenía que aflojar para librarse de él. Volvió a revivir los momentos anteriores a la llegada del mensaje de Adèle, y sus sentimientos se reavivaron al recordar las palabras de Robert, la presión de sus brazos y el roce de sus labios contra los de ella. En aquel momento no podía concebir, sobre la tierra, ninguna bendición mayor que la de poseer al ser amado. Él, al expresarle su amor, ya se la había entregado en parte. Cuando pensó que lo tenía ahí, al alcance de la mano, esperándola, sintió que perdía los sentidos con la embriaguez de la espera. Era tan tarde; seguramente se habría quedado dormido. Lo despertaría con un beso. Le hacía ilusión que estuviera dormido para poder despabilarlo con sus caricias.

Y, no obstante, recordaba las palabras de Adèle cuando le susurró: «Piense en los niños; acuérdense de ellos». Tenía intención de ocuparse de ellos (era una decisión que se le había metido en el alma como una herida mortal); pero no esta noche. Mañana sería el momento de pensar en todo.

Robert no la estaba esperando en el saloncito. No se le veía por ninguna parte. La casa estaba vacía. Pero había garabateado en un pedazo de papel que yacía bajo la lámpara: «Te quiero. Adiós, por que te quiero».

Edna estuvo a punto de desmayarse cuando leyó estas palabras. Se sentó en el sofá. Luego se tendió allí mismo, sin emitir un solo sonido. No durmió. No se acostó. La lámpara, tras pestañear unas cuantas veces, acabó por apagarse. Aún seguía despierta por la mañana cuando Célestine abrió la puerta de la

cocina y entró para encender el fuego.

XXXIX

Victor, armado de clavos y martillo, estaba arreglando, con trocitos de madera, la esquina de una de las galerías. Mariequita, sentada a su lado, balanceaba las piernas mientras le veía trabajar y le alargaba los clavos de la caja de herramientas. El sol caía a plomo sobre ellos. La muchacha se había tapado la cabeza con un delantal doblado en forma de rectángulo. Llevaban hablando una hora o más. Ella no se cansaba nunca de oír a Victor la descripción de la cena en casa de la señora Pontellier. Exageraba cada detalle: la describía como un festín romano. Había enormes macetas de flores. Se bebía champán sin parar en grandes copas doradas. Venus surgiendo de la espuma no habría sido un espectáculo más fascinante que la señora Pontellier, deslumbrante de belleza y diamantes, presidiendo la mesa; las de más mujeres eran todas jóvenes huríes de incomparables encantos.

A Mariequita se le metió en la cabeza que Victor estaba enamorado de la señora Pontellier; por su parte, él le daba respuestas evasivas como queriendo confirmar sus sospechas.

Ella se fue poniendo de mal humor y acabó llorando un poquito, y amenazando con marcharse y dejarlo con sus elegantes damas. Había en Chênrière una docena de hombres locos por ella, y ya que estaba de moda enamorarse de gente casada, por qué no podía ella escaparse siempre que quisiera a Nueva Orleans con el marido de Céline.

El marido de Céline era un idiota, un cobarde y un cerdo, y, para demostrárselo, la próxima vez que lo viera tenía la intención de convertirle a martillazos la cabeza en gelatina. Este compromiso consoló a Mariequita. Se secó los ojos y empezó a animarse con la perspectiva.

Todavía estaban hablando de la cena y de los encantos de la vida en la ciudad cuando la mismísima señora Pontellier apareció en la esquina de la casa. Los dos jóvenes se quedaron mudos de asombro ante lo que creyeron una aparición. Pero la verdad es que era ella en carne y hueso, cansada y un poco sucia del viaje.

—He subido andando desde el embarcadero —dijo—, y oí el martilleo. Supuse que era usted, que arreglaba el porche. Es una buena idea. Siempre me tropezaba con esas tablas el verano pasado. ¡Qué aspecto tan triste y desierto tiene esto!

A Victor le llevó cierto tiempo entender que ella había llegado en el lugre

de Beaufort, sola y sin otro propósito que el de descansar.

—Como ve, todavía no hay nada preparado. Le dejaré mi habitación; es el único sitio.

—Cualquier rincón me sirve —le aseguró ella.

—Eso, si puede soportar los guisos de Philomel —continuó diciendo Víctor—, aunque también podría intentar que viniera su madre el tiempo que usted se quede. ¿Crees que vendría? —dijo, volviéndose hacia Mariequita.

Mariequita creía que la madre de Philomel quizá pudiera venir por unos días y el suficiente dinero.

Al ver aparecer a la señora Pontellier, la muchacha sospechó inmediatamente que se trataba de una cita de amantes. Pero el asombro de Víctor era tan auténtico y la indiferencia de la señora Pontellier tan evidente que la desagradable idea no permaneció mucho tiempo en su cabeza. Contemplaba con la máxima atención a esa mujer, que daba las cenas más suntuosas de América y tenía a todos los hombres de Nueva Orleans a sus pies.

—¿A qué hora se cena? —preguntó Edna—. Tengo un hambre feroz; pero no hagan nada extraordinario.

— La cena estará lista dentro de poco —dijo él, apresurándose a guardar sus herramientas—. Puede ir a mi habitación a arreglarse y descansar. Mariequita le enseñará dónde está.

—Gracias —dijo Edna—. Pero ¿sabe una cosa? Tengo la intención de bajar antes de cenar a darme un buen baño en el agua e incluso nadar un poco.

—¡El agua está demasiado fría! —exclamaron a coro los otros dos—. Ni se le ocurra.

—Bueno, puedo bajar y probar con la punta de los dedos. La verdad es que me parece que el sol está lo bastante fuerte para haber calentado el mismísimo fondo del mar. ¿Me podrían ustedes conseguir un par de toallas? Más vale que me vaya ahora mismo para estar de regreso a tiempo. Si espero hasta por la tarde, va a hacer demasiado fresco.

Mariequita se precipitó a la habitación de Víctor y volvió con unas toallas, que entregó a Edna.

—Espero que haya pescado para comer —dijo Edna mientras empezaba a alejarse—, pero no preparen nada extraordinario si no lo tienen.

—Corre a buscar a la madre de Philomel —ordenó Víctor a la muchacha—. Yo iré a la cocina a ver lo que puedo hacer. Desde luego, las mujeres no tienen consideración ninguna. Podía haberme avisado de que venía.

Edna caminó hasta la playa casi como un autómata, sin percibir, en especial, nada que no fuera el calor del sol. No tenía la cabeza concentrada en ninguna idea concreta. Lo que tenía que pensar ya lo había pensado, después de la marcha de Robert, cuando se quedó despierta en el sofá hasta el amanecer.

Se había repetido una y otra vez: «Hoy es Arobin. Mañana será cualquier otro. Para mí, no hay diferencia. En cuanto a Léonce Pontellier, la cosa no tiene importancia. ¡Pero Raoul y Étienne!». Ahora comprendía claramente lo que había querido decir cuando, hace tiempo, le comunicó a Adèle Ratignolle que sería capaz de abandonarlo que no fuera esencial, pero que nunca se sacrificaría por los niños.

El desaliento la había invadido aquella noche en vela y no la había abandonado. No de se abanada en este mundo. No había ningún ser humano cuya proximidad le fuera grata, excepto Robert. Pero era consciente de que también llegaría el día en que Robert se desvanecería de su existencia, y la dejaría sola. Los niños se le presentaban como antagonistas que la habían derrotado, que habían vencido sus fuerzas, y la arrastraban hacia la esclavitud del alma para el resto de sus días. Pero conocía un modo de evitarlos. Sin embargo, mientras caminaba hacia la playa, no pensaba en nada de esto.

El agua del golfo que se extendía ante ella emitía destellos bajo los millones de luces del sol. La voz del mar es seductora, incansable, susurrante, clamorosa, murmuradora; invita al alma a que se pierda en abismos de soledad. No había un alma en toda la extensión de la playa. En lo alto, un pájaro con un ala rota batía el aire: daba vueltas sobre sí mismo, vacilaba, caía en círculos hacia el agua, impotente.

Edna había encontrado su viejo traje de baño colgado de la misma percha, descolorido.

Se lo puso y dejó la ropa en la caseta. Pero cuando se encontró a la orilla del mar, absolutamente sola, se despojó de aquella prenda desagradable, que le picaba en el cuerpo, y, por primera vez en su vida, quedó desnuda al aire libre, a merced del sol, del viento que la fustigaba y de las olas que se le ofrecían.

¡Qué raro, qué impresionante resultaba estar desnuda bajo el cielo! ¡Qué delicioso! Se sintió como un recién nacido que abriera los ojos a un mundo familiar y que, sin embargo, le era desconocido.

Las espumosas olitas se le arremolinaron en torno a los blancos pies, enroscándose a sus tobillos como serpientes. Echó a andar. El agua estaba fría, pero siguió adelante. El agua estaba honda, pero alzó su blanco cuerpo y nadó hacia dentro, con brazadas largas y abarcadoras. El tacto del mar es sensual: envuelve el cuerpo en su a brazo blando y apretado.

Siguió y siguió. Recordó aquella otra noche en que se había alejado nadando, y recordó el terror que la había sobre cogido cuando pensó que no sería capaz de volver a la orilla. Esta vez no volvió la vista atrás: siguió y siguió, pensando en el prado de hierba azul que había atravesado de niña y creyendo que carecía de principio y de fin.

Se le estaban cansando los brazos y las piernas.

Pensó en Léonce y en los niños. Eran parte de su vida. Pero no tendrían que haber creído que podían poseerla en cuerpo y alma. ¡Cómo se habría reído mademoiselle Reisz, quizá con sarcasmo, si lo hubiera sabido! «¿Y se llama usted artista! ¡Qué pretensiones, madame! El artista debe ser dueño de un alma fuerte, que osa y que planta cara».

El cansancio la oprimía y la dejaba sin fuerzas.

«Adiós, por que te quiero». Qué sabía él, qué comprendía. Tal vez el doctor Mandelet habría comprendido si hubiera ido a verlo; pero era demasiado tarde: había dejado muy atrás la orilla, y no le quedaban fuerzas.

Miró a lo lejos y el viejo terror prendió en ella por un momento, para desaparecer enseguida. Edna oyó la voz de su padre y la de su hermana Margaret. Oyó el ladrido del viejo perro, que una cadena ataba al tronco del sicomoro. Las espuelas del oficial de caballería resonaron mientras atravesaba el porche. Las abejas zumbaban y llenaba el aire el pegajoso olor de los claveles.